3 1761 09546002 8

RECARGO
PROVISIONAL
10 %

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/epistolario00nier

Nieremberg

LS
N6754e

CLASICOS CASTELLANOS

Juan Eusebio

NIEREMBERG

EPISTOLARIO

EDICIÓN Y NOTAS DE NARCISO ALONSO CORTÉS

MADRID
EDICIONES DE «LA LECTURA»
1915

148-96
20/2/19

PRÓLOGO

Aunque generalmente se ha hecho justicia al padre Juan Eusebio Nieremberg, colocándole entre los buenos escritores ascéticos y morales de nuestro siglo de oro, sus obras no son muy conocidas. El hallarse casi todas ellas en ediciones antiguas, y por su volumen de difícil circulación, es circunstancia que las hace poco asequibles al más numeroso núcleo de lectores.

Y que, una vez hecho el expurgo indispensable en todos aquellos de nuestros clásicos que produjeron con exceso, merece mayor divulgación, cualquiera lo echará de ver sólo con examinar la titulada *Obras y Días,* que es, de ellas, la que más al alcance de todos se encuentra. El alto sentido filosófico inherente a los mejores cultivadores del género, la argumentación amable y persuasiva, la expresión viva y eficaz, son cualidades que en el padre Nieremberg resplandecen de ordinario.

Todas ellas convergen a un solo punto: el amor de Dios y la práctica de la virtud. Aun en aquellos Tratados más distantes del terreno místico, como los de ciencias y política, no se pierden de vista semejantes fines. Cuando en la *Causa y remedio de los males públicos* y en el *Recuerdo de tiempos presentes* trata de explicar el ilustre jesuíta los daños de las repúblicas y determinar su curación, no encuentra el origen de aquéllos sino en las maldades de los hombres, ni la consecución de ésta más que en la piedad religiosa y la enmienda de los culpables. El lastimoso estado de nuestra Patria al mediar el siglo XVII sólo obedecía, en opinión del jesuíta madrileño, a los pecados de los españoles, y era el resultado de justísimo castigo divino.

El padre Nieremberg, como Saavedra Fajardo, como los padres Mariana, Gracián y Ribadeneyra, como tantos otros que seguían en ello las huellas de los tratadistas italianos, trataba de formar la perfecta imagen del *príncipe cristiano-político;* porque así, decía él, como "los pecados del pueblo son causa de las ruinas de los reinos, pueden también las virtudes de un príncipe ser el reparo de su imperio". Así en varias ocasiones, sobre todo en la *Corona virtuosa en que se proponen los frutos de la virtud de un príncipe,* enumera y explica las excelencias que éste habría de

reunir para tenerse como ideal y dechado de gobernantes. En apoyo de lo cual aún puede alegar en su *Virtud coronada,* complemento de aquel otro Tratado, el ejemplo de no pocos "Emperadores y Reyes de la casa de Castilla y Austria" que se distinguieron por sus virtudes, desde don Pelayo y Alfonso I hasta Carlos V y Felipe II.

Pero Nieremberg, naturalmente, no se conformaba con crear un príncipe modelo, sino que aspiraba a llevar la perfección a todos los oficios y profesiones de la república. "En mano nuestra—dice en las *Obras y Días*—está el vivir, pues está el vivir bien; en mano del hombre está su precio, pues están sus obras y frutos." Si de nosotros depende nuestro bienestar, procuremos conseguirle con la honradez y el trabajo, y lograremos el de los demás. Y este principio, que, en último término, inspira todos los escritos del padre Nieremberg, aparece como capital elemento informativo en las *Obras y Días,* minucioso análisis de la virtud en sus varias manifestaciones. Para que los hombres y las naciones cumplan su destino, han de aprovechar los días mediante las obras, porque, "así como no son más los días de vida que las obras, así no han de ser menos las obras que los días; no sean a tiempo, sino en todo tiempo, y como los días se han de

tasar por obras, las obras se han de medir por días".

No hay punto de política y moral práctica que escape a la perspicaz observación del padre Nieremberg. Puede decirse que agota la materia con curiosas y variadas reflexiones, en que palpita la fuerza de su talento. Por si no bastaran las sabias advertencias que dispersas se hallan, sobre temas bien opuestos, en todos sus escritos, hay uno de ellos, el titulado *Dictámenes,* totalmente compuesto de máximas y sentencias repletas de doctrina. Dígase si no pueden servir de modelo las siguientes, tomadas al azar entre los varios cientos que constituyen aquel Tratado: "Donde no hay esperanza, no ha de haber temor; males sin remedio, excusado es temer, pues se les añade la pesadumbre del miedo, sin el fruto de la prevención." "Si te acuerdas que eres hombre, no te parecerán nuevas tus calamidades, y si atiendes las ajenas, no te parecerán grandes las tuyas." "Decir mal es bajeza; decir bien, bondad; decir la verdad, nobleza; callar a su tiempo, cordura; hablar sin él, necedad; callar cuando se ha de hablar, cobardía."

En sus obras puramente religiosas o místicas, Nieremberg se distingue por la exposición serena y reposada, muy distante de las exaltaciones que tan a menudo se encuentran en los cultivadores

del género. Tal se observa en los Tratados de alguna extensión, como en los titulados *De la diferencia entre lo temporal y lo eterno, Del aprecio de la divina gracia,* etc., e igualmente en los varios opúsculos que escribió con fines de moralidad y devoción. Puede citarse, en comprobación de ello, el de la *Partida a la eternidad y preparación para la muerte,* donde se esfuerza por persuadir a una resignación tranquila, plácida, en los trances de enfermedad, sin que lleve al ánimo el espanto y la pavura con las horripilantes visiones de tormentos infernales que otros místicos solían evocar en casos semejantes. Pudiera en este punto compararse aquel Tratado con el de *La perfección en las enfermedades,* del padre Lapuente; pero Nieremberg va más allá que su compañero de hábito, y en su deseo de escribir lo que pudiera llamarse, si el humorismo no pareciera inoportuno, *Guía del perfecto enfermo,* dicta cuantas prevenciones deben adoptarse en situación tal, sin olvidar—el maestro Venegas hizo otro tanto—la del testamento.

Otros de sus escritos religiosos, como el *De la hermosura de Dios y su amabilidad,* o el *Prodigio y finezas del amor divino,* rebosan toda la dulzura y apacibilidad de sus títulos. Y es porque Nieremberg supo siempre tocar los dos resortes

que más conducen a la persuasión: el de la reflexión y el del sentimiento.

Siendo achaque general entre los escritores de la época que muchos de los conceptos, de puro sutiles, se quebrasen, no debe admirar que en los trabajos del padre Nieremberg se encuentre tal cual puerilidad y discreteo, y que al lado de hondas consideraciones y madurados juicios, salte una apreciación fútil o un símil extravagante. Bien puede afirmarse, sin embargo, que esto ocurre con relativa rareza, y que en este punto el padre Nieremberg lleva una gran ventaja a los demás escritores sus contemporáneos, sin excluir los más celebrados. Menos llamará la atención que al tratar cuestiones de ciencia adolezca de los errores y preocupaciones corrientes en su tiempo, y que en los tratados de *Curiosa filosofía y cuestiones naturales, Oculta filosofía, Prolusión a la doctrina y historia natural,* y otros semejantes, dé como ciertas y probadas no pocas patrañas; afirme, bajo la autoridad de Santo Tomás, la existencia del *aojo* o mal de ojo (la *fascinología* de don Enrique de Villena), y se pierda, en fin, en multitud de nimias disquisiciones sobre las "maravillas de la imaginación", la "verdad de los monstruos fabulosos", las "propiedades de los humanos", etc., etc., ni más ni menos que el doctor Huarte, Miguel Sabuco y otros tales.

La filosofía del padre Nieremberg, aunque reforzada con la autoridad de los Santos Padres y de otros autores, es la filosofía del buen sentido y de la recta conciencia. Una erudición abundosa y selecta permite al preclaro jesuíta robustecer sus opiniones con frecuentes citas, no dispuestas de modo "que vengan a pelo", según aconsejaba el amigo "gracioso y bien entendido" de Cervantes, sino de perfecta adecuidad a cada caso. Ni la reduce al conocimiento de los libros y autores sagrados: aun los poetas castellanos acuden muchas veces a su memoria, y así los del siglo xv—Fernán Pérez de Guzmán, Gómez Manrique, el Marqués de Santillana—le son familiares.

He insinuado antes, y conviene insistir en la idea, que con escribir en la época más conceptista de todas y haber cultivado un género tan propenso al conceptismo, el padre Nieremberg supo expresar sus pensamientos clara y llanamente, sin retorcimientos ni violencias. Si alguna vez pareció dispuesto a claudicar, ello no pasó de un amago. En plena epidemia de metáforas e imágenes descabelladas, no puede causarnos enojo si le oímos decir, para encarecer la amistad, que los amigos han de "abrirse los pechos y descerrajarse los corazones", o si se vale de las siguientes palabras para aconsejar la conformidad en los sucesos contrarios: "Servir

al tiempo, es oficio de honra, que aun a los Reyes toca; si por fuerza sirves, miserable esclavo eres; si con voluntad, noble criado." Siempre resultará—sin que esto sea comparar méritos—que el padre Nieremberg no tiene el estudiado refinamiento de Saavedra Fajardo, ni la descarnada concisión de Gracián, ni la abstrusa dialéctica de Quevedo.

El padre Nieremberg fué muy fecundo. De sus obras castellanas y latinas no pocas se publicaron después de su muerte, y alguna quedó inédita (1).

*
* *

(1) Las obras en castellano son éstas: 1. *Obras y Días* (1627).—2. *De la afición y amor de María* (1630).—3. *De la afición y amor de Jesús* (con los tratados *Alimento de amor divino, Codicia Santa de Gracia* y *Devoción a las ánimas del Purgatorio* (1630).—4. *Curiosa filosofía* (1630).—5. *Vida del glorioso Patriarca San Ignacio de Loyola* (1631).—6. *Vida divina y camino real para la perfección* (1633). En una edición de 1640 aparece este Tratado junto con otros, entre ellos las *Saetas de amor divino,* las *Flores espirituales,* el *Libro de la Vida, Jesús crucificado* y los *Dictámenes.*—7. *Oculta filosofía* (1634).—8. *Aprecio y estima de la divina gracia* (1638).—9. *De la diferencia entre lo temporal y eterno* (1640).—10. *Práctica del Catecismo Romano y Doctrina christiana* (1640).—11. *Vida del dichoso y venerable padre Marcelo Francisco Mastrilli* (1640).—12. *De la hermosura de Dios y su amabilidad* (1641).—13. *Prodigio del amor divino y finezas de Dios con los hombres* (1641).—14. *Causa y remedio de los males públicos* (1642).—15. *Consuelo de almas escrupulosas y su remedio* (1642).—16. *Tratado sobre el lugar de los Cantares Veni de Libano* (1642). Con

El padre Alonso de Andrade, continuador de Nieremberg en las *Vidas* de jesuítas ilustres, es-

este Tratado van el *Consuelo de almas escrupulosas*, el *Alimento del amor divino*, los *Dictámenes* y, además, los *Consejos espirituales*.—17. *Ideas de virtud en algunos claros varones de la Compañía de Jesús* (1643). Este es el primer tomo de las vidas de jesuítas ilustres. Los tres restantes (en cada uno de los cuales sufre una variación el título) se publicaron en 1644, 1645 y 1647. Esta obra fué continuada por los padres Andrade y Cassani, y muchas de las *Vidas* en ella insertas se reimprimieron separadamente.—18. *Avisos espirituales* (?).—19. *De la devoción y patrocinio de San Miguel* (1643).—20. *Corona virtuosa y virtud coronada* (1649). Contiene también la *Vida y hechos del Emperador Rodolpho Primero*.—21. *Partida a la eternidad y preparación a la muerte* (1645).—22. *Epístolas* (1649).—23. *Obras christianas, espirituales y filosóficas* (1651). En los tres volúmenes que forman esta recopilación figuran casi todas las arriba citadas, y además las siguientes: *Santos exercicios y oraciones a propósito de los enfermos peligrosos, De la adoración en espíritu y verdad* (la escribió primero en latín), *De la constancia en la virtud, Soliloquios y práctica interior del amor de Dios, Convite de alabanzas divinas, Sacrificio de amor y alabanzas a la hermosura divina, Recuerdo para remedio de los tiempos presentes, Prolusión a la doctrina y historia natural, Del nuevo misterio de la piedra imán, Volcanes maravillosos*.—24. *Cielo estrellado de María* (1655).—25. *Los IV libros de la Imitación de Christo y menosprecio del mundo* (1656). (Es la traducción del Kempis.)—26. *Rudimentos de la verdadera sabiduría y perfección christiana*. A estas obras hay que agregar varias vidas de Santos y algunas cartas sueltas.

De las obras del padre Nieremberg se hicieron numerosas ediciones; muchas fueron traducidas a otros idiomas, incluso el árabe.

No enumero las obras latinas, que ascienden a unas 25, por no dar en la prolijidad. Puede verse el tomo V de la *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*, de los padres Backer, edición del padre Sommervogel.

cribió la biografía de su antecesor. Me limitaré a hacer un breve extracto de ella (1).

Nació el padre Juan Eusebio en Madrid, el año 1595. Su padre, Gotfrid Nieremberg, y su madre, Regina Otin, eran alemanes, y habían venido a España como servidores de doña María de Austria, hija de Carlos V y mujer del emperador Maximiliano de Austria. Caritativos y de acendrados sentimientos religiosos, invertían buena parte de su hacienda en limosnas y medicinas para los pobres.

Tuvieron primero una hija, María, que murió en edad temprana; de tan dolorosa pérdida vino a consolarlos el nacimiento de Juan Eusebio. Cursó éste latinidad y letras humanas en el Colegio Imperial que los jesuítas tenían en la Corte, y completó estos estudios bajo la dirección de sabios maestros, de los cuales uno fué religioso del Carmen Descalzo y otro catedrático de Alcalá, colegial mayor de Salamanca y Obispo de Cartagena de Indias.

Comenzó sus estudios mayores en Alcalá, cuando ya había dado muestras patentes de sus

(1) Con anterioridad—y a más de la noticia del padre Alegambe, en su *Biblioteca de los Escritores de la Compañía*—escribieron la vida del padre Nieremberg el padre Juan de Igartúa, catedrático de Escritura en los Estudios Reales de Madrid, y Michael Lietard, en la Introducción a las obras póstumas, impresas en Lyon en 1659.

inclinaciones. Luego pasó a Salamanca para estudiar Cánones y Leyes, yendo en unión de dos jóvenes de la nobleza, cuyas honestas costumbres estaban muy de acuerdo con las suyas, y que, como él, ingresaron más tarde en la Compañía de Jesús. Su vida en Salamanca fué ejemplar. "Hicieron su distribución de tiempo, repartiendo el que les quedaba del estudio en las obras de virtud, señalando horas para la oración mental, horas para la vocal del Rosario y horas de Nuestra Señora, horas para la lección espiritual, para la misa, devociones y otros ejercicios santos, para ir a los hospitales a servir a los pobres. Tenían sus días y tiempos señalados para tomar disciplina y para traer cilicios, sus días de ayuno cada semana, sus confesiones y comuniones a menudo, y sus gustos y entretenimientos eran siempre tratar de cosas espirituales y conversar con los religiosos más ejemplares y de más santa vida."

Después de pasar una enfermedad gravísima, permaneció tres años en Salamanca, al cabo de los cuales, y cumplidos los diez y nueve de su edad, determinó verificar unos ejercicios en la Compañía. Al terminar éstos, había hecho propósito firme de abrazar el estado religioso.

No fueron pocas las dificultades que para ello tuvo que vencer. Su padre abrigaba la ilusión de

enviarle a Flandes al arrimo de un próximo pariente, Maestre de campo, igualmente valido del emperador de Alemania y del Rey de España, del cual pariente había de heredar Juan Eusebio un título nobiliario y cuantiosos bienes. La resolución de su hijo, frustrando estos planes, había de serle necesariamente desagradable.

Afrontándolo todo, Juan Eusebio ingresó en el colegio de Salamanca el día 2 de abril de 1614. Súpolo el padre; alzó sus quejas contra la Compañía, por haberle admitido sin el consentimiento paterno; habló a la infanta Sor Margarita de Cruz, hija de la Emperatriz, y a otras personas de consideración, y, como último recurso, consiguió del Nuncio un breve para llevar consigo al joven, que ya por entonces se hallaba en el noviciado de Villagarcía. Túvole viviendo primeramente en una casa de Navalcarnero, le trasladó después a la suya de Madrid, y allí y aquí, ayudado de sus amigos y parientes, empleó todos los procedimientos para disuadirle de sus propósitos. Todo fué inútil, y Gotfrid Nieremberg, muy a pesar suyo, hubo de darse a partido, aunque, para no separarse de su hijo, consiguió que le dejaran en el noviciado de Madrid.

Hácese lenguas el padre Andrade de las penitencias y trabajos a que se sometió Juan Euse-

bio. Su maestro, el padre Francisco Aguado, para mejor probarle, le hizo pasar por todo género de humillaciones. Unas veces le mandaba hacer cosas contrarias, para tener ocasión de reprenderle sin culpa suya; otras le afeaba las que había hecho bien, para atormentar su juicio; otras le alababa, para contrastar su humildad; obligábale otras a salir por calles y plazas con mortificaciones públicas, en que él mismo le acompañaba. Ultimamente, le puso a las órdenes inmediatas de otro novicio ignaro y violento, el cual le hizo víctima de las mayores arbitrariedades y tropelías. "Hubo vez que le mandó callar hasta que le ordenase otra cosa, y le obedeció con tal exacción, que en veinte días no habló una sola palabra, si no fué en la confesión."

Graves inquietudes y escrúpulos turbaron el ánimo de Juan Eusebio; pero de todos salió triunfante. En 3 de abril de 1616 hizo sus primeros votos, y luego se dedicó a ahondar en sus estudios: en el Seminario de Huete cursó las lenguas griega y hebrea, y en la Universidad de Alcalá, Artes y Teología. Acrecidas con los votos su piedad y devoción, alcanzó licencia para tener diariamente más oración que la ordinaria, empleóse en socorrer y edificar a los estudiantes pobres, y llegó en sus penitencias a los más rigorosos extremos: "Rara o ninguna vez se asen-

tó a comer que no acompañase la comida con alguna mortificación pública y secreta, llevando estas lechugas amargas por sal de su manjar: o besaba los pies a los demás, o comía de rodillas, o decía sus faltas, o pedía de limosna la comida, o salía en cuerpo a rezar Avemarías, o se postraba a la puerta para que todos le pisasen; lo menos era comer en pie, y no pocas veces hacía muchas mortificaciones juntas, y todos los sábados ayunaba en reverencia de Nuestra Señora, y salía con pública disciplina, en que perseveró todo el tiempo que le duró la salud."

En 1623, terminados los cursos de Artes y Teología, cantó su primera Misa. Destináronle a leer Gramática, y después Erudición y Sagrada Escritura, en los estudios reales de Madrid, fundados por Felipe IV, "y vivió entre sus deudos como si no los tuviera ni los hubiera conocido: tan descarnado estaba de todo amor terreno y tan prendado del divino, que no pensaba, ni quería ni amaba sino a Dios". Fué maestro de novicios y confesor de la casa, y salió a frecuentes misiones, entre ellas una de largos meses en los montes de Toledo. Su reputación, entre tanto, había crecido de tal modo, que los señores de la primera nobleza de la Corte y no pocos Obispos y Prelados, le buscaban por confesor.

En 1633 recibió del padre General de la Compañía la profesión de cuatro votos, supremo grado, conferido tan sólo a los varones más eminentes en virtud y letras. En el mismo año, día de San Felipe y Santiago, hizo su última profesión en manos del Provincial, perseverando con mayor rendimiento en su vida de estudio y penitencia (1).

Cuando Felipe IV quiso que se terminase de hacer la declaración dogmática de la Concepción de la Virgen, uno de los ilustres varones que entraron en la junta al efecto nombrada, bajo la presidencia del Arzobispo de Toledo, fué el padre Nieremberg, y por su iniciativa se

(1) Insiste el padre Andrade en poner de relieve las grandes mortificaciones de Nieremberg, y después de relatar los ayunos, ejercicios y sacrificios a que se sometía, añade: "Su cama era una tabla con una manta vieja, y muchos años usó de un banquillo, en que se recostaba un poco para satisfacer a la naturaleza y volver al trabajo, aunque, por evitar la singularidad, tenía en la apariencia cama como los demás; pero, en la verdad, no era para su descanso, sino para su humildad, ocultando la que usaba, que era un potro de tormento. Siempre andaba vestido de cilicios asperísimos, de cerdas y cadenas aceradas; tres cruces con clavos, que le taladraban las carnes, y sogas de cerdas tejidas con púas, fajas y capotillos, y otros cilicios tan ásperos y pesados, que le quebrantaron los huesos en tanto grado, que cuando murió le hallaron las costillas quebradas cerca del estómago, y un hoyo tan capaz, que cabía en él un puño; porque, como arrimaba el cuerpo a la mesa para escribir, hacía fuerza contra sí con las cadenas y hierros de cilicio con

instituyó la fiesta del Patrocinio. Por entonces recibió el nombramiento de Rector de la casa de probación de Madrid y Maestro de novicios de la misma, cargos que, como otros que se le confirieron, quiso rechazar con singular modestia.

"Cuando llegaba a los cincuenta años—escribe el propio padre Nieremberg—me dió tal enfermedad que me ha privado del estudio y puesto en un estado que parece purgatorio; y así, cuando los dolores me apretaban, me consideraba entre los hombres como alma en pena, sin uso de esta vida y del trato humano, pero con este privilegio: que no espantaba ni atemorizaba. Dejóme sin poder hacer nada, sin servirme los ojos

---

tanto rigor, que se quebrantó los huesos escribiendo libros y martirizando su cuerpo. No tenía miembro que no martirizase con particular penitencia: para los brazos y los muslos usaba de brazaletes de hierro y cadenas con púas agudas; para las muñecas, de manillas de cerdas y cadenillas de acero; para los pies echaba chinas y garbanzos duros en los zapatos, que le atormentaban como clavos, padeciendo tantas heridas cuantos pasos daba; al cuello traía una soga de cerdas tejida con puntas de alambre, que le cruzaba por el pecho y la cintura; las fajas y cruces en el pecho y las espaldas, y, sobre todo, los capotillos de cerdas, que le llegaban a las rodillas." Dice, a más de esto, que diariamente se daba disciplinas de rosetas y alambres, que repartió su patrimonio entre los pobres, que vestía humildísimamente de lo que desechaban los demás y que solía presentarse "como pobre con su escudilla a la puerta reglar, a recibir la comida que repartían a los mendigos y sentarse en la calle a comer entre ellos, y salir otras veces a pedir limosna de puerta en puerta".

para ver, ni las manos para escribir, ni la lengua para tratar con hombres, sin quedarme cosa de gusto."

Privado de la palabra durante algunos años, permaneció catorce agobiado por penosas enfermedades, y soportó con resignación admirable los dolores que las acompañaban y el durísimo tratamiento a que le sometieron los médicos. Hallándose en tan lastimoso estado, sufrió una grave caída, con lo que vino a quedar impedido por largo tiempo; bien que, coincidiendo con este accidente, observó notable mejoría en su enfermedad y recobró el habla.

Murió el padre Nieremberg el día 17 de abril de 1658. Vehementes demostraciones de duelo arrancó el triste suceso a los madrileños, que quisieron invadir el aposento mortuorio. La Familia Real patentizó su sentimiento, y al entierro, verificado dos días después, hallóse presente lo más ilustre de la nobleza y numerosos Prelados y Consejeros.

"Fué — dice el padre Andrade — hombre de gran tolerancia, fácil al ruego de los justos, piadoso para la necesidad, docto con los sabios, pero con la templanza de humilde; sufrido con los ignorantes y muy inclinado a su enseñanza; con los que trataban de virtud, más compañero que maestro; con los pecadores, manso y bené-

volo y de corazón dilatado, que convidaba con la gracia."

***

Ha parecido conveniente hacer para CLÁSICOS CASTELLANOS una selección de las epístolas del padre Nieremberg (1). Son, entre los escritos del benemérito jesuíta, uno de los en que más limpia y espontáneamente se revelan sus cualidades. Tan claro y natural es el lenguaje, que rara vez se tropezará con palabras o giros cuyo sentido ofrezca alguna duda. Atento el sesudo religioso a repartir sus saludables consejos y poner de manifiesto los errores y defectos de cada cual, ni se esfuerza por multiplicar las galas del estilo, ni titubea en decir desnudas verdades a los destinatarios de sus cartas. Y pudiera repetir, con el poeta:

Quid verum atque decens curo et rogo, et omnis in hoc sum.

(1) La primera edición lleva esta portada: *Epistolas del Rever.° Padre Ivan Evsebio Nieremberg, Religioso de la Compañia de Iesus. Pvblicadas por Manuel de Faria y Sousa, Caullero de la Orden de Christo, y de la Casa Real... Año 1649. Con privilegio. En Madrid. Por Alonso de Paredes...*

Esta primera edición consta de 76 cartas. Luego se adicionaron otras.

Para esta reimpresión he utilizado el muy cuidado texto de las *Obras* completas (Sevilla, 1686), adoptando, por razones que ya indiqué en el prólogo á las *Eróticas,* de Villegas, la ortografía moderna.

NARCISO ALONSO CORTÉS.

EPISTOLA I

A UNO DESENGAÑADO DEL MUNDO. DECLÁRASE SU VANIDAD Y CÓMO SE HA DE VENCER

Ver en profundas tinieblas al pozo en que se va a caer, más es que ventura. Milagro se juzgará: más es que dicha un desengaño, pero corta sciencia. Basta para ser uno no ignorante, no para ser sabio. Conocer al mundo, menor ignorancia es; conocerse a sí, es la flor de la filosofía. Conocer a Dios, fruto es de la fe, y el servirle, árbol de vida y cumbre de sabiduría. Mucho le queda que hacer a v. md. después de su desengaño, que a mi parecer aún no es muy grande, pues no llega más que a sentir que todo importa poco respeto de salvarse. Por cierto que aun sin la

4 *Ver al pozo en que se va a caer.* Contra el uso de ahora, es frecuente que los clásicos pongan preposición en los llamados acusativos de cosa, mientras la omiten en los de persona: "Muchos poetas y muy graves han dejado a la verisimilitud." (Alonso López Pinciano: *Filosofía antigua poética,* epístola V, § V.)

comparación a tan alta cosa como la salvación eterna, todas las cosas del mundo importan nada. Espántome que diciendo ser vanidad todo, diga solamente que importa poco, pues lo vano aún es peor que lo que no es; por lo menos tiene de incommodidad su embarazo. Un árbol seco, sin fruto ni hojas, en vano está en un hermoso jardín, y por mejor se tiene el arrancarle, porque el que antes ofendía a la vista de lo ameno, arrancado desembaraza. Esto que llamamos mundo no es más que una nonada embarazosa, con gran bulto y de mucho estorbo. Sin fruto son las cosas del mundo, y, por consiguiente, son vanas, y de tan gran embarazo para la commodidad de la vida temporal, que tuvieron por mejor carecer dellas algunos filósofos. Por menos que de poco momento tuvo Crates a las riquezas, aun para el gusto desta vida, que por tenerle arrojó a ellas al mar. No sólo juzgó que importaban poco, sino que no valían nada, y teniéndolas por embarazo, no sólo las echó de sí, pero las desterró del mundo, entregándolas a las ondas del mar. Dandamis, gimnosofista, tuvo a los deleites mundanos, no sólo por de poca importancia, sino por de mucho daño, porque no sólo es el

24 Véase una comprobación de lo dicho arriba sobre el uso de la preposición. No será éste el último caso.

mundo una nonada vacía, sino llena de ponzoña. Por el daño que hacen, aun para la vida corporal, se abstuvo de honras Sócrates, y estimó en tan poco el pundonor humano, que, haciéndole la mayor afrenta, dándole un bofetón en medio de la calle, lo tuvo por entretenimiento, y habló con gracia al que quiso deshonrarle, y esto lo hizo, no por la vida eterna, sino por la quietud desta temporal. ¿Cuánto más vanas serán todas las cosas a vista de lo eterno?

El ídolo de Jano tenía dos caras o cabezas: el monstruo del mundo tiene tres, que son las que hemos dicho: riquezas, gustos y honras. Jano con una cara miraba lo pasado, con la otra lo venidero; el mundo, con todas tres, mira lo presente, no mira la eternidad de la vida futura, ni a la poca satisfación de la pasada, siéndonos de daño para la vida eterna y de embarazo para la temporal, impidiendo aquélla con culpas y desazonando a ésta con penas, porque la vanidad del mundo ha puesto las cosas desta vida de manera que no es posible vivir en él sin penas, o daños, o riesgos. Los daños lastiman, los riesgos congojan; lo que falta causa ansias; lo que se pierde, pesares; lo que se posee, sobresaltos y cuidados. Lo mismo que pretende el mundo, destruye.

Pretende la commodidad desta vida, y por el mismo caso la desacomoda y desabre. Con razón dijo dél el sabio: "Vanidad de vanidades, y todas las cosas vanidad"; porque aquello es vano que no se ajusta a su fin y es sin fruto alguno. En quien no tiene manos, vana es la destreza de un esgrimidor, y en quien no tiene ojos, en vano está la arte de pintar. Vana es la nieve para calentar, y la llama para enfriar. Todas las cosas son para Dios, el mundo las tuerce para otro fin. Todas son para conseguir la vida eterna, y él las violenta a que nos acomode en ésta, y así todo es vanidad. Pero no sin gran misterio añadió el sabio "de vanidades", porque tiene por muchos lados el ser vano. No se ajusta al fin último y eterno, que es Dios; por esto es vano una vez, que vale por muchas, y lo trueca por fines temporales, y en esto es segunda vez vano, y muchas veces vanísimo, porque hace fin de los medios, como si uno, para caminar apriesa y descansado, no

2 *Desabre,* del verbo desabrir.

8 Según lo dictaba el capricho del escritor, anteponíase el artículo masculino o el femenino a los nombres de este último género comenzados por *a.* Delante de *arte,* sin embargo, solía ponerse el último:

"Hijuela de bendición
me llaman madres de la arte."
(Quevedo: Letrilla *Toda bolsa que me ve.*)

subiera en un ligero caballo, sino antes se cargara del caballo para llevarlo a cuestas. Después de esto, los medios que escoge para este fin bastardo de la commodidad de la vida temporal son desproporcionados, y así también en esto es vano: ofrece deleites para pasar con gusto la vida, y el exceso dellas hace que se pase con dolores, pues causan mil enfermedades. ¿Cuántos por comer caen malos, y han menester para sanar ayunar muchos días? ¿Cuántos por tener grandes riquezas han venido a grandes aprietos, porque cargan de criados y gastos superfluos, con que vienen a estar más necesitados que uno que come del trabajo de sus manos? Por las honras, ¿cuántos se han hecho viles?; y con ellas, ¿cuántos se han hecho ridículos, perdiendo reputación donde esperaban respeto? Bien concluye Salomón, diciendo: "y todas las cosas son vanidad". Porque todas las cosas en cuantas pone mano el mundo, son vanas y al revés de lo que promete, pues aun todas sus tres cabezas no convienen entre sí, sino unas a otras se impiden, se muerden y dan de calabazadas, quiero decirlo así. Muchos, porque los tengan en estimación por el fausto exterior, lo hacen a costa del gusto, ayunando en su casa y a costa de la hacienda, gastando más que tienen por sustentar criados y menaje lu-

cido, empobreciéndose con esto más. ¿Cuántos por ser más ricos hacen mil humillaciones y se privan de todo gusto? Y ¿cuántas doncellas por un gusto han perdido su honra? Para sí mismo se es el mundo de estorbo. Una vanidad atropella a otra. Todas las cosas están pendientes de su fin, cuyo respeto las ordena, y como el mundo las desencaja de su último fin, todas son confusión y desorden, y sucede al revés de lo que prometen. Prometen dicha y dan peligros. Prometen gustos y dan pesares. Prometen abundancia y dan cuidados. Todo lo pervierte el mundo; por esto a la mayor de su cabeza, que es el pundonor vano, llamó David, no cabeza, sino pie, diciendo: *No me venga el pie de la soberbia.* La vanidad de las honras es el pie de la soberbia, porque por ella entra; y, por cierto, todo es pies cuanto en el mundo parece cabeza, porque no se alza del suelo, estribando sólo en cosas de la tierra, sin mirar al cielo, y si tiene tres cabezas, se podía decir que tiene cien pies. Es como el gusano julo, que todo es pies y anda arrastrando. Todo es pies el

5 *Se es el mundo de estorbo,* es decir: se sirve de estorbo a sí mismo.

22 *Julo,* miriápodo de forma cilíndrica, de color, generalmente, rojizo, con manchas rojas y blanquizcas, y cuyas numerosas patas están en relación con los anillos que forman su cuerpo.

mundo, por su vileza y bajeza, por su desbarato y desorden, por su fuga y prisa con que se nos van sus bienes cuando menos se piensa, y por la posesión que toma del corazón humano. Ni con los pies se podían haber dispuesto peor sus cosas: todas están al revés, todas son vanas, y todo el mundo es vanidad de vanidades.

Quiero comparar el mundo a Gerión, porque no podía traer más acommodada figura de él que una mentira por imagen de otra. Gerión fué fábula, y el mundo es embeleco. Aquél fué mentira, y éste lo es. Ficción el uno, y enredo el otro. Así como tenía Gerión muchos cuerpos, así tiene el mundo muchas vanidades, tantas cuantas son sus cabezas o sus pies: no sé cómo me llame sus bienes, pues ni tienen pies ni cabeza. Aquél era cuerpo de cuerpos, por los muchos que contenía, y éste es vanidad de vanidades, por las muchas que comprehende, pero

10 La muy divulgada fábula de Gerión presenta a éste como un rey de Eritia (España, según la opinión común), que tenía tres cuerpos, tres cabezas, seis brazos y seis piernas. Era dueño de tres islas en el mar Mediterráneo. Guardábanle sus bueyes un perro de dos cabezas y un dragón de siete. Gerión murió a manos de Hércules.

15 *No sé cómo me llame sus bienes.* Es un dativo de los que suelen llamarse pasionales o éticos: el pronombre hace más eficaz y vehemente la expresión del concepto. "Respondieron que ellos se lo tenían bien en cuidado." (Cervantes: *Rinconete y Cortadillo.*)

todas sin cuerpo ni substancia, sino todo apariencia; por eso San Pablo no dió al mundo nombre de cosa que tuviese ser, sino sólo representación. Llámale figura, cuando dijo: *Pásase la figura deste mundo.* Aun no la llamó fiera, no león, ni tigre, porque estas cosas tienen cuerpo verdadero; sólo le llamó figura, que tiene sólo apariencia. Aun no dijo de qué cosa era figura, porque no hay cosa de tan poco ser y substancia de que se pueda verificar que es figura suya el mundo. Menos es que un poco de humo, menos que un soplo, y lo que con menos impropiedad se podía decir dél es que es figura o sombra de la muerte, conforme habla la Escritura, porque la muerte no es ser, sino privación de ser: así son las cosas del mundo. que no son bienes, sino privación de bien, y aun algo menos, porque suelen ser verdaderos males y falsos bienes. Las riquezas a Creso fueron males, y por ellas pereció miserablemente. Los regalos a Heliogábalo fueron falsos bienes, pues fueron sus verdugos. La honra del Imperio ro-

10 Aunque parezca sospechoso de galicismo el verbo *verificar* en la acepción de "probar o demostrar alguna cosa", como aquí le emplea el padre Nieremberg, pertenece por derecho al fondo de nuestro idioma. Comp.: "No pudo entonces, impaciente, sufrir tantas verificaciones de su muerte." (Tirso de Molina: *Los tres maridos burlados.*)

mano fué a Pertinaz la mayor desdicha que le pudo suceder, muriendo lastimosamente, sino porque fué dichoso, siendo su culpa su mayor fortuna. En medio de las tinieblas de los egipcios, cuando no podían discernir lo que tenían en la mano, veían algunas fantasmas y figuras que se les aparecían: así sucede que, estando los mundanos llenos de tinieblas, ciegos para los verdaderos bienes, ven con todo esto esta figura del mundo, esta fantasma que no les espanta, sino engaña.

Tenía Gerión un perro de ayuda, que asimismo era monstruoso, con dos cabezas. También el mundo tiene otro monstruo de dos cabezas por perro de ayuda, que es el vicio humano, cuyas cabezas son estas dos: la una es la aprehensión falsa de las cosas, y la otra, la pasión torcida. Estas dos cosas son las cabezas de todo vicio, y la ayuda mayor que tiene este tirano del siglo. Las causas de estimar el mundo son el engaño de nuestro entendimiento y el torcimiento de nuestra voluntad, la falsedad de nuestros dictámenes y el abuso de nuestros afectos. Estas son las cabezas de nuestros yerros y las causas de nuestras culpas, y también penas. Para vencer al mundo es necesario cortarlas con la es-

1 Helvio Pertinax, a quien los pretorianos asesinaron por su gestión en pro de la moralidad y la disciplina.

pada de la verdad, que con un golpe derriba muchas. No tengamos por bienes los que él nos ofrece, pues no nos hacen buenos, antes los tengamos por males, pues a tantos han hecho malos. El bien ha de comunicar bondad, sin estar apestado de malicia alguna, como la blancura no hace negros, sino solamente blancos. Y pues los bienes del mundo no hacen bueno al que los tiene, engaño es tenerlos por tales. Ordenemos también nuestras pasiones, poniendo el amor, que se hizo sólo para lo bueno, no en los falsos bienes deste siglo, sino en los verdaderos del alma, y, sobre todo, en Dios, que es summa bondad. Con esto ordenado el amor tirará tras sí los demás afectos, que están eslabonados unos con otros, como cadena, y quien tira del primer eslabón, lleva con él los demás; y en consecuencia del amor se van todos, por lo cual, quien lo pone en Dios, deseará a Dios, temerá por Dios, y aborrecerá sus ofensas, y tendrá odio al mundo, que es su contrario.

El que quiere vencer este enemigo ha de advertir que, como Gerión era señor de tres islas

---

15 *Tirar*, en su antigua acepción de *arrastrar* o *sacar*, como en este verso del Arcipreste:

"Tyra muchos provechos a veses la pereza."

en el mar Mediterráneo, y vencido en la una, se reforzaba en la otra, y echado désta, se reparaba en la tercera, así también el mundo se ha señoreado de la codicia humana, de la presumpción y del regalo, que son tres islas, no sólo en medio de la tierra, sino de nosotros, en que se fortifica, y es necesario echarle de todas tres. Diógenes le venció en las dos, mas no le pudo echar de la tercera; despreció las riquezas; privóse de todo regalo; pero la presumpción tuvo en su punto, y en ella le señoreó el mundo. Los que están privados de un sentido suelen tener más viveza en otro. Al que le falta el oído, suele tener la vista más aguda, y el que carece de vista, tiene la imaginación y fantasía más viva. De la misma manera acontece a algunos, que, cuanto se quitan de regalos, añaden de codicia; otros, cuanto tienen menos de avaricia, tienen más de ambición, y de poco codiciosos pasan a ser muy presumidos. En estos tales no se quita la malicia, sino se muda, porque la que estaba antes repartida en muchas partes, se amontona en una. No quitan las fuerzas al mundo, sino se las unen; no le vencen, sino él se arrincona para asegurarse más; y

10 Hoy no invertiríamos el orden natural de la oración: *Tuvo en su punto la presunción.*

muy diferente cosa es vencer al enemigo o retirarse él. Desto esté advertido v. md. para que su desengaño no sea parcial solamente, sino acabe de vencer al que comenzó a conocer. De Gerión dijeron que sólo un hijo de Dios le venció. Y quien totalmente venció al mundo, y le vence ahora en sus siervos, es el Hijo de Dios, al cual vió San Juan en su *Apocalipsi* a punto para la batalla, para la cual salió en un caballo blanco, símbolo de la candidez de la verdad; porque como el mundo se funda en engaño, y sea todo mentira, la verdad le destruye, esto es, el conocimiento verdadero de las cosas. Las armas que llevaba Cristo sólo era un arco, que es arma para de lejos, y se juega y tira desde el pecho, porque es gran parte para vencer al mundo no llegarse a él, ni meterse en sus cosas, sino de lejos aborre-

9 *Apocalipsi*, y no *Apocalipsis*, decíase siempre: "Esta es la que Dios promete, y la que quiere deseen los justos en el Apocalipsi" (Quevedo: *Vida de Santo Tomás de Villanueva*.)

14 Cuando el verbo *ser* llevaba el sujeto en plural y el predicado en singular, o viceversa, solía concertar con el último: "Pero los demasiados atrevimientos, cosa es para grande mal, y pueden temer el castigo de ellos sobre tal temeridad." (Fray L. de Granada: *Noche escura del alma*, l. I, c. VI.)

Hoy ocurre precisamente lo contrario, no obstante las afirmaciones de algunos gramáticos extranjeros.

cerle. Los dardos del alma, que es el odio del corazón, se despiden del pecho. Otra arma no llevaba Cristo, mas diéronle una corona, la cual ciñó su cabeza, en significación que nosotros, si hemos de vencer con su gracia al mundo, ha de ser con su fe, que es la corona del entendimiento, como la caridad lo es de la voluntad, por lo cual dijo San Juan en su primera carta: *Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe.* Porque como la corona ciñe la cabeza, así la fe ciñe a nuestro entendimiento, no dejándole errar por dictámenes falsos ni discursos inciertos. Armado uno con la corona de la fe, vencerá al mundo, teniendo, no sólo por bienes, sino por bienaventuranza, lo que el mundo tiene por males; creyendo con viveza que hay otra vida, otro mundo y otros bienes mayores que los que parecen en la tierra, que hay juicio de Dios, que hay penas eternas para los que por el deleite de un momento pecaren gravemente. Salió también Cristo coronado a la batalla, porque como se dice en el *Apocalipsi*: *Salió vencedor para vencer;* para darnos a entender que para vencer al mundo había de preceder otra victoria, que es la de sí mismo, y que quien salía vencedor

1 Otro caso como el de arriba, de verbo substantivo concertado con el predicado.

de sí, vencería también este tirano. En la misma conformidad dijo San Juan que la victoria que ocasionaba la fe vencía al mundo.

Fué misterioso modo de explicarse, porque la victoria no es la que vence, sino las fuerzas del que pelea. Al fin de la batalla es la victoria, no la da principio. Pero en esta guerra con el mundo, quien le quisiere vencer ha de salir vencedor y coronado de otra victoria, que alcanza con la fe y por la gracia de Cristo, que es la victoria de sí mismo, con la cual alcanzará otra del mundo; porque quien varonilmente mortifica sus afectos y los tiene a raya, ya no deseará riquezas vanas, ni buscará gustos ilícitos y se afanará por honras peligrosas; antes aborrecerá al mundo, que con estas cosas le quiere estorbar de sus intentos, y así le vence fácilmente. Por eso Cristo nuestro Señor dijo primero que se negase a sí mismo, venciéndose, el que le quería seguir, y después que tomase su Cruz, que es la palma desta victoria del mundo, el cual se puede dar por vencido luego que uno se vence a sí. Quien estribando en la verdad y coronado de fe, alcanza la victoria de sí mismo, sale vencedor para vencer toda la caballería del mundo, que

26 Otro ejemplo de verbo substantivo concertando con el predicado, como los que hemos visto más arriba.

son aquellos caballos de diversos colores que vió San Juan, uno amarillo, otro colorado, otro negro. El amarillo, por la librea del oro y las riquezas; el colorado es por la carne y sangre y gusto de regalos, y el negro por las honras, que nunca vienen mejor que después de la muerte. Preguntado un filósofo por qué era el oro amarillo, respondió: "Porque padece muchas asechanzas, y así tiene el color de los que temen." Y como los ricos andan temerosos no se les menoscabe la hacienda, se atribuye con razón a esta parte del mundo el color amarillo, como también el colorado a los que se entregan a sus gustos, que suelen ser sangrientos, y tener fines desastrados, como el de Amnón y Sichen. El color negro viene a las honras bien, porque, aun después de la muerte, las pretenden los mundanos. Los regalos quieren mientras los puedan gozar, y las riquezas, mientras viven; mas las honras pretenden aun para cuando no las pueden gozar, esto es, para después de muertos. ¡Oh, gran locura

1 Refiérese al *Apocalipsis*, cap. VI, vers. 2 y sigs.

16 Amnón, hijo de David y de Achinoam, fué muerto en un banquete por las gentes de Absalón, quien castigaba con ello la violación de Thamar, hermana de ambos. Sichen, hijo de Hemor, robó a Dina, hija de Jacob, dando lugar a que los hermanos de la joven entrasen en la ciudad y mataran a todos los sichenitas.

de la ambición, buscar en la tierra gloria humana después de la muerte, y descuidar de la eterna en el Cielo! Buscar gloria en este mundo, donde se queda el cuerpo sin sentido, y no en el otro, donde va el alma inmortal.

Harto negras son las honras del mundo, harto funesta es su gloria, pues tantas veces se antepone a la celestial. Con razón es este caballo negro, y, si bien se considera, todos tres caballos son funestos, porque fuera deste de color de luto, sobre el amarillo venía caballera la misma muerte, y sobre el colorado un verdugo de terrible estrago y matanza, con una gran espada, porque fuera de la crueldad de los sensuales para con otros, ellos mismos se matan y degüellan a sí mismos con sus excesos. La deshonestidad acaba las fuerzas y la salud; la gula ha muerto más que la guerra, porque todos los bienes del mundo son mortales y funestos, hasta la honra inmortal, que, después de uno muerto, se pretende en la tierra. Sobre ésta también vendrá la muerte y el olvido; sólo el justo y vencedor del mundo estará en la memoria eterna, como dice David. También

11 Véase comprobado el uso de este femenino en el siguiente ejemplo que alega el *Diccionario de Autoridades*: "*Rivadeneyra, Fl. Sanct. Vida de Santa Theodora.* Subió encima de la bestia carnicera y entró en el lago, y salió caballera en él sin lesión alguna."

es de considerar que sobre el caballo negro de las honras mundanas iba caballero el diablo, que fué el primero que se perdió por la honra vana; y porque el ambicioso que la desea está cargado del demonio, que le espolea y gobierna, para que se pierda como él y con él. Demás desto llevaba en la mano un peso, que era falso, porque quien mide y pesa más injustamente las cosas es el vano y soberbio. Verdad es que todos los mundanos tienen falsa medida para calificar las cosas injustamente; pero el soberbio tiene dobladas falsedades en su peso. El avariento, por más riquezas que tenga, le parecen pocas, y el sensual ningún deleite tiene por bastante, aunque se ahogue y degüelle con él, y en esto pesan falsamente; pero el soberbio añade otras falsedades, porque, fuera de calificar sus méritos por muy grandes y los ajenos por muy cortos, tanto que a sus vicios alaba como a virtudes, y las virtudes ajenas condena como vicios, tiene otra gran falsedad y engaño: que todo premio de sus méritos falsos le parece pequeño. De modo que usa de peso falso en la medida de sus méritos y en la de los ajenos, y también en la de los premios. Después desta caballería iba en la retaguardia el Infierno, que seguía al último caballo, porque tras los gozos temporales de este mundo se siguen los tor-

mentos eternos del Infierno. Este es el batallón del mundo: v. md. no le tema, que mas fácilmente le vencerá con el ayuda de Cristo que aquel capitán romano que dijo: *Veni, vidi, vici;* vine, vi y vencí. Venga uno saliendo de sí, venciendo sus pasiones, que esto es venir a la batalla contra este enemigo; vea con los ojos de fe, que éstos bastarán para vencer al mundo, porque la vista viva de la fe le destruye más que la vista del basilisco a quien mira; y si puede decir que con los ojos vivos de la fe vió al mundo, también podrá decir luego que le venció. Avive v. md. estos ojos con la oración.

3 Véase, en relación con la nota 8 de la pág. 30, uno de los infinitos casos en que se anteponía el artículo *el* a un substantivo femenino cuya vocal inicial es *a*. (V. notas a las *Eróticas*, de Villegas, pág. 58.)

10 Sabido es que, según la fábula, el basilisco tenía la propiedad de matar con la mirada.

EPISTOLA II

A UNO QUE PRIVARON DE SU OFICIO. PROPÓNENSE TRES SUERTES DE PADECER, Y PREFIÉRESE EL PADECER SIN HABER DADO CAUSA PARA ELLO.

Espántome de v. md. que quiera más la cruz de uno de los ladrones que la del Hijo de Dios. Los demonios huyen de la Cruz de Cristo; no ha de huir della un cristiano. Maravíllome de lo que dice v. md., que no está sentido que le hayan quitado su oficio, sino que se haya hecho injustamente, sin tener en nada culpa, antes por haber estorbado muchas, y por esto con falsos testimonios le han des-

---

6 *Espantar*, significando *admirar* o *asombrar*. Comp.: "Pues si V. R. con la fuerza de Dios ha muerto lo que los mundanos adoran, y esto delante de ellos mismos, ¿espántase que lo quieran apedrear?" (Beato Juan de Avila, *Epistolario espiritual*, edición de *La Lectura*, pág. 29.)

11 *Oficio* en su acepción de empleo, que era la que adoptaba generalmente. (V. pág. 52, nota 8.)

compuesto. ¿Qué es esto sino arrojar de sí la Cruz de Cristo y abrazar la de un ladrón? Tres cruces hay en que padecen los hombres; cada uno escoja la que quisiere, que yo me holgara morir en la de mi Redemptor. Una cruz es del mal ladrón, cuando padecen trabajos por sus pecados y no se reconocen ni enmiendan.

Otra del buen ladrón, cuando padecen por pecados cometidos y se arrepienten dellos, aprovechándose de su trabajo temporal para alcanzar el descanso eterno. La otra es de Cristo, cuando inocentemente se padece, y mucho más cuando, no sólo se padece sin culpa propria, sino por evitar las ajenas. Pues si esta cruz le ha cabido a v. md., conforme a lo que dice, ¿por qué la desecha y busca otras? Mejor es padecer con Cristo que con los ladrones. Huélguese de padecer sin culpa y por quitarlas. No se deje llevar del engaño común de los que dicen: "No sintiera esto si hubiera yo dado causa; mas no puedo llevar que me hagan una sinrazón." Engáñanse, que más vale padecer sin culpa que habiéndola cometido. Cristo padeció sinrazones, injusticias y todo género de agravios; más dichoso es el que padece como El que como un ladrón, aunque sea el bue-

18 *Padecer sin culpa y por quitarlas,* esto es, por quitar las culpas.

no. Padezca, pues, v. md. como Cristo, y por lo menos como cristiano, adorando y besando la Cruz de su Redemptor y no huyendo della, que esto es proprio de los demonios. Tengamos en la memoria lo que aconseja San Pedro: "Ninguno de vosotros padezca como un homicida o ladrón. Pero si como cristiano, no se empache, y glorifique a Dios en este nombre." Padezca como cristiano con paciencia y padezca como Cristo sin culpa. Esta dicha tiene v. md. en casa, no la desprecie. Padezca con Cristo y por Cristo, porque para esto sólo quedará por v. md. El padecer por Cristo tiene tres sentidos: uno, padecer por amor de Cristo; otro, por causa de Cristo, y otro, en lugar de Cristo, y en todos estos modos le puede alcanzar a v. md. esta dichosa suerte. Padecer por amor de Cristo es padecer, con afecto de amarle y por agradarle, alguna penalidad, ora sea penitencia voluntaria, ora algún suceso de trabajo. Padecer por causa de Cristo es padecer por ejercitar alguna virtud o evitar algún pecado en sí o en otros. Padecer en lugar de Cristo es cuando uno puede decir, conforme a San Pablo: "Lleno lo que falta a las pasiones de Cristo." Porque así como la limosna que se da a un pobre se da a Cristo, y el pobre la recibe en su lugar, así también la injuria

que se hace a un inocente es como hacerla a Cristo, el cual tuvo deseo de padecer cuanto han padecido y padecerán los justos. Ya que no lo padeció en su persona, es gloria del mismo Cristo que lo padezcan los suyos como en su lugar, con lo cual cumplen con efecto lo que faltó a las pasiones de Cristo, según su afecto; por lo cual se dice que Cristo padece en los justos, y así dice San Paulino: "Desde el principio de los siglos padece Cristo en todos los que son suyos. El es el principio y el fin que se encubrió en la ley y se descubrió en el Evangelio. Admirable Señor, siempre padeciendo y triunfando en sus santos. En Abel fué muerto de su hermano; en Noé, escarnecido del hijo; en Abrahán, peregrino; en Isaac fué ofrecido; en Jacob sirvió; en Joseph fué vendido; en Moisén fué expuesto y ahuyentado; en los Profetas, apedreado; en los Apóstoles, por tierra y por mar afamado, y con muchos tormentos de los mártires muere frecuentísimamen-

9 *Epist. ad Aprum.* (N.)

Las citas de autoridades que el padre Nieremberg pone al margen se insertarán aquí al pie, con esta indicación: (N.)

18 Forma usual del nombre *Moisés*. Ejemplo: "Entonce cantó Moisén a los hijos de Israel esta cántiga." (Mosé Arragel de Guadalfajara: traducción del *Cántico del Mar Rojo.*)

te. El mismo hasta ahora lleva nuestras enfermedades y dolencias, porque El es aquel hombre que está siempre por nosotros puesto en plaga, y que sabe llevar enfermedades, las cuales nosotros no podemos llevarlas sin El. El mismo, aun ahora, por nosotros y en nosotros sufre para destruir al mundo con la paciencia y perficionar la virtud en la misma enfermedad. El mismo padece en ti oprobios, y a El mismo aborrece en ti este mundo; pero gracias a El, que vence cuando es juzgado y triunfa en nostros." Esto escribió San Paulino a Apro. Tome v. md. su parte para sí, consiga esto Jesucristo, que triunfe en su alma, y pues dice padece injusticia, con los testimonios falsos que le han levantado, estando sin culpa, Cristo recibe ese agravio por suyo, y v. md. en su lugar padecerá, y pues padece también por quitar culpas, ya padecerá por su causa. Pues

5 El uso redundante del pronombre es tan corriente en los clásicos, que apenas hace falta citar ningún ejemplo. Véase uno, sin embargo: "Halló, entre otros despojos, hasta treinta mil ducados, que Barbarroja no quiso llevarlos consigo." (Gonzalo de Illescas: *Hist. pontifical y católica*, l. VI, cap. XXVII.)

8 Sería superfluo, por encontrarse con abundancia en los anteriores tomos de "Clásicos Castellanos", citar ejemplos de cambio de la *e* en *i*, en palabras como *perficionar, difinición*, etc., por asimilación.

10 *Pero gracias a él.* Elíptico. Es tanto como decir: *Pero démosle gracias.*

para que todo lo logre, padezca también por su amor, por agradarle y darle gusto con mucha paciencia y humildad, holgándose de tener tan buena ocasión de merecimiento, para que así se gloríe en la Cruz de su Redemptor.

EPISTOLA IV

A UN SEÑOR DE TÍTULO, AMIGO DE SU GUSTO. PONDÉRASE EL DAÑO QUE HACE ESTA PASIÓN

Alabo la devoción de V. S., que desea saber en qué cosas haría alguna penitencia por Dios. Buenos son los deseos, pero grande la ignorancia, y no deja de caerme en gracia la pregunta, y que no sepa en qué podía hacer penitencia, porque no sólo puede, sino debe hacerla en todo cuanto hace, pues en todo hace su gusto, que es vicio común de los señores el ser muy voluntariosos y atropellar con todo por hacer su gusto, aunque sea con daño de partes. Y debían estar advertidos, que hay algunos gustos sangrientos y muy crueles, que no reparan en ser homicidas de los que más lo procuran, matándoles el alma, ni en degollar inocentes, como Herodes, sino aun en los justos y los más beneméritos son atroces; quiero hablar desta manera porque verdaderamente carecen de piedad y toda caridad. Dejo

aparte cuando por cosas de muy poca importancia, pero de gusto suyo, mandan dar de palos, o cruzar la cara, o hacer otro agravio mayor, hasta hacer matar. ¿Qué piedad es, por jugar o comprar una joya que gustan, o algunas pinturas exquisitas, dejar perecer de hambre a muchos, sin pagar ración a los criados, ni las deudas al acreedor, ni su trabajo al oficial? Y cuando no hagan ninguna injusticia déstas, ¿qué caridad es que por gustos superfluos gasten tanto, que no tengan con qué dar limosna? Ya se ve que éstos son gustos inhumanos; ni tampoco lo son piadosos, cuando, por lo que no importa nada que se haga o deje de hacerse, hacen trasnochar los criados y pasar muchas incommodidades, sin qué ni para qué, mandándoles fuera de tiempo, o más de lo que pueden llevar, mil impertinencias. Los de mucha voluntad suelen ser mal sufridos, y también en-

8 *Oficial,* en su acepción de menestral u hombre dedicado a un oficio: "El oficial dijo que era poca obra, que lo que mandase." (Quevedo: *Vida de Santo Tomás de Villanueva.* Refiérese a un jubetero.)

15 En tanto que nuestros antiguos escritores, como hemos visto más arriba, solían poner expresa la preposición en los acusativos de cosa, omitíanla a menudo en los de persona: "El Rey de León no cesaba de acosar los moros del reino de Valencia por todas partes y con toda manera de fuerza." (Padre Mariana: *Historia de España,* l. XII, cap. XIX.)

fadosos y cargosos; con uno y otro dan harto que sufrir a los que tienen cerca. Quien no sufre no es posible sino que dé que sufrir, ni hay alguno más insufrible que el que más quiere que le sufran. Y aunque V. S. me parece que teme a Dios, con todo eso no se va en esto a la mano, y creo es la causa porque piensa que sus gustos no son ilícitos. Yo pienso que se engaña, porque los más tengo por ilícitos y todos por peligrosos. Engaño es pensar que sólo el pecado mortal es ilícito, porque también es ilícito el pecado venial, y estos gustos impertinentes y demasiados, aunque no traspasen gravemente la ley de Dios, vienen a ser pecados veniales, los cuales son ilícitos. Demás desto, la multitud en los que adoran en su gusto, teniendo en ellos tanta fuerza que les arrastra para atropellar con todo, es de gran riesgo. Disputando Santo Tomás si un pecado venial se podía hacer mortal, dice que cuando se pone el fin último en el deleite o gusto del pecado venial, que entonces deja aquel acto de ser venial y pasa a ser mortal. Pues ¿quién correrá más este peligro, que

1 *Cargosos,* igual que gravosos o molestos. "Oviedo: *Hist. Chil., pl. 337.* Por no ser cargosos a ninguna ciudad en particular, traían determinación de no hacer asiento fijo en ninguna." (*Dicc. de Aut.*)

quien adora en su gusto y por cumplirle no repara en nada? Fuera desto, fortificada con el uso y hábito continuo esta pasión, cobra tales fuerzas, que en las ocasiones atropellará con cosa grave, si no con comisión, con omisión, dejando de cumplir obligaciones precisas, no pagando lo que debe por comprar lo que no debiera, porque al gusto se le antoja. Al fin la mucha voluntad y rendimiento al proprio gusto, si no es pecado, es ocasión dél muy peligrosa, o tentación disimulada; y así en esta parte, no sólo convendría, sino se debe hacer penitencia. No es la penitencia más saludable aquella con que sólo se quitan las penas de los pecados pasados, sino aquella con que también se quitan las culpas de lo presente y las ocasiones de lo futuro, evitándose pecados presentes y venideros. Estas gracias tendrá la mortificación del proprio gusto, yéndose en él a la mano y quebrantándole en lo que más desea, porque con eso se satisfará por lo pasado, se evitarán muchas culpas, por lo menos veniales, y se quitarán muchos riesgos de pecados mortales. Demás desto tendrá otra gracia bien provechosa esta penitencia: que, fuera del quitar penas y quitar culpas, con ella se ejercitarán muchas virtudes, principalmente la justicia, la misericordia y la caridad, porque no gastando en gustos un

señor, tendrá con qué pagar deudas y dar limosnas, y será más compasivo con sus criados, dándoles menos que sufrir, y es buena parte de la caridad no ser cargoso a otros, antes sufrirlos. Bien creo que algunos criados suelen dar harto que sufrir a los señores; pero ahora no me toca hablar con ellos. Todas estas utilidades tiene esta penitencia, y ella tiene ancho campo en que ejercitarse. Añádese a lo dicho que esta penitencia es necesaria, que no se puede dejar sin pecado o riesgo de pecado. Los silicios, las disciplinas, la mala cama son muy santos ejercicios, pero son libres, de manera que no se peca aunque se dejen; mas quien no se va a la mano en la demasía de gustos superfluos peca ordinariamente, o tiene peligro y ocasión de pecar; y así esta penitencia es más necesaria que libre. V. S. haga en esto penitencia, y engáñese por mí, huiga de su gusto y aborrézcale, que es lo más contrario a la razón; porque aunque estas palabras, *Gusto* y *Iusto*, sean tan parecidas que no se diferencian más de en una letra, en la substancia de lo signi-

19 *Huiga* por *huya*. Comp.: "Muestre, pues, el varón grande que aún le quedan ensanches para cosas mayores, y huiga con especial cuidado de todo lo que puede dar indicio de angosto corazón." (P. Baltasar Gracián: *Oráculo manual y arte de prudencia*.)

ficado hay grande diferencia y mucha oposición, de modo que por antífrasi y contrariedad se dicen así; señal desto es las primeras letras en que se diferencian, que son la *G* y la *I*, con las cuales también empiezan los nombres de las dos cosas más contrarias que hay, que es la Gloria y el Infierno, porque quien hace su gusto, desviado anda de la Gloria, cuyo camino es estrecho y espinoso, y quien mortifica su gusto no va camino del Infierno, que es ancho y voluntarioso. Acuérdese V. S. de la Y de Pitágoras, desande lo andado y vuélvase á la encrucijada, y escoja el camino de la mano derecha, que es el angosto del espíritu, y no el ancho de la carne, commodidad y gusto, porque si aun en la senda de lo estrecho y áspero hay peligro, ¿cuánta perdición habrá en el camino dilatado del gusto y regalo? Porque a los que van por él se los bebe el demonio. Quiero hablar así con la autoridad de San Pedro Morón, el cual dice: "Dios pone freno al diablo

3 V. pág. 38, nota 14.

11 *La Y de Pitágoras.* Los discípulos de Pitágoras se valían de la figura de esta letra como símbolo para expresar cuáles son los caminos de la vida del hombre. El pie o tronco de la letra representaba la infancia; la rama más ancha, el camino del vicio; la más estrecha, el de la virtud. También llamaban a la *Y* el *árbol de Samos* en recuerdo de la patria de su maestro.

para que no nos pueda comer, como solía; pero un caballo enfrenado, aunque no puede comer, bien puede beber; así el demonio se bebe a los regalados y muelles."

4 *S. Petr. Celestin. opusc. 4, cap. 7.* (N.)

EPISTOLA V

A UN PREBENDADO MOZO. DECLÁRASE CÓMO MUCHAS DICHAS SON PARA GRAN DESDICHA

De dos cosas tengo lástima a v. md.: una de que haya sido tan desgraciado, que le hayan dado tan rica prebenda; la otra es de que tenga esto por dicha. Pésame de este engaño y doile el pésame de su fortuna, que si es para mal, harta mala ventura será, y sin duda tiene gran ponzoña, pues ha escupido bastante veneno en v. md., pues ha tomado resolución de ordenarse, por ser tan pingüe la renta que ha alcanzado echando por la iglesia, no teniendo para ello vocación de Dios, sino sólo de su codicia, para tener que gastar. Absurda cosa es hacerse sacerdote por ser rico, haciendo del fin medio y haciendo fin al estiércol de las riquezas de una cosa tan sagrada como el sacerdocio, que es envilecerle tanto, que se posponga a tanta bajeza. No es orden hacerse sacerdote por tener rique-

zas, antes lo fuera dejar todas las riquezas del mundo por ser sacerdote. Sacrilegio y simonía fuera dar dineros por las órdenes, haciéndoseles tanta irreverencia como estimarlos por precio de la tierra, aunque sea a peso de oro. Pues no se les hace mayor honra en comprar con el sacerdocio la plata que ha de rentar su prebenda. Lástima es que por la desdicha del dinero quiera uno ordenarse para ser mal sacerdote. Lástima es que entre uno en esta dignidad, no con más alto fin que un aprendiz que quiere ser oficial, esto es, para tener con qué pasar la vida; pero aun en esto es v. md. de peor condición, pues no quiere ser sacerdote para pasar la vida, que ya tiene con qué, sino para tener con qué regalarse más y gastar largamente, y, para decirlo en una palabra, para ser más profano, después de consagrado, que lo era cuando lego; finalmente, para irse al Infierno, no usando bien de su estado y usando mal de su renta. Mire v. md. lo que hace, que quien yerra en el estado de su vida yerra mucho. No yerra por una vez, no yerra por un

4 *Estimarlos.* El substantivo *orden,* significando el sexto Sacramento de la Iglesia, se usaba como masculino: "Todos los órdenes no hacen más que un sacramento perfecto, porque se enderezan a ordenar un ministro." (Palafox: *Luces de la fe en la Iglesia,* tratado II, cap. VIII.) Sin embargo, en la linea de arriba léese "las órdenes".

día, sino por todo el tiempo de sus días, y se pone a peligro de errar para toda la eternidad. La dignidad del sacerdocio es altísima, pero quien viene a ella sin vocación de Dios y vive en ella sin su espíritu, tiene el estado más peligroso de todos. Las obligaciones son mayores que del seglar; las pasiones, las mismas; las rentas suelen ser más ciertas y sobradas, con lo cual tienen materia para lo que quieren y menores estorbos de sus gustos. Los casados tienen en su legítima compañía divirtimiento de lo ilícito. También el cuidado de criar los hijos, del sustento de la casa y la ocupación de su trabajo y oficio les suele embarazar la vida, de manera que se contenten con pasarla sin trabajo y no anden a buscar sus gustos; y si un sacerdote rico no suple mucho con la devoción y espíritu, corre mayores riesgos. Considere ahora v. md. su dicha, si es dicha lo que le ha de meter en peligros. No se deje engañar de la vana felicidad deste mundo. Las riquezas son como las escamas de los peces, que lucen solamente de noche, y como unas plantas que, cuando hace obscuro, resplandecen; mas a la luz clara no se ve en ellas sino un tronco muy tosco. En la noche deste mundo y para los que viven a escuras en la sombra de la muerte, sin guiarse por fe y por razón, sino por la pasión y ape-

tito, tienen algún lustre; pero a la luz de Dios son muy viles y vienen a desaparecerse a sus dueños o sus dueños se desaparecen primero con la muerte. Mal dije dueños, porque, como un santo advirtió, las riquezas no son del hombre, sino del mundo; señal desto es que se quedan en él cuando el hombre sale de él y no le siguen. Cuando a dos caminantes acompaña un perro, no se sabe cúyo es hasta que se aparten, y en apartándose, se conoce no ser de aquel a quien no sigue, sino de aquel con quien se queda. Mucho menos son las riquezas eclesiásticas de quien tiene sus rentas, porque, según el sentir de santísimos prelados y gravísimos doctores, no son tanto de los prebendados como de los pobres, y así v. md. ha estado engañado, pensando que le han dado mucho en esta prebenda, porque la verdad es que a v. md. no le han dado mucho, sino le han encomendado mucho que dé a los pobres, y si faltare en esto, faltará a su obligación y corre gran riesgo. Bien es que entienda la que hay en esta parte, y por no alargarme en ello sólo traeré a la memoria un dicho del santo arzobispo de Valencia, el beato fray To-

25 Notorios son los hechos y dichos piadosos del glorioso arzobispo de Valencia Santo Tomás de Villanueva, de quien don Francisco de Quevedo escribió la *Vida*.

más de Villanueva, que dijo así: "El que no favorece a sus ovejas con su hacienda ni las socorre con sus rentas eclesiásticas en sus necesidades, ¿cómo dará por ellas su vida? Digan otros lo que quisieren, yo lo dudo ser verdad cierta, que nos ha de pedir Dios estrecha cuenta, y muy estrecha, de la hacienda de la Iglesia, como de encomendada, para que distribuyamos entre pobres, y como de hurtado a su dueño si en otra cosa que en socorrerlos se empleare; y si a mí, señores, me halláredes al tiempo de mi muerte un real, tened mi alma por perdida y no me enterréis en sagrado." De la obligación de los obispos participan también los que gozan rentas eclesiásticas, y he visto a muchos bien escrupulosos en esta parte; pero algunos salieron bien del escrúpulo. Un racionero tenía guardados mil escudos en oro para sus necesidades: habiendo caído enfermo, me envió a llamar, y en viéndome dijo: "Padre, no es bien que un sacerdote muera con dineros; tome estos mil escudos y repártalos luego de limosnas, que con eso moriré contento, y si viviere, hecho se estará." Quiso Dios que sanase y que que-

5 La edición de Sevilla (1686), dice: "Digan otros lo que quisieren, yo lo dudo ser verdad cierta", etc. Corrijo con arreglo a la edición príncipe (Madrid, 1640) las raras erratas que aquélla tiene.

dase más gozoso de lo hecho que si le hubieran dado tresdoblado. Este fué buen espíritu de eclesiástico, y si no le tuviere v. md. de dar largamente limosna, no tiene para qué echar sobre sí la carga de su prebenda. Los beneficios eclesiásticos muy bien instituídos están, y el sacerdocio santísima cosa es; la disposición del que entra en ellos los puede convertir en su daño. Si entra en ellos con codicia y con espíritu mundano, cosas tan santas vuelven en ponzoña contra sí. El mal no está en ellos, sino en la persona que temerariamente los recibe y para diverso fin que se instituyeron. Del rey Midas dijeron que cuanto tocaba convertía en oro, y con todo eso perecía. ¿Qué hará el codicioso y vano, que cuanto toca convierte en veneno para su alma? Un rey de Cambaya, dicen que se dió tanto a tratar cosas venenosas, que se sustentaba dellas, sin poderle ya hacer daño ponzoña alguna; pero nunca alcanzará esto el sacerdote codicioso y profano en la vida, porque siempre le hará daño y emponzoñará su codicia o su profanidad. La triaca que ha de tomar v. md. contra el veneno que ha empezado

2 *Tresdoblado,* lo mismo que triplicado:

"De tresdoblado acero
tuvo Porfirio el corazón entonces."
(Villegas: *Eróticas,* oda VIII.)

a cundir en su corazón, es que se retire algunos días del bullicio del mundo, haga por lo menos ocho días de ejercicios y una confesión general. En ellos pida a Dios luz de lo que más le conviene, que si lo hace de corazón espero que se la dará.

EPISTOLA VII

A UN RELIGIOSO DESCALZO QUE QUERÍA PASARSE A OTRA RELIGIÓN. NÓTASE CÓMO POR HUIR LA MORTIFICACIÓN INTERIOR ABRAZAN ALGUNOS LA EXTERIOR

Díceme V. P. en la suya que ha muchos años que desea pasarse a otra religión más estrecha, aunque es la suya mucho. Yo pienso que otros tantos años ha que padece V. P. muy cierta tentación, que con capa de virtud le tiene desasosegado, y que su deseo no es tanto pasar a religión más estrecha como dejar la suya, porque vive en ella más estrechamente de lo que quisiera, esto es, haciendo menos su voluntad propria. Dice V. P. que desea vivir con más quietud; pero yo deseo saber la causa de su inquietud: si la tiene la religión en que está o la poca virtud de V. P. Paréceme que es esto, como bastantemente lo significan sus palabras, cuando dice que vive humillado entre los suyos,

de donde saco que V. P. no tanto desea mayor perfección en otra religión más estrecha cuanto huir de la perfección en la suya. Y en buen romance me parece que quiere huir de la humillación, que verdaderamente es malbaratar un gran tesoro. Mire, pues, V. P. lo que desea, que es menospreciar la imitación de Cristo, huir de su Cruz y vivir sin verdadera mortificación; querer que el cuerpo tenga vida más estrecha y la voluntad más ancha; querer ir al Cielo por donde le descamina su gusto y no por donde le encamina Dios. ¿Dónde irá V. P. que no se lleve consigo, y qué sabe lo que hallará en la parte que se acogiere? Ello es cierto que hallará hombres, y donde hay hombres podrá hallar humillación; pero demos que encuentre ángeles: procure tener virtud en sí más que verla en sus compañeros. ¿Qué importa vivir entre ángeles, si queda hombre, y muy imperfecto e inmortificado? Quien quisiere ser

14 *En la parte que se acogiere.* Omitíase a menudo la preposición en casos semejantes: "La primera pena que Dios nos condenó fué destierro." (Fray Hernando de Zárate: *Discursos de la paciencia cristiana,* discurso IV, § I.)

20 "*Inmortificado.* La persona falta de mortificación, u que no está mortificado. Rodríg., *Exerc., tomo I, trat. I, cap. 13.* Lo que te habrá de ser ocasión y medio para ser más agradecido y más humilde y mortificado, no te sea ocasión para ser más vano y más libre e inmortificado" (*Dicc. de Autor.*)

mejor con sólo la mudanza de puesto, se cura sobre falso; si no se muda a sí, no sanará.

Esta es la mudanza de la cual dijo David: *Haec mutatio dexterae excelsi.* Hay mudanza siniestra y hay mudanza derecha. Mudanza de la mano de Dios y mudanza por antojo del hombre. Una es del espíritu humano, otra del Espíritu Santo. Cuando se muda sólo lo exterior, eso es mudanza humana; pero cuando se renueva lo interior, es mudanza de la mano de Dios. Esta procure V. P. y busque la perfección absolutamente sin dependencia de lugares, ni puestos, ni estados. En cualquier parte se ha de buscar, y se topa más fácilmente en la humillación y paciencia; por eso dijo Santiago: *Patientia opus perfectum habet.* Y así, si V. P. fuese verdadero paciente y humilde, hallaría la perfección en su casa, sin irla a buscar por las ajenas. Guste de humillarse y de ser humillado, haga lo uno y sufra lo otro. Muchos hay que se humillan fácilmente y pocos que llevan bien ser humillados; mas esto es más sólida virtud, y aquello puede parar en sólo ceremonia. Mas quien busca la perfección y quiere mirar a Cristo, ha de ir a la verdad. Mire V. P. que pienso lo es lo que en ésta le he escrito; pon-

15 Santiago, en su *Epístola universal,* vers. 4.

dérelo, y después que gustare de vivir humillado en su religión, me podrá preguntar si será servicio de Dios pasarse a otra, porque hasta que se venza en esto no me atreveré a decir que sean de Dios sus ansias de mudarse a lo más estrecho, sin hacer tanto caso de lo más perfecto.

EPISTOLA X

A UN CABALLERO DESAFIADO. REPRUÉBASE LA LEY DEL DUELO

Contento estará v. md. con que ha salido con honra de su desafío; mas yo pienso que antes ha perdido más que ganado, y que solamente ha honrado al diablo, pues en su servicio se ha sacrificado para perder vida y alma. No sé qué género de idolatría es esta ley del duelo, que hace atropellar todas las leyes naturales y divinas, de Dios y de la razón, injuriosa totalmente a Jesucristo, que inmediatamente se opone a su doctrina. Gran desvergüenza y sacrílega insolencia es que una ley del diablo la guarden los cristianos tan inviolablemente y quieran perder por ella la vida corporal y espiritual: el rigor de su observancia es tal, que se hacen

4 *Con que ha salido con honra*: por haber salido con honra. Muy frecuente. En varios tomos de "Clásicos Castellanos" pueden verse anotados ejemplos análogos.

juntas para ver si se faltó en ella en un ápice y procurarla cumplir exactísimamente; unos a otros se animan para su observancia, y al que faltare en ella le tienen por infame; lo cual no hacen los moros, pero siendo, como es, inmediatamente contra la enseñanza de Cristo, lo hacen los cristianos. ¿Cómo guardan tan inviolablemente la ley de Satanás y traspasan tan ligeramente la de Cristo, y dan ocasión al demonio de que pueda baldonar contra el Hijo de Dios, que no habiendo él muerto por los hombres, sino aborrecídoles siempre, y hécholes muchos males, con todo eso guarden su ley, aunque pierdan la vida, y no la de su Bienhechor? Vergüenza fuera de la cristiandad si en medio della se permitiese un altar dedicado a un ídolo y que todos los que quisiesen se pudiesen sacrificar, y mucho más si unos a otros los cristianos se exhortasen a ofrecerle incienso. ¿Cómo hay tantos que adoren al ídolo de la honra, y que aconsejen a otros a adorar este ídolo de abominación, que está en medio del templo de Dios? ¿A este antecristo, que está en medio de la cristiandad? Porque este pundonor de los cristianos, según la ley del duelo, hace total oposición a Cristo y a la mansedumbre de su Evangelio, con gran ruina y estrago de las almas cristianas, las cuales

habían de mirar esta ley como si fuera el proprio antecristo. En la Sagrada Escritura se llaman algunos pecados contra el Espíritu Santo, los cuales son gravísimos, y dijo dellos el Salvador del mundo que ni en esta vida ni en la otra se perdonan: este pecado también de guardar la ley del duelo es contra el Hijo de Dios, que no es menos que el Espíritu Santo, pues tan directamente se opone a la ley de Cristo. También en las leyes civiles hay pecados feísimos, que llaman contra natura; mas éste, por cierta manera de antonomasia, se puede llamar pecado contra gracia, porque, aunque todos los pecados se oponen a la gracia, éste va totalmente encontrado contra la ley de gracia, en que singularísimamente el autor della nos encomendó la imitación de su mansedumbre y humildad. Añado que se podía llamar también pecado contra natura, porque previerte de muchas maneras la razón y va contra la naturaleza de la misma honra, que tanto procura; y si el pecado que va contra la naturaleza corporal es feísimo, el que va contra la naturaleza intelectual y espiritual no puede dejar de ser muy grave. La naturaleza de la honra es fundarse en virtud, mas la

19 *Prevertir.* "Salas Barbadillo: *Coronas del Parnaso.* Porque es más cierto que el malo previerte al bueno, que no que el bueno corrija al malo." (*Dicc. de Aut.*)

ley del duelo la funda en el vicio, y para que sea más notable su perversión y más prepóstero su juicio, la funda en un hecho que es contrario, no a una, sino a muchas y muy grandes virtudes: contra la prudencia, contra la justicia, contra la fortaleza y contra la templanza, en muchas de las virtudes que contiene, como es contra la humildad, mansedumbre y modestia. Es también contra la paciencia cristiana, contra la obediencia eclesiástica y religión, pues quiere uno morir sacrílego y excomulgado; es también contra las virtudes teologales; es contra la caridad, pues uno que desafía quiere matar al otro, o que el otro le mate; es contra la esperanza, en cuanto es una manera de desesperación tragar con morirse sin Sacramentos y excomulgado, sin reparar en condenarse. Opónese también a la fe prácticamente con una obra tan contraria a la religión cristiana y enseñanza de Cristo, de la cual hace burla con la obra el que desafía.

15 No llamará la atención, por ser muy frecuente, el uso del verbo *tragar* para la expresión de conceptos como éste. Jorge Manrique, en las memorables *Coplas* a la muerte de su padre, hace que la Muerte reclame a éste

"diciendo: Buen caballero,
dejad el mundo engañoso
y su halago;
vuestro corazón de acero
muestre su esfuerzo famoso
en este trago".

Y si se hiciese éste caso de Inquisición, como pudiera, sería algún remedio, porque si el que está un año excomulgado se hace sospechoso en la fe, y la Inquisición puede conocer dél, quien no repara en morir excomulgado parece que no es menos desprecio de la fe, ni menos temeridad, y se podrá juzgar por tan sospechoso en ella, que no me espantaría que le hiciesen abjurar, si no *de vehementi,* por lo menos *de levi,* como a otros de quien conoce la Inquisición. Lo cierto es que merecía una gran pena: porque si un cristiano idolatrase, aunque no perdiese la fe interior, merecía ser quemado, como queman también en España los que pecan contra natura o hacen moneda falsa. El que idolatra en el honor falso, y en ello hace honra al demonio, y comete tan gran pecado contra el Hijo de Dios, contra la gracia y contra la naturaleza de la razón, de la verdad y de la virtud, bien merecía gravísimo castigo. Matías, porque vió

5 *Quien no repara... parece que no es menos desprecio...* La viciosa construcción que resulta de cambiar el sujeto oracional hállase a cada paso en nuestros clásicos. Ejemplo: "Entre las damas que danzaron con él, dos solas fueron las que, aventajando a las demás, pudiera su despejo dar envidia al sol mismo." (Céspedes y Meneses: *El desdén del Alameda,* cap. XXX.)

9 *De vehementi* o *de levi* abjuraban los reos en el Tribunal de la Inquisición, según que los delitos fuesen graves o leves.

14 V. pág. 52, nota 15.

a uno del pueblo de Dios, aunque forzado, que hacía culto exterior a los ídolos, no pudo sufrirlo, sino que con celo santo ejecutó el merecido castigo en el delincuente. No sé cómo no hay mayor celo contra los que vemos honrar al demonio y apostatar con la obra de la doctrina de Cristo.

No sé qué me diga desta ley, que siendo contra tanto bueno, contra Cristo, contra la razón, contra el Cielo, contra la Iglesia, y para decirlo así, contra el mismo mundo, todo él la favorece. Como traidores se reputan los que introducen moneda falsa en la república; de más estimación es la honra que el oro, y los que introducen en el mundo honra falsa y adulterina, por traidores del mismo mundo se habían de tener. Estos son los que guardan la ley del duelo, pues introducen honra del vicio o por el vicio, la cual se debe sólo y es de la virtud. Ni sólo van contra la naturaleza de la honra, que es accidente inseparable y proprio de la virtud, sino van también contra la naturaleza de la misma virtud, falsificando también a las virtudes. La fortaleza, que es la que más quieren ostentar en el duelo, la adulteran, poniendo esta virtud en las fuerzas del cuerpo o en la temeridad del

23 V. pág. 27, nota 4.

ánimo, con que ya es falsa virtud y vicio verdadero: antes la mejor parte desta virtud es totalmente contraria a lo que ellos hacen, que es el sufrimiento y paciencia y la vitoria de sí mismos, por lo cual dijo el Espíritu Santo que era más fuerte el que se vencía a sí mismo que el conquistador de ciudades, y un poeta cantó:

Fortior est qui se, quam qui fortissima vincit,
Moenia.

De modo que en lo que más piensan mostrar fortaleza los que guardan esta maldita ley, muestran mayor flaqueza, pues no saben sufrir ni vencerse. Van tan engañados y fuera del camino de la razón, que si hicieran lo contrario de lo que hacen, callando y sufriendo y despreciando las leyes del diablo, se les debía mayor honra que a Alejandro Magno por haber conquistado el mundo, y su fortaleza sería mayor. No es este encarecimiento ni modo de decir, sino verdad cierta. Mayor cosa es sufrir algo por amor de Cristo y ajustamiento a su ley, que cuanto hizo Julio César en ampliar el imperio romano y hacerse dueño dél, y en cuanto hizo Alejandro Magno en ganar tantos reinos, porque aquello es cosa tan alta y tan grande, que no hay fuerzas naturales para ha-

7 La lección más corriente dice:
Fortior est qui se, quam qui fortissima vincit.
Oppida, nec virtus altius ire potest.

cerlo; pero estotro en su comparación es cosa tan poca, que no sólo con fuerzas naturales lo pudieron hacer, sino que aun viciosamente lo hicieron. Aquello es cosa tan grande, que es virtud, y esto cosa tan baja, que es vicio: finalmente, aquello cosa tan alta, que gana el reino de los Cielos, y esto cosa tan menguada, que aún no ganaron toda la tierra, siendo toda aquélla no más que un punto respeto del Cielo. Tan ciegos están estos observadores del duelo y tan lejos van de la verdad, que no la encuentran en nada, y con todo eso presumen de averiguarla, de suerte que no sólo van contra la naturaleza de la honra y de la virtud, sino también de la verdad, cuya naturaleza no está dependiente de armas, ni de la destreza en ellas, ni es medio a propósito para averiguarse con la valentía de fuerzas, que están mayores en las fieras, sino por razones; mas ellos están incapaces de razón, y se ponen a querer sacar en limpio la verdad que depende della. Toda esta ley es un montón de desatinos, de locuras y de falsedades; falsifican la honra, la virtud y la misma verdad.

Este falso pundonor todo lo pervierte y fal-

19 Confusa e incorrecta resulta la expresión del concepto. Quiere decir que la valentía de fuerza no es medio para que la verdad pueda averiguarse.

sifica; tiraniza la razón y atormenta el corazón. Es un perseguidor de la Iglesia, y con un modo tan disparatado atormenta a los cristianos, que no le usaron Diocleciano y Maximiano ni otros tiranos, ni le usará el mismo antecristo, el cual no atormentará a los que le adoren; mas el pundonor atormenta a los que más le adoran, los cuales padecen ansias de muerte sobre si quedaron bien o no quedaron bien, si cumplieron o no cumplieron. ¿Cuántos por cumplir con ella han perdido la vida? ¿Cuántos han sido privados de la hacienda? ¿Cuántos desterrados de su patria y han andado peregrinando de provincia en provincia? Al fin hace estragos semejantes a los que hiciera un gran perseguidor de los cristianos. ¿Cómo no hay quien pierda el respeto a este tirano, ni derribe este ídolo, ni acometa a esta estantigua o espantajo de ciegos, que en despreciándole y no teniéndole se deshará como humo, porque no es otra cosa este pundonor falso? Cuando el emperador

18 *Estantigua* es "visión o fantasma espantosa". La imaginación de nuestros antepasados vió también en las estantiguas ciertos escuadrones o grupos de "apariencias o fantasmas que el vaho de la tierra, cuando el sol sale o se pone, forma en el aire bajo, como se ven en el alto las nubes formadas en varias figuras". Mendoza: *Guerra de Granada*, lib. III. (V. Ramón Menéndez Pidal y Carolina Michaëlis: *Revue Hispanique*, tomo VII, y Víctor Said-Armesto: *La leyenda de don Juan*, pág. 248, nota.)

Teodosio mandó derribar los ídolos nadie se atrevía en Alejandría a llegar al ídolo de Serapis, porque había fama que, en tocándole, se había de caer el Cielo, alterarse los elementos y revolver el mundo: estaba temblando la gente, hasta que un valeroso cristiano, cogiendo una hacha, acometió al ídolo, con que cayó en tierra sin caerse el Cielo, ni hundirse el mundo, con lo cual se animaron todos, y haciendo burla dél le arrastraron por las calles. Si hubiese también quien perdiese el miedo a este dios falso del duelo, no le faltarían imitadores. El es como los fantasmas de los tesoros encantados, que en perdiéndoles el miedo desaparecen. En esta Corte hubo un caballero que, recibiendo un billete en que le desafiaban para las seis de la mañana, haciendo burla del desafío, respondió: "Por cosas de mayor importancia que irme a matar no suelo madrugar tanto"; y estúvose muy de espacio durmiendo en su cama, sin tener por este desprecio desta ley, tan observada del mundo, ni un dolor de cabeza, ni perder las ganas del comer, ni tampoco la honra, antes fué aplaudida su respuesta, y el desafiador quedó corrido, porque muchos se reían dél. Pero demos que perdiese algo quien despreciase esta ley diabólica: sin duda que se habían de haber los cristianos como en tiempo de persecución

con este antecristo anticipado o precursor del antecristo y arrestarse a perderlo todo por no hacer tan grande injuria a Jesucristo. Parece que miró a esta persecución de los desafíos aquella notable sentencia de San Pedro: "Si sois baldonados por ser cristianos, seréis bienaventurados, porque cuanto hay de honra y fortaleza de Dios y su espíritu descansará sobre vosotros." Gran dicha tendrá quien por ser cristiano con las obras, como lo es en el nombre, no obedece a la ley del duelo, aunque sea por ello baldonado. Bienaventurado será, y no perderá en esfera superior lo que por los desafíos se pretende locamente, que es mirar por la honra y ostentar fortaleza, pues éste tal no carecerá de uno y otro, pues la honra y fortaleza de Dios estará en él, según habló San Pedro. En el Evangelio se dice que es más difícil entrar un rico en el Cielo que un camello por el agujero de una aguja. Entre otras causas deste dicho, una fué porque en aquel tiempo muchas haciendas gruesas como mayorazgos estaban aligadas a algunos ritos de la idolatría,

16 *No carecerá de uno y otro,* o sea *de una y otra cosa* (honra y fortaleza). Es como en el refrán: *Uno piensa el bayo y otro el que le ensilla.*

23 "*Aligar.* Atar una cosa junta con otra... Metafóricamente es obligar, empeñar, prendar con el agrado, con el favor o con el beneficio." (*Dicc. de Aut.*)

como a ser flámines y sacerdotes de los ídolos, o con carga de hacerles algunas fiestas; y como para ser cristianos habían de dejar el oficio y obsequio de la idolatría, era esto muy dificultoso, porque juntamente habían de perder toda su hacienda: con todo eso, hubo muchísimos que quisieron perderla y juntamente los honores que acompañaban aquellos oficios. Pues si los gentiles, para hacerse cristianos, tenían tanto valor que querían perder la hacienda y honra, ¿por qué los cristianos, por ser fieles a Cristo, no se arriesgarán a perder una honra fantástica y falsa del mundo, quedándose con su hacienda entera y con la honra verdadera, que es de la virtud, y está adelantada con acto tan heroico como fuera perder respeto al mundo y guardársele a Cristo? Porque fuera de tener la substancia de la honra, en el acto de la virtud tendrán también su resplandor y aplauso delante de los buenos, y también de los ángeles; pero cuando sucede lo contrario, parece se cumplirá lo que dijo Isaías: "Los ángeles de paz lloran amargamente viendo a los hombres tan sangrientos y de guerra contra la paz del Evangelio, cuyas veredas están destruídas, y no hay quien pase por la senda estrecha de su

1 *Flámines* se llamaban los sacerdotes romanos.

doctrina." Y en cuanto a esto y rito se ha hecho el Testamento Nuevo y pacto de nuestro Redemptor. No digo más sino que v. md. vea lo que ha hecho y lo llore, pues lloran, para decirlo así, los ángeles.

EPISTOLA XI

A UN LIMOSNERO DE MALA CONDICIÓN. ENCOMIÉNDASE LA PACIENCIA COMO PARTE DE LA CARIDAD

Todos alaban su caridad de v. md., y yo haré harto si la doy nombre de liberalidad. Alaban las limosnas tan largas que reparte; pero también murmuran de su poco sufrimiento, pues llega a negar, o dar menos de lo que suele en igual necesidad, a quien no le da gusto. Esto no es caridad, porque le falta sufrimiento y le falta orden. Por estos dos lados falta su virtud. El sufrimiento es tan necesario a la caridad, que sin él la falta, para decirlo así, la mitad: porque no es sólo caridad hacer bien, sino sufrir males; no sólo dar pan al necesitado, sino perdón al enemigo. ¿Dónde muestra Dios su infinita caridad: en darnos sustento o en perdonarnos nuestros pecados? Claro argumento de su infinita caridad es sufrirnos. Primor

de la caridad cristiana es el amor de los enemigos: y esto, ¿cómo puede ser sin sufrirlos? Por esto San Pablo, la primer alabanza que contó de la caridad, cuando hizo catálogo de muchas calidades suyas, dijo: "La caridad paciente es, benigna es"; y así, quien no tuviere sufrimiento con otros, aunque haga a muchos bien, manca tiene su virtud, pues la falta todo un brazo. Gran bien hace a otro quien le sufre el mal que le hizo. Una buena cara al que ofendió, un semblante benigno al que enfadó, un rostro alegre al que dió disgusto, gran limosna puede ser.

El precepto de la caridad, ¿cómo se promulga en el Decálogo, sino diciendo: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo"? La ley natural también dicta: "Lo que no quieres para ti, no hagas con otro"; y al contrario: "Lo que quisieras para ti, haz con otros", pues cada uno se ama de tal manera, que quiere, no sólo que los otros le hagan bien, sino juntamente que le sufran, que no se enfaden con él ni se ofendan dél. Pues esto mismo ha de hacer con otros, amándolos como a sí mismo, no queriendo que haya una ley privilegiada para nosotros y otra rigurosa para los demás. Una misma regla ha de ser de caridad para mí y para otros, sufriéndolos y beneficiándolos. Puédese consi-

derar la caridad como un árbol que lleva dos hermosas frutas diversas, cuyas ramas, aunque son diferentes, están continuas y una inserta en la otra. La beneficencia y la paciencia son dos frutos sabrosísimos de la caridad, cuyas ramas están unidas y continuas, estando la paciencia enjerta en la beneficencia, y así el sufrir a otros tiene resabios de hacer bien. No las hemos de trocar y apartar, sino dejarlas continuadas y juntas sin división alguna; por eso dijo San Pedro: "Ante todas cosas, tened unos con otros caridad continua." Esto es, sin división, no sólo del tiempo, interpolándola, sino de sus partes, que son beneficencia y paciencia; por eso añade luego, encomendando esta parte del sufrimiento: "La caridad cubre la multitud de pecados; esto es, de las ofensas que otros nos hacen: porque si las disimulamos y sufrimos, no dándonos por entendidos, tendremos la ca-

7 *Engerta,* forma usual. "Los árboles viejos, con un enjerto nuevo los remozan." (Espinel: *Marcos de Obregón,* descanso V.)

8 Hoy la palabra *resabios* se emplea solamente en su acepción de *vicio* o *mala costumbre.* Antes, sin embargo, tenía la que en estas palabras del padre Nieremberg, de acuerdo con lo que dice Covarrubias: "*Resabio,* cuando la cosa tiene algún sabor extraordinario; de *re* y *sapor-is.*"

11 Contra lo que hoy suele hacerse, en esta frase se suprimía casi siempre el artículo: "El médico también, ante todas cosas, conosce la complexión del enfermo..." (Melchor Cano: *Tratado de la victoria de sí mismo,* cap. II.)

ridad continua y entera, no dividida y sola la mitad." Aludió San Pedro a lo que se dice en los *Proverbios*: "El odio levanta pendencias y la caridad cubre todos los delitos", porque cuanto se dilinque contra uno lo disimula: con eso no sólo es continua la caridad con sus dos partes, sino que se continúa y permanece, pues la causa ordinaria de deshacerse las amistades y faltar a la caridad es por reparar en puntillos y no saber sufrirse algunas cosas. Y en v. md. se ve, pues con los que se enfada no continúa la igualdad de sus limosnas, desordenando con esto, no sólo la fineza de la caridad, sino la generosidad de la liberalidad, y la caridad tiene mucha orden. El alma santa, en los *Cantares*, dice que ordenó en ella el Señor la caridad, por lo cual dice un doctor: "Ordénase la caridad con la estimación, con la afición y con la elección. Con la estimación se ordena cuando con verdadero aprecio del en-

5 V. pág. 49, nota 8.

15 Hemos visto en otro lugar que *orden*, en significación del sexto Sacramento, empleábase en masculino. La misma palabra, expresando una regla o instituto religioso, se usaba como ambigua. Cuando denotaba, últimamente, sucesión ó colocación metódica, solía adoptar el género femenino, como en el ejemplo de arriba. Comp.: "Pues conforme a esta orden decimos que procedió Nuestro Señor en la fábrica del mundo sobrenatural." (Fray L. de Granada: *Int. al Símbolo de la fe*, V, II, 8.)

17 *Balduin. in alleg. Tilman.* (N.)

tendimiento se estima por mejor, más digna y preciosa que todas las cosas. Pero poco importa sentir tan bien de la caridad y preferirla a todo con la estimación sola, si con el afecto no se antepone a todo para que sea deseada ante todas cosas y sobre todas ellas. También esto es poco si no se ordena con la elección, de suerte que se busque de modo que se halle y posea. La estimación está en el juicio de la razón; la afición, en el deseo de la voluntad, y la elección, en el consejo de la discreción." En todas estas tres cosas parece que está desordenada en v. md. la caridad. No tiene entera estima della, pues no hace caso del sufrimiento, que es parte tan principal desta gran virtud. Ni tiene tampoco gusto de sufrir, ni afición a los que le dan ocasión dello, ni procura reprimir su condición. Fáltale también el acierto en sus limosnas, pues las mide por el gusto o disgusto que le dan las personas a quien las reparte, no por la necesidad, ni por Dios puramente, sino con la mezcla de su antojo o enojo. El orden de la caridad es dar primero a los que tienen más necesidad que a los que le lisonjearen. Hacer bien a los enemigos es alto grado desta virtud, y por lo menos como reparte v. md. tanta plata de limosna, reparta también limosnas de perdones, que serán de oro. Reparta sufrimientos y bue-

nos semblantes. Lo que ha de procurar es comprar con sus limosnas el Cielo, no que otros le sufran. Antes quiera v. md. ser sufrido que insufrible, y pase de ser liberal a ser caritativo. No dé sus limosnas con la costa de paciencias de otros, sino a costa de su paciencia; tenga entera caridad. Ultimamente, es muy para advertir que muchas liberalidades se pueden dejar sin pecado; pero la paciencia no se deja sin alguna culpa, y así por lo menos se hace a sí gran bien quien sufre mucho. En aquéllas hay mérito; en éstas también, y fuera de eso, ahorro de culpas y prueba de virtud: y pues da v. md. tanto, dése a su alma esta joya tan rica.

EPISTOLA XII

A UNO QUE PRETENDIÓ SER OBISPO PONDÉRASE LA ALTEZA DESTE ESTADO

Tan mal se puede santificar la ambición como disimular. Ni uno ni otro ha podido v. md. Al fin se ha descubierto de muchos su pretensión, y a mí no me la ha excusado, por más que alegue el lugar de San Pablo, donde dice que quien desea el obispado desea obra buena. No dice que quien le pretende, ni aunque quien le desee haga bien, ni defiende su pretensión, ni alaba su deseo; sólo declara la bondad de la obra, de ejercitar como se debe el ministerio episcopal, la cual, por ser buena con exceso, puede condenar su pretensión y no favorecer su deseo. Porque aunque tengan menos excusa, su diligencia manifiesta que su deseo, oculto

---

5 *Ni uno ni otro ha podido.* Ni una ni otra cosa. (V. pág. 79, nota 16.)

10 Debiera ser: "*aun* quien lo desee." En otros lugares de estas epístolas se encuentra el mismo uso.

todavía, corre este peligro de presunción. Peligrosa cosa es el deseo, pues aun de cosas buenas puede haber deseos notables, si no imprudentes o vanos, o temerarios. Muchas cosas hay muy buenas, cuyo deseo puede ser malo. Bueno es el sacerdocio, mas si le procurara un ciego, fuera su deseo necio y su pretensión loca. Buena es la predicación, mas si un mudo quisiera ser predicador, fuera causa de risa. ¿Qué cosa más buena que la divinidad? Con todo eso, el deseo que tuvo della el primer ángel le tornó demonio. Para que un deseo sea bueno no basta que lo deseado lo sea, es menester que entre ello y el que desea haya ajustamiento y proporción y modo conveniente en el mismo desear. Quien, siendo incapaz de una cosa, la pretende, por loable que ella sea no merecerá alabanza su deseo. La dignidad episcopal es tan alta, que puede encoger a cualquiera, y quien pretendiéndola piensa que la merece, no pudiera hacer más si presumiera ser más que ángel. Della dice el Concilio Tridentino: "El peso de un obispo es formidable a los hombros de los ángeles."

18 Construcción tan inadmisible hoy como aceptada por nuestros antepasados. Comp.: "Estaba el conde de Castilla Fernán González puesto en orden su ejército para dar la batalla a los africanos." (Saavedra Fajardo: *Empresas políticas,* LXIII.)

22 *Ses. de reform. c. I.* (N.)

Y quien la desea, lejos está de serle a él espantosa, y con su pretensión dice: "Yo más que ángel soy, pues lo que a ellos podía hacer temer yo lo puedo desear y tener. Sucesores son de los Apóstoles los obispos; pues yo soy tan bueno como un Apóstol, bien puedo procurar para mí un obispado." Advierta este tal lo que dice San Jerónimo, escribiendo a Heliodoro de la dignidad episcopal: "No es cosa fácil estar en lugar de San Pablo, ni tener el grado de San Pedro, que están ya reinando con Cristo." Quien tiene esta pretensión, o piensa que lo merece, o no: si piensa que no es digno dello, tiene poquísima humildad y mucha temeridad en pretenderla; y si piensa que merece cosa tan alta, tiene mucha soberbia y poquísima discrección. Dirá alguno: "Es verdad que no tengo las partes necesarias para un obispado; pero téngolas iguales, y aun mayores, que algunos obispos, y así podré yo serlo como ellos." Sin duda que esto podrá ser; pero en el quererlo ser podrá estar la temeridad. Podrá ser obispo, pero no lo será bueno; y para no serlo bueno, ¿para qué lo quiere, sino para condenarse? Y como esta pretensión suele ser ya en hombres de edad, es poca cordura meterse en más

8 *S. Hieronym. ad Heliodorum Episcopum.* (N.)

peligros de su salvación, cuando se habían de preparar para morir. Vivir uno la mocedad en la quietud de la obediencia o retiro, y querer morir en los cuidados del mundo y ocupación, no es buen acuerdo. Harto hará uno en dar buena cuenta de su alma; ¿para qué se quiere encargar de las de tantos, pues ha de dar cuenta el obispo de las de sus súbditos? La ignorancia de las obligaciones deste oficio empeña a algunos a su pretensión, no atendiendo a su carga, sino sólo a su lustre, y así hace pretensión profana de cosa tan sagrada. Porque aunque ven obispos ejemplarísimos y santísimos como los hay hoy, y siempre los ha habido, piensan que tanta santidad es de la persona, y que no es debida al oficio. Engáñanse en esto, pues por santos que sean, no lo serán tanto como el oficio lo pide, porque es tanta la cumbre de perfección y santidad que merece la dignidad episcopal, que habrá algunos obispos que sean tenidos del mundo por muy santos, y no habrán llegado a cumplir sus obligaciones.

Después de haber dicho San Pablo que quien desea obispado desea buena obra, añade unas palabras con que excluye desta dignidad al que ambiciosamente la pretende, porque dice: *Conviene que sea el obispo irreprehensible;* y ya no lo es el que es tan vano que piensa no

tiene cosa digna de reprehensión, mereciéndola por sola su pretensión ambiciosa, pues temerariamente solicita lo que no merece. ¿Quién puede presumir de irreprehensible, pues en el libro de Job se dice que halló mal el Señor en sus ángeles? Lo que sabemos es que San Juan llamó, en el *Apocalipsi,* ángeles a algunos obispos que no cumplieron con su oficio perfectamente, y fueron reprehensibles. No sé qué pueda un obispo decir desto, sino entender para sí que para perfección desta dignidad se había de tener mayor santidad que la de un ángel. El estado de obispo, según la institución de Cristo, es el superior de la Iglesia, y así lo significó Isaías por los serafines, que es el más sublime orden de la superior hierarquía, y según el *Apocalipsi,* se llaman estrellas y ángeles de la diestra de Cristo, porque están en el supremo grado de dignidad en su Iglesia. No sólo ángel, sino serafín había de ser un obispo; ha de ser todo espíritu, y superior espíritu, y todo abrasado en caridad. Por eso preguntó Cristo tres

16 Parece ocioso decir que *hierarquía* o *hierarchía* era forma usual:

> "Ella es la que reparte por sus coros
> Aquellas inmortales hierarquías,
> Que allí le están en el impirio trono
> Eternas alboradas entonando..."
>
> (Jerónimo Bermúdez: *Nise laureada,* acto II.)

veces a San Pedro si le amaba, para decirle que apacentase sus ovejas, significando que había de tener igual caridad al del tercer orden de la tercera hierarquía, esto es, la suprema. No encomienda Dios un alma sola a los obispos, como hace a los ángeles custodios de cada hombre, sino muchas. Gran caridad ha de tener, gran vigilancia, pues la que tiene un ángel para con sólo un hombre había de doblar tantas veces cuantos son más los que le han encomendado. El profeta Daniel llamó a los ángeles *vigiles,* esto es, veladores o centinelas. Esto también debe ser un obispo, desvelándose continuamente por quitar pecados. El es ángel custodio de todos los que están a su cargo, y pastor del rebaño de Cristo, por lo cual debía aventajarse a los demás hombres, como el pastor a las ovejas, como un hombre a los brutos, como una estrella de primera magnitud a la tierra, y por eso se significaron los obispos en las estrellas que tenía Cristo en su mano derecha. Ha de tener el obispo una angélica pureza en la vida, y en el celo de las almas una caridad de serafín.

Tres ángeles conocemos de nombre solamente en los libros canónicos de la Sagrada Es-

11 Daniel, cap. IV, vers. 14.

critura, y el obispo había de tener las excelencias de todos tres: la fidelidad y celo de la honra de Dios que tuvo San Miguel, y el oficio de San Gabriel de ser paraninfo y embajador de Dios, para que Cristo se conciba y nazca en las almas, anunciando a los hombres la palabra divina. Por esto dijo el profeta Malaquías: "Los labios del sacerdote guardan la sciencia y buscarán la ley de tu boca, porque es ángel del Señor de los ejércitos." Sobre el cual lugar dice San Jerónimo: "Muy verdaderamente se dice el sacerdote ángel, esto es, nuncio, porque es medianero de Dios y los hombres, y anuncia al pueblo su voluntad." San Pablo se confesó serlo, cuando dijo: "Puso en nosotros la palabra de reconciliación, y por Cristo hacemos embajada, como exhortando Dios por nosotros."

En este ministerio ejercita el obispo la misericordia espiritual, como también debe ejercitar la corporal, a imitación de San Rafael, que tanto se empleó en ella, porque este santo ángel curó a Tobías el viejo, puso en estado a la doncella Sara, libró de la muerte a Tobías el mozo y remedió la necesidad de sus padres,

4 Paraninfo es "el que anuncia alguna felicidad".
8 En la edición de Sevilla, y también en la príncipe, por errata, "licencia".

consoló a Raquel y su familia, y hizo oficio de criado. Estos son empleos de un santo obispo: poner en estado doncellas, mirar por los enfermos, consolar los afligidos, librar de peligros y remediar necesidades, porque como Rafael significa *Remedio de Dios,* ha de remediar el obispo todas necesidades. Y, finalmente, se ha de hacer siervo de todos, por lo cual tomó San Gregorio el nombre de *siervo de los siervos de Dios.*

Mas no sólo convienen a los obispos los oficios de los tres ángeles, sino los empleos semejantes a los de todas tres hierarquías de los celestiales espíritus. Ha de estar el obispo unido con Dios, como se señalan en esto los ángeles de la suprema hierarquía. Ha de estar abrasado en amor de Dios, como los serafines, y pegar en otros este divino fuego, como lo hizo un serafín de los que vió Isaías, que con un ascua encendida le purificó. Ha de señalarse en sciencia como los querubines, por lo cual

2 Estos hechos del Arcángel San Rafael se refieren en el *Libro de Tobías.*

4 V. pág. 52, nota 15.

13 Las tres jerarquías de ángeles: superior, media e inferior, que admiten los Doctores de la Iglesia, cada una de las cuales comprende tres órdenes de ángeles. A la superior pertenecen los serafines, querubines y tronos; a la media, los principados, potestades y dominaciones; a la inferior, las virtudes, ángeles y arcángeles.

se dice de los labios del sacerdote que guarda la sciencia. Ha de estar Dios en él muy de asiento, como lo está en los tronos. En todo él se ha de hallar Dios: este Señor ha de estar en su corazón, en su intención, en su elección y en todas sus potencias, en la memoria, en el entendimiento y en la voluntad, a las cuales hacen relación las eminencias de estos tres órdenes de espíritus de la suprema hierarquía. En la memoria están las imágines de las cosas de asiento, y el obispo ha de tener en la suya, muy de asiento y como en trono, a Dios, acordándose dél continuamente. El entendimiento ha de estar ilustrado del Cielo, conociendo y admirando la infinidad divina. La voluntad ha de estar siempre abrazándose con Dios con amor verdadero. También se ha de señalar en las excelencias de la segunda hierarquía. Ha de intimar a los pueblos las órdenes y mandatos divinos con gran fidelidad y autoridad, como las dominaciones. Tiene potestad de hacer mayores milagros que las virtudes en la consagración del cuerpo de Cristo e infusión de la gracia que se hace por su medio en los Sa-

10 *Imágines,* y no imágenes, decíase de ordinario, por influencia latina: "...quebrando y profanando todas las imágines que topaba de Cristo nuestro Señor y de sus sanctos." (Gonzalo de Illescas: *Hist. pontifical y católica,* libro VI, cap. XII.)

cramentos de Penitencia, Confirmación y Orden, teniendo también poder para dar a otro semejante poder. Tan grandes maravillas sobre todo poder de la naturaleza ningún espíritu angélico las ha obrado.

Fuera desto, en reprimir a los demonios se ha de esmerar el obispo como las potestades del Cielo, porque por ser doctor de los pueblos, no sólo ha de vencer en sí al demonio, pero en otros, ahuyentándole de sus almas.

Los ministerios de la hierarquía primera de guardar las personas particulares, las ciudades y las provincias, que tienen los ángeles, los arcángeles y principados, deben tener también los obispos, con tan doblado cuidado, que no por ser guardas de toda una provincia se excusan de la solicitud de cada pueblo, ni, por esto, de la atención a cada persona; de modo que el cuidado que tiene esta hierarquía, dividido entre sus tres órdenes, ha de tener el obispo triplicado. El principado y el arcángel, que cuida de las comunidades, no tienen por su cuenta a cada particular; mas corren por cuenta del obispo, no sólo el cuidado general de toda su diócesis, y el común de cada pueblo de ella, sino también el particular de cada oveja suya en cuanto le es posible; y si una sola muriere por su descuido sin Sacramentos, o pe-

reciere de hambre, se le pedirá rigurosa cuenta, pues faltó a su obligación. Esto dió a entender el Buen Pastor cuando, dejando todo el rebaño, se fué a buscar sola una oveja que se había perdido, significando en esto que no menor cuenta se ha de tener de sola una oveja que de todo el rebaño. Hay gran diferencia entre el gobernador de una ciudad fuerte y el pastor de ovejas; que aquél, como conserve la ciudad, cumple con su obligación sin cuidar de los particulares, mas el pastor no cumple con conservar el rebaño, sino a cada una de las ovejas, de las cuales le han de pedir cuenta, y por eso se dicen con mucha razón los obispos que son pastores.

Muchos autores que tratan de la dignidad episcopal traen varias condiciones del buen obispo. A mí me parece que las más proprias son las de los nueve coros de los ángeles, cuyas excelencias han de ser reglas y documentos para su persona y oficio, y él tiene esta excelencia: que lo que tienen los espíritus celestia-

---

14 V. pág. 177, nota 1. He aquí un ejemplo que guarda absoluta paridad con el presente: "Puédense también decir que son hechos al revés aquellos que en todas sus cosas son contrarios a los otros..." (Lucas Gracián: *Galateo Español*. "De los que con hechos y obras son desabridos.") El pronombre *se*, por tanto, viene a resultar reflexivo y no impersonal.

les dividido, a él le toca tener junto. Por esto en la Sagrada Escritura no se significan los obispos con nombre determinado de un solo coro de los celestiales espíritus, sino de muchos; unas veces se llaman ángeles, otras querubines, otras serafines, porque deben tener los empleos de cada uno de los coros angélicos, y fuera desto, porque habían de tener las perfecciones juntas de todos, se llaman dioses.

Bien se echa de ver que esta carga es más para temer que para desear, y menos para pretender que para huirlo, como lo hicieron muchos santos. San Gregorio Magno fué uno dellos, el cual dice en su Pastoral: "Con cuanta temeridad se recibe de los necios el Magisterio pastoral, como sea arte de las artes el gobierno de las almas, y tanto debe sobrepujar la acción de un prelado a las del pueblo, cuanto dista la vida del pastor de la del ganado." Pues si llama necios San Gregorio a los que admiten esta carga, ¿qué diría de los que la pretenden, pues pretenden riesgos? Su engaño es que mi-

12 Nieremberg da al substantivo *carga* valor de neutro, como significando lo trabajoso y difícil de la dignidad episcopal; por eso le concierta con el pronombre *lo*. Así en este otro ejemplo: "No te congojes, aunque tengas por qué; sábete que ninguna cosa me pedirá el alcaide de Alora que yo no lo haga." (Villegas: *Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa.*)

13 *S. Greg. in Pastorali.* (N.)

ran sólo su alteza y no atienden a sus peligros, porque esta dignidad no sólo tiene los ordinarios que consigo traen los lugares altos, sino otros muchos riesgos, por la calidad particular de su oficio, lleno de cuidados. Basta la alteza del lugar para ser peligroso al de cabeza flaca, aunque esté tan seguro como en el bajo. Quien desde un lugar muy eminente mira un despeñadero, se suele desvanecer, y esto sólo le podría bastar para despeñarse, si no tuviese impedimento que le detenga. El lugar eminente desvaneció al primer ángel, sin tener más peligro que el de la altura; mas la dignidad episcopal tiene otros muchos para los indignos della. Tantos riesgos corre cuantos descuidos tuviere; tantos le amenazan cuantos súbditos debe apacentar, si no lo hiciere. Y aunque un obispo haga santísimas obras, puede tener en solas omisiones mil puertas del Infierno abiertas, o por mejor decir, mil trampas armadas, porque no suelen advertir como debían. No le basta al obispo no hacer malas obras, ni aun le basta hacerlas buenas; porque por dejar de hacer más, podrá peligrar mucho, no estorbando pecados que debiera, ni previniendo daños. Gran vigilancia ha menester, gran diligencia, gran prudencia, y ya le falta al que tiene tan poca cordura, que quiere meterse en peligros,

pretendiendo lo que debría huir, haciéndose, por el mismo caso, indigno de la dignidad que pide al más digno. No sé si bastará esto para que v. md. se modere en su pretensión: no estoy tan satisfecho desto, como de que la disimulará, porque las pasiones vehementes más se suelen encubrir que vencer. Si acaso topare con lo que desea, para que recompense la falta de la pretensión con el buen uso de la posesión, lea la vida de San Carlos Borromeo y la del santo arzobispo de Valencia, el Beato Tomás de Villanueva, y tómelos para espejo y dechado de obispos.

1 *Debría* en vez de *debería*, que diríamos hoy. "Lo mesmo debrían hacer al que, habiendo enviudado, se casa segunda vez." (Diego A. Velázquez de Velasco: *La Lena*, acto I, escena II.)

EPISTOLA XV

A UNA MADRE DESCUIDADA DE SUS HIJAS POR HACER DEVOCIONES. ENCÁRGASE EL CUMPLIMIENTO DE LAS OBLIGACIONES COMO LA PRIMERA DEVOCIÓN

Mucho me dicen que edifica v. md. con su devoción, y que está muy gustosa con su quietud y sosiego. Como Dios lo esté también, bueno será todo. Mas temo no lo estará tanto, si su devoción es gusto y su sosiego descuido; y parece que lo es, pues lo tiene en la crianza de sus hijas, y bastante es que, siendo ya mayores, se esté todo el día, y aun todos los días, en la iglesia, fiándolas de sólo las criadas, que no son tan santas como Santa Catalina. Mire no se aparte de Dios por buscarle; no le ofenda por agradarle, o por mejor decir, por no saber agradarle. La primera devoción debe ser cumplimiento de sus obligaciones. Si éstas no se cumplen por la devoción, no será devoción, sino gusto, o vanidad, o ilusión. No está el mé-

rito en la quietud sola, no está la santidad en el retiro y sosiego, sino en cumplir lo que Dios quiere, y sufrirlo. Mire v. md. por sus hijas, aunque se desasosiegue. Cuide también de sus criadas, aunque pierda de su quietud y retiro, que mejor será que no que se pierdan ellas, y también v. md., por no cuidar de lo que debe. Sepa que hay mucho engaño en la devoción y ternura de afecto, aun para cosas buenas, y que hay mucha diferencia entre la devoción gustosa y el espíritu verdadero. Hay algunas personas devotas que ponen su gusto en esto, y por cumplirle dejan de cumplir otras obligaciones. Yo conocí una persona que por dar una lámpara a una imagen de la Virgen, sólo por la devoción que la tenía, dejó de pagar sus deudas a personas necesitadísimas, y que por no poder cobrar de la tal persona, llegaron a pedir limosna; y no acontece pocas veces que por hacer una fiesta a un santo, o dar un ornamento a una iglesia, o cosa semejante, se dejen de pagar los criados y también otras deudas. Bien se echa de ver que esta devoción no va pura, y que más es cumplir su gusto, que no dar gusto a Dios, el cual quiere que se cumpla con la justicia y otras obligaciones del estado de cada uno en primer lugar. Aun en las mismas obras de devoción se suele faltar,

dejando de cumplir las devociones prometidas antiguamente por hacer otras nuevas no prometidas, cebándose el gusto con la novedad. Yo sé de otra persona que, habiendo hecho voto de dar cierta cantidad de limosna a un monasterio muy pobre, nunca se la daba, aunque le constaba de su necesidad, y enviaba mayores cantidades a otros monasterios, para que lo dijesen de misas, no teniendo obligación dello. Todo esto va fuera de camino. Todo se desvía del norte que hemos de tener en nuestras obras así para con los hombres como para con Dios, que es la razón y ajustamiento a las obligaciones. Lástima es condenarse por hacer obras buenas, dejando las debidas. Mire v. md. su peligro, porque lo que otros faltan a la justicia por cumplir devociones de su gusto, puede ser que falte v. md. a la piedad no cuidando de sus hijas y familia. No falte a sus obligaciones, y después dése a sus devociones cuanto quisiere, que yo no le digo que no haga devociones, sino que no haga su gusto en ellas, sino el de Dios, porque lo que saco del modo de v. md. es que no tiene devoción, sino gusto; y yo quisiera que no tuviera éste y tuviera aquélla. Y después de tener devoción ajustada a sus obligaciones, esté muy advertida que hay mucho más que hacer, porque así como hay gusto que

parece devoción y no lo es, así hay devoción que parece espíritu y no llega a serlo. No todas las personas que parecen espirituales lo son, porque es distinta cosa la devoción exterior, del espíritu interior, según lo cual muchos hay devotos, y raros son los espirituales verdaderamente. Muchos hay que cumplen con sus obligaciones, frecuentan los Sacramentos muy a menudo, oyen muchas misas, ayunan muchos días y hacen otras penitencias, hablan bien de cosas espirituales; tras todo eso tienen poco del espíritu verdadero del Evangelio, no mortificando sus pasiones, ni se desprecian a sí, ni al mundo. En diciéndoles una palabra, responden con cólera: si les sucede una desgracia, no se acaban de conformar con la voluntad de Dios; si les tocan en la honra, se mueren de pena; si pretenden algo, se inquietan y lo desean con ansias. Son mal sufridos y quejicosos; tienen temas y pundonores vanos, vénganse en la ocasión, tienen gustos superfluos y otras faltas semejantes.

La causa es porque no tienen espíritu, no están fundados en pobreza de espíritu ni en humildad y paciencia, contentándose con no cometer pecado grave y con los ejercicios de

20 *Quejicoso.* No encuentro usado este vocablo más que por el padre Nieremberg.

devoción y penitencia exteriores, sin tratar de veras de la interior mortificación de las pasiones. Semejantes personas, aunque suelen vivir tiempo largo sin cometer pecado mortal, no están sin riesgo dél en ofreciéndose alguna cosa contraria a su gusto, porque llegando esta ocasión suelen faltar. Lo que más asegura es la imitación de Cristo en paciencia, humildad y mortificación. A esto procure aspirar v. md. y empiece con el cumplimiento de sus obligaciones; ajuste a ellas su devoción y pase a tener espíritu y ser mortificada en sus pasiones y gusto.

EPISTOLA XVI

A UN JUEZ. ENCOMIÉNDASE LA LIMPIEZA DE MANOS Y EL DESINTERÉS

Pídeme v. md. que le diga cómo administrará justicia, cuando yo le quería pedir que comprase la justicia, para que, como ha habido algunos jueces que la han vendido, haya muchos que la comprasen; y aunque es cosa tan sagrada, le daré un modo admirable con que, sin cometer simonía, la pueda comprar santísimamente. Cómprela con no recibir nada de nadie. Cómprela no enriqueciéndose por venderla. Cómprela dando a Dios lo que le ofrecieren para recibir, y el mejor modo de darlo a Dios es dejándolo a sus dueños. Más agradable es a Dios no recibir nada un juez, que si diese a pobres lo que recibe. No es siempre lo mejor el dar; muchas veces lo será no recibir. Sin duda que es más seguro no adquirir peligrosamente, que dar espléndidamente, y en un juez mayor gloria es no tomar nada que

dar mucho; porque más dará no recibiendo que si diera toda su hacienda. El magistrado que de ninguno recibe, dará a todos justicia. Por eso los tebanos las estatuas que levantaban a los jueces las ponían sin manos, porque, no teniéndolas para recibir, daban a todos su derecho; mas admitiendo en ellas dádivas, se las llenan de injusticia y maldad, y así David dijo: "En cuyas manos están las maldades." La versión árabe dice *laesiones,* porque todo es daño, o por mejor decir, daños, cuanto obran. Y la siríaca lee: "Está el engaño"; pues no aciertan a ver la justicia, porque su codicia les engaña para hacer violencia al inocente. Por esto añade el Profeta: "Su diestra está llena de dones." Quiso con este modo de hablar significar tan gran maldad cuanta significara el decir que tenían las manos llenas de sangre inocente, y así en otra parte, por alabanza de un hombre justificado, dijo: "No recibió dones sobre el inocente." Como dando a entender que el que los recibe tiene al inocente debajo y le está aca-

9 La primera edición dice: "En cuyas manos están las maldades; su diestra está llena de dones." Luego sigue: "Quiso con este modo", etc. Las palabras adicionadas aparecen en la edición de Sevilla.

10 *Arab. Psal. 25: In quorum manibus sunt laesiones. Syriaca versio: Fraus est.* (N.)

21 *Psal. 14.* (N.)

bando, como si le diera de puñaladas. Puñal es contra el inocente el soborno que da el rico, y puñalada al mismo juez que le saca el alma de su misma alma, la cual debe ser la justicia. Por buenas y muchas que sean las partes de un juez las degüella todas la codicia. Es luz de los pueblos, que la oscurece la avaricia; es sal de la república, que la deshace el oro. Bien dijo Baldo: "Dos sales debe de tener el juez: una de la sciencia, porque no sea ignorante; otra de la conciencia, porque no sea diabólico." Pues el que recibe, sin una ni otra quedará; sólo se queda con el diablo en el alma, el dinero en casa y la murmuración en la plaza. Porque no sé qué voces mudas tiene el cohecho, que se hace secreto y se suele pregonar en las calles. Debe de ser porque clama la sangre de algún inocente. Digo, pues, que las dádivas privan al magistrado de todas sus buenas partes, porque no sólo le quitan la conciencia, sino también la sciencia, porque le sacan los ojos para que no conozca el derecho. Y aunque se quede con la sciencia especulativa, está ciego para la práctica, según dijo el *Eclesiástico*: "Que los aguinaldos y presentes ciegan los ojos de los jueces." Ha de ser la vara de la justicia vara inflexi-

9 *Bald. in l. hac lege, C. de sententia ex periculo recitanda.* (N.)

ble para regir con rectitud las gentes, y así dijo David: "Regiráslos con vara de hierro." No dijo *vara de oro,* porque el oro es muy flexible. A un profeta enseñó el Señor la vara de su justicia, y dijo que veía una vara veladora, esto es, advertida y con vista; y así dice otra letra: *vara con ojos.* Porque el juez que no tiene vara de oro, tiene vara con ojos, que ve la justicia y entiende el derecho. No es vara de hierro la que se doblega y tuerce y se inclina al interés. Los mineros en algunas partes tienen unas varas que se inclinan adonde hay mayor riqueza en la mina, y por su torcimiento se conoce dónde está la plata. La codicia del juez es como esta vara; allí se inclina donde hay más plata. El hierro no se inclina al oro ni a otras riquezas, si no es a la piedra imán, donde hay poco jugo que sacar, la cual es símbolo de la justicia, que ha de tirar únicamente a sí a los jueces. La piedra imán tiene siempre su respeto al Cielo, careándose con la estrella más inmóvil que en él hay. Así también la justicia siempre mira al Cielo y a la ley inmóvil de la razón. Por la piedra imán gobierna y guía el piloto a su navío, y en la mar deste mundo las naves de las repúblicas se gobiernan por la justicia. La carta de marear son en los gobier-

27 V. pág. 38, nota 14.

nos las leyes, porque lo que aquélla es para los marineros, éstas son para los magistrados: y como no aprovecha la carta de marear si faltara la virtud de la piedra imán, tampoco aprovechan las leyes faltando la virtud de la justicia. Maravilla es lo que afirman muchos autores, que los diamantes hacen que pierda su fuerza la piedra imán, de modo que si pusiesen una joya de diamantes junto a esta piedra, perdería luego la virtud. De la misma manera la perdería la justicia en poniendo semejante joya en manos de un juez; entonces quedaría su vara de hierro sin respeto alguno a lo recto y justo, entonces quedaría la vara veladora sin atención, y la que tiene ojos ciega, sin tener uso su sciencia. El gobierno de las repúblicas no sólo se significa con la semejanza de nave, sino también con la metáfora de carro, y así fué mostrada al profeta Ezequiel la Providencia Divina y gobierno del pueblo hebreo, en aquel carro de cuatro animales misteriosos, que estaban todos llenos de ojos, porque los que llevan el carro de la república son los magistrados, y éstos deben estar muy atentos y vigilantes. Pero es mucho de considerar que aquellos animales tan llenos de ojos tenían las manos escondidas debajo de las alas. Porque el juez, para tener ojos descubiertos para juz-

gar, ha de esconder las manos para recibir. Cuando se considera Cristo en los *Cantares* como Esposo, se dice que tenía las manos llenas de piedras preciosas, como joyas con que quería obligar a la Esposa. Mas cuando en el *Apocalipsi* se considera como juez de los siete obispos, no tenía en las manos cosa de la tierra, ni que se cría debajo della, sino lo que está sobre todos los elementos. Tenía su diestra toda llena de estrellas, de modo que no podía recibir otra cosa; teníala llena de cosas celestiales, que no daba lugar a las terrenas, y juntamente se nos pinta con los ojos tan vivos y ardientes como fuego, significándonos en esto que la vista de un magistrado se ha de conservar tratando cosas del Cielo, no contratando en las de la tierra, no contaminando las manos con el estiércol de las riquezas, sino teniéndolas tan limpias y puras como las estrellas. Esta limpieza de las manos del juez encarga el emperador Justiniano, diciendo a Triboniano, cuestor: "Conviene que ejercites la administración puramente y sin aprovechamiento alguno, y que sobre todas las cosas guardes las manos limpias por lo que

12 *Por lo que no daba lugar a las terrenas*, diríamos hoy, pues el sujeto es *diestra* y no *cosas celestiales*.

21 *Justin. De mandatis Princip.* § *Oportet in auth., col. 3, tit. 4.* (N.)

se debe a Dios y a nosotros, y a las leyes: y no tocar interés alguno, ni grande ni chico." Luego añade: "Y guardar por todas partes puro el derecho, así por ti, como por los que están cerca de ti, y abreviar." Con razón encarga el abreviar juntamente con la limpieza de manos, porque el alargar los negocios suele ser poner en almoneda la justicia, para darla a quien diere más. Por lo menos se hace venta del tiempo. Con razón también advierte Justiniano que se guarde el derecho puro por todas partes, no sólo por el magistrado, sino por sus ministros, cuyo interés puede inficionar al derecho que desea guardar el magistrado, aunque él sea muy puro y desinteresado. Guárdese por esto de vender los oficios de ministros, porque quien compra el oficio de justicia toma licencia para vender la justicia, hace mal el oficio y hace que le padezca la justicia. Bien aconsejó el emperador Basilio a su hijo: "No vendas las dignidades y oficios honrosos por el oro y otras dádivas, sino distribúyelas liberalmente a los dignos; porque el que compra el magistrado compra mucho más a los súbditos del mismo magistrado, porque, confiado en los dones que él dió, los pueda él recibir con más libertad y

20 *Exhort. ad Leonem filium, cap. 43.* (N.)

licencia. Pruébalos, pues, primero, y constituye en las dignidades a los que las procuran sin sobornos ni dádivas, que con esto desterrarás de la república todo género de ruindades y disoluciones. Porque el que da para alcanzar el magistrado que pretende, éste tiene intento de adquirir ganancia con la dignidad, después de haberla alcanzado: éste da sin duda para tener derecho de recibir contra las leyes, procurando con esto no estar sujeto a ellas. Porque el que aprendió a comprar la dignidad del magistrado, no desaprenderá a recibir dones, y jamás querrá hacer cosa alguna sin dádivas. Tendráte a ti por maestro de sus vilezas y relajación, cuando debía tenerte por justo vengador de tales maldades; y no sólo recibirá los dones, sino que también forzará a que los reciban los que están debajo de su mandado."

En muchas partes de la Sagrada Escritura se reprehende vivamente la poca limpieza de manos en los jueces. Algunos lugares recoge el fervoroso Pedro Damián, que me ha parecido añadir a lo dicho, porque lo dará más peso la autoridad del Espíritu Santo y la pondera-

22 San Pedro Damián, cardenal obispo de Ostia y autor de numerosas obras.

23 *Lo dará más peso.* La forma *lo* en dativo, como más adelante encontraremos en igual caso el plural *los*. (V. pág. 121, nota 10.)

ción de tan santo varón, el cual dice: "Quéjase el Señor, por su profeta Isaías, de los jueces que reciben dones, por estas palabras: "Tus "príncipes son infieles compañeros de los ladro- "nes; todos aman los dones y siguen las dádi- "vas." Pero dirá alguno: "Yo verdaderamente "no busco cosa déstas, mas si me ofrecen algo "voluntariamente no dejo de recibirlo." Advierta este tal, que aquí no se notan y reprehenden sólo los que buscan las dádivas, sino los que las aman, los cuales con mucha razón se llaman compañeros de los ladrones; porque recibiendo los dones a escondidas, como si fueran hurtados, no gustan de ser vistos de sus mismos ministros y familiares. Y hase de notar que se dice: *Siguen las retribuciones;* porque aunque ayudan con su favor a los que se le piden por medio de los regalos, no por eso se escapan de pecar gravemente, pues recibiendo el talión de su beneficio, pierden el fruto del premio eterno. Déstos habla el Profeta poco después diciendo: "¡Oh, cómo me consolaré sobre mis enemigos, y me vengaré dellos!" Verdaderamente que los hijos de Samuel no se dice que

1 *Opuscul. 31, contra Philangiariam.* (N.)

19 *Talión,* como todo el mundo sabe, es la pena que se imponía castigando al criminal con el mismo daño que había causado.

tuvieron otro delito sino haber amado los dones, y porque no seguían el ejemplo de la pureza de su padre, perdieron irreparablemente el principado del pueblo de Israel. Y débese notar que cuando dice dellos la Escritura: *Dejáronse llevar de la avaricia y recibieron dádivas*, añade luego: *Y pervirtieron el juicio*. Porque es cosa vecina y consiguiente que después de recibida la dádiva se pervierta el juicio corrompido y al juez. ¡Oh, cuán limpias tenía las manos Samuel de toda malicia cuando decía: "Yo he tratado desde mi juventud con vosotros hasta el tiempo presente; veisme, aquí me presento delante de vosotros, hablad de mí delante de Dios y delante de su rey; mirad si he tomado alguna cosa de vosotros, si he calumniado a alguno, si le he oprimido, si he recibido dones de alguno de vosotros, porque hoy los menospreciaré y restituiré"! También la ley manda diciendo: "No recibas dones, porque ciegan aun a los prudentes y tuercen las palabras de los justos." Y en otra parte casi dice lo mismo: "No tengas acepción de personas, ni recibas

23 "*Acepción*. El acto de recibir, admitir y aceptar lo que es agradable y digno, o por su bondad y calidad, o por ser del gusto y aprobación de quien lo admite y estima. FRAY LUIS DE GRAN., *Símb., part. 3, cap. 7*. Fué de infinita acepción ante los ojos del Eterno Padre." (*Diccionario de Aut.*)

dádivas, porque éstas ciegan los ojos de los sabios y mudan las palabras de los justos." ¡Cuán enemigo de recibir dones era Abrahán, pues resistió al rey Bara de Sodoma diciendo: "Yo levanto mi mano al Dios y Señor infinito, poseedor del Cielo y la tierra, que no he de recibir de tus bienes la menor alhaja, desde el hilo más desechado de las vestiduras, hasta la correa de las sandalias!" ¡Cuán libre de recibir presentes estaba Moisés, cuando ponía por testigo a Dios, a quien nada hay oculto, diciendo: "Tú, Señor, sabes que jamás he recibido cosa alguna de nadie, ni he afligido a ninguno!" Porque es fuerza, donde hay ambición de presentes, que el juez que justifica a quien le regala, aflija y condene al que no le dió nada, y así dice Isaías: "¡Ay de vosotros, que justificáis al malo por lo que os da, y quitáis al bueno la justicia que tiene!" A ésos amenaza la vengan-

4 El rey Bara, de Sodoma, habiendo rehusado pagar el tributo que debía al Rey de Elam, tuvo guerra con él y fué vencido; pero recobró sus bienes y sus prisioneros gracias a la generosidad de Abraham.

5 *Levo manum meam ad Dominum Deum excelsum...*, etcétera. (*Génesis*, c. 14, v. 2.) El padre Scío, al comentar estas palabras, dice: "Es lo mismo que decir, levantando las manos: juro por el Señor Dios soberano. Uso muy antiguo y modo de llamar a Dios por testigo de alguna cosa, invocando al mismo tiempo su santo nombre."

17 Isaías, cap. V, vers. 24.

za merecida, diciendo: "Por esta maldad que hacéis, así como la lengua del fuego consume la paja, y el calor de la llama queda con hambre, así la raíz déstos será como una pavesa, y su propagación se esparcirá como polvo." De los mismos se queja el mismo Profeta en otra parte, diciendo: "Todos se han apartado de sus caminos, cada uno se deja llevar de su avaricia, desde el mayor hasta el menor." La avaricia verdaderamente provoca contra sí el enojo de Dios, y continuamente atormenta con vanos pensamientos al corazón que posee. Por esta causa se queja del pueblo avariento, diciendo: "Yo estoy airado por la maldad de su avaricia, y le herí, y me escondí, y estoy indignado, y él anda vagando por los caminos de su corazón."

Perversos son estos caminos del corazón interesado; son de aquellos que el Señor cerca con espinas. Perverso camino es el que lleva al infierno y se anda con las manos. Huya dél v. md. y si se hallare en su tribunal justicia, hallará misericordia en el divino.

EPÍSTOLA XVII

A UNA CASADA, QUE PRETENDÍA DIVORCIO. NÓTASE CÓMO EL DAÑO DE NUESTRAS CULPAS LO ATRIBUÍMOS AL ESTADO, Y QUE EL MEJOR MEDIO PARA NUESTRO SOSIEGO ES ENMENDARNOS

Dilatada esfera tiene el daño de las culpas: no sólo estraga los bienes espirituales, sino vicia también los temporales. No sólo paran perjuicio al alma, sino al gusto de la vida, sólo que éste siente sus malos efectos y aquélla no suele conocer las causas, que son sus defectos, y así son irremediables nuestros males, pues atribuímos a las cosas lo que es culpa nuestra, no quitando con esto las culpas, ni excusando las penas que dellas resultan. Gemimos con el sentimiento de las unas, y no lloramos el daño de las otras. Pésanos la pesadumbre de las penas, y no la gravedad de las culpas. Muchos no están contentos con su estado, porque no cumplen con sus obligaciones, y atribuyen la culpa

al estado, teniéndola ellos. El religioso disgustado, es por su poca virtud, no por culpa de la religión, mas imputa al estado la falta que él tiene. No cumple con sus reglas, danle por ello penitencias, y el descontento que desto tiene lo atribuye a la observancia a que le obligan, no a la relajación que él procura.

Queremos tener privilegio de pecar, que no debemos, y que no tenga libertad de corregirnos quien debe. Lo mismo pasa en otros estados, y en el de matrimonio, en que está v. md. tan disgustada que quiere descasarse. Mire que será este disgusto culpa de v. md., no del estado, ni de su marido. Sepa que como hay religiosos tentados con su religión, hay también casadas tentadas con su estado, y como el remedio de aquéllos no es dejar la religión, sino ajustarse a su observancia, también es el remedio déstas no dejar el matrimonio, sino acomodarse a su obligación y a la obediencia de su marido. Dijo uno que el matrimonio era la religión más estrecha: la verdad es que es estado de más pena que el de religión, y el rendimiento que ha de tener una mujer a su marido ha de ser para pasar con gusto aún más estrecha obediencia, en cierto modo, que de un religioso, el cual, aunque vive en una casa con su prelado, no vive en un mismo aposento, ni

le tiene tanto cerca de sí, ni es siempre un mismo superior; de modo que no sufre toda la vida una misma condición y humor. Mas la casada, toda la vida ha de llevar la obediencia de uno que tiene inmediatamente junto a sí. Pero al fin éste es su estado, y en él ha de permanecer, siguiendo el consejo de San Pablo, que cada uno persevere en su vocación y estado, lo cual amonestó a los esclavos para que no estuviesen solícitos de que los diesen carta de horro, sino que permaneciesen esclavos, sirviendo a Dios en su estado, sin buscar otro. Tampoco busque libertad la casada, sino permanezca en la sujeción de su marido, a quien ha de mirar como a Cristo y sufrirle como a tal; y entienda que como la religión es estado de penitencia, el matrimonio es estado de tribulación, según habla el Apóstol; esto es, de trabajo, para que lo que el religioso merece con las asperezas de su regla, se supla en parte en el casado con las penalidades de la vida. Mas en la mujer es también estado de obediencia Algo ha de haber que sufrir en el matrimonio,

10 *Los diesen carta de horro.* Como antes *lo*, vemos ahora *los* en dativo. Comp.: "...y por tener alguna cabeza en quien se mantuviesen unidos, más que por sujetarse a otras sino a las que el Rey de Argel los nombrase, resolvieron en veinte y siete de setiembre hacer Rey..." (H. de Mendoza: *Guerra de Granada.*)

y si no se cumple con la decencia y obediencia dél, habrá que sufrir muchísimo. Mas la obediencia y amor al marido, aligera y suaviza su carga. La obediencia estorba pesadumbres, y el amor endulza los trabajos: v. md. obedezca a quien Dios le dió por superior, y ame a quien le dió por compañía. Paréceme que se reirá v. md. de mí, pues queriéndose descasar le doy documentos de una buena casada. Así lo pienso hacer, porque el remedio único de su desconsuelo es ser buena casada. Sepa que no está descontenta por estar mal casada, sino por ser mala casada. Digo que es remedio único, porque los remedios que son con culpa o descrédito no son remedios, sino daños, y muy mal se remedia un mal con otro: esto no es quitar el daño, sino trocarlo. No es remedio de una matrona honesta descasarse, sino descrédito. Muy malo es apostatar de la religión y malo es también apostatar del matrimonio. Daño mayor es un menoscabo de reputación, que muchos del gusto. Menos mal es el descontento que el deshonor. Destreza es menester para medicinar daños. Arte de sabios es remediar males limpiamente, no con mezcla de otro mal, no por mal ni para mal. Una cosa es remediar males, otra salir dellos; salir de un mal comoquiera, más grosera y fácil cosa es. Salir de un

mal con otro, sciencia es del vulgo y arte de perdidos. Los malos salen de los males por saltos, saltando de unos en otros. Del disgusto que reciben, vienen al agravio que hacen. Déste, al sobresalto y recelo del injuriado. De aquí pasan al homicidio. Después a la fuga de su casa y patria, luego a la necesidad y aprieto, de aquí al hurto o engaño para remediarse; finalmente, pasan a la infamia y fin desastrado, como quien se despeñaba de una peña en otra, hasta que se hace pedazos. Así el vicioso apasionado de un inconveniente cae en otros, hasta que se pierde, viniendo de peligros en daños. Dios nos libre de librarse de un mal por otro. Ordinariamente se va a mayor daño. El que remedia un mal con otro, va de mal en peor. Lo que limpia de males es la virtud; el vicio sólo los sobresana, y mejor es la llaga descubierta que la que está curada de falso. El remedio que da la pasión no quita los males, sino los muda y baraja, o los cubre. Tema v. md. su resolu-

14 *Librarse,* por *librarnos.* V. pág. 144, nota 18.

18 *Sobresanar*: reducir y cerrar una herida sólo por la superficie. "TEJADA: *León prodig.* Es verdad que la mona, aunque la vistan de seda, mona se queda; pero no lo parece en especial, si a el vestido curioso junta el curioso afeite de la cara, milagroso solimán, antídoto, que sobresana las enfermedades del tiempo." (*Dicc. de Autor.*)

ción, porque la pasión que tiene se la aconseja. El remedio de su descontento sólo hallará en la virtud y en cumplimiento de sus obligaciones: sea buena casada, y estará bien casada, y para serlo lea el Tratado de fray Luis de León de *La Perfecta casada*, y los documentos prudentes del obispo de la Puebla, escritor muy discreto. Entre tanto reciba v. md. estos avisos, sacados de tan buenas fuentes.

Aunque el marido tenga áspera la condición, no ha de apurar su paciencia la buena casada, considerando que no hay cuerpo tan violento ni corrompido que no sufra a su cabeza por disforme que sea y desconcertada, y que de la misma manera ha de sufrir la mujer a su marido, como a la cabeza su cuerpo. Sólo a Dios ha de amar más que a su marido, y a su marido más que a cuanto en esta vida puede amarse. Si tuviere el marido cuerdo y virtuoso, debe (porque es razón) agasajarlo; y si fuere distraído, debe (porque es obligación) sufrirlo, y debe antes solicitar su enmienda con la paciencia y la oración que con sus razones ni persuasiones, porque tal vez éstas irritan más que re-

7 Don Juan de Palafox y Mendoza, hijo del Marqués de Ariza, y a quien Felipe IV concedió grandes honores y distinciones. Fué escritor fecundísimo. Sus obras comprenden 12 volúmenes en folio.

13 *Que no sufra a su cabeza*, véase pág. 27, nota 4.

median; y cuanto desea ponerle a él en el camino de la virtud, se ponen entrambos en el de la discordia, de donde suceden mayores inconvenientes. Toda su vanidad ha de ser el gusto de su marido, y afectar de manera el obedecerle y amarle, que no haya primeros principios en nadie, ni esperanza que pueda desviarse en ningún tiempo de esta debida atención. De los trajes escoja para sí el más decente, y huya como del fuego de consentir en su casa a los que apenas se pueden permitir en los teatros; sufra la censura de desaliñada por conservar la reputación de honesta, tanto más que hay medio muy decente entre el desaliño y la desautoridad de los trajes. No sólo sea en su virtud decente, sino en su apacibilidad recatada, su mirar honesto y grave, y más entre los hombres, de los cuales sólo mire de espacio a su marido, porque sin culpa suya puede sin esta advertencia ser lazo de los que la hablan; y hallándose inocente en sí, será censurada de los circunstantes. Así como la gravedad en los hombres es soberbia, en la mujeres con ellos es muralla de la honestidad, porque detiene y refrena y corta los primeros principios al daño, que sin ella tiene más dificultoso y arriesgado el remedio. La liberalidad, que en los hombres es lucimiento, en las mujeres suele ser relaja-

ción, y así la buena casada oculte esta virtud, aunque incurra en la censura de guardosa, y emplee sólo esta buena inclinación en casar sus criadas, sustentar pobres y ejercitar la caridad por los medios más prudentes y ejemplares que le dictare la discreción y la piedad cristiana. Aunque todas las mujeres nobles es de creer que son honestas, debe la buena casada para su amistad escoger, de las buenas, las mejores, mirando esto con atención atentísima, porque muchas veces corre la inocente riesgo, sin incurrir en la culpa, y al lado de la distraída pone en duda su crédito la virtuosa. En llegando a conservar sus acciones y recato, el crédito de su virtud, pise la buena casada las murmuraciones que la muerden y la tienen por extraña, que al tiempo que la censuran las relajadas, la están alabando las virtuosas, aplaudiéndola el pueblo y bendiciéndola Dios. Excuse visitas y excusaráse también de entrar en muchos espinares de donde tendrá bien que hacer para salir, y muchas señoras cuerdas hay que siguen con muy buen aliento esta santa resolución de estarse en casa y no salir sino raras veces della; pero si no pudiere excusar entrar en este embarazo, use de tal templanza y elección en las visitas, que la mayor parte del tiempo le ocupe siempre en su casa, y la menor fuera della,

porque andar de noche y fuera de su casa siempre la casada, conforme a la propriedad del vocablo, es andar siempre descasada. Las correspondencias en el escribir sean pocas en la buena casada, y muy precisas, y si tiene ingenio vivo, guárdese de la galantería del decir y de adquirir con esto opinión de discreta y entendida, que aquélla lo es más que sólo de su marido se deja entender; y los epítetos que debe afectar la buena casada, son los siguientes: muy cuerda, muy retirada, muy virtuosa, muy señora, muy ejemplar y devota. Y guárdese de los que se siguen: muy entendida, bizarra, galante, gallarda, entretenida, gustosa, discreta y alegre; porque aunque estas alabanzas, si se entienden con templanza, pueden quedarse dentro de la virtud, pero en el común modo de hablar y discurrir, son los pasos y medios más breves para salir muy presto della y con ruido. Para todo esto ayudará el temor

8 Construcción a la latina es ésta, y no galicismo. como hoy parecería. Nuestros escritores mostraron gusto especial por este giro: "Aquellos pecados se cometen más, que más veces se castigan." (Quevedo: *Vida de Marco Bruto.*)

17 Como el de los adverbios de negación, era muy frecuente el uso pleonástico de las conjunciones adversativas: "Aunque en su raíz son necesarias, pero la divina gracia las hace voluntarias, convirtiendo la necesidad en materia de virtud." (P. Lapuente: *La perfección de las enfermedades,* cap. II.)

santo de Dios, lección de santos libros (desterrando totalmente de su casa los de comedias), la aplicación a la oración y la frecuencia de los Sacramentos, teniendo cuidado que no falten en esto los de su familia. Si esto hiciere v. md., agradecerá en algún tiempo mi consejo.

EPÍSTOLA XVIII

A UNO QUE TENÍA MUCHO QUE SUFRIR. TRÁTASE DEL BIEN DE LA OCASIÓN, PRINCIPALMENTE PARA MERECER.

No tiene espíritu v. md. en quejarse de tantas ocasiones de paciencia, como dice que tiene. No sabe v. md. el bien que es la paciencia ni el bien que es la ocasión, y así me parece que está descontento de tener dos grandes bienes. Si se quejara de la ocasión de algún pecado, tuviera bastante razón; mas quejarse de la ocasión de virtud no está muy fundado en ella, pues es dar quejas por lo que se debía dar gracias, porque es un don divino; porque aunque es verdad que el merecer está en nuestra mano por la gracia divina, pero la ocasión de ejercitar virtudes heroicas no está en nuestra potestad, sino en la disposición divina, por lo cual hemos de mirar la ocasión de merecer más como un gran

16 V. la nota anterior.

favor del Cielo. Este bien de la ocasión aun reconocieron los gentiles, y así la adoraron por diosa, y por de tan alta clase, que después della venía siempre la penitencia a los que no quisieron aprovecharse de su favor; y sin duda lo es muy grande de la Providencia divina el dar ocasiones de merecer y tener ejercicio de virtudes, y así los santos más célebres lo han sido por las ocasiones que Dios les ha ofrecido. No supiéramos que había Job en el mundo si no hubiera tenido tanta ocasión de paciencia; mas la ocasión no la escogió él, sino Dios se la ofreció. El mismo Señor, para ilustrar a Abrahán, le dió con su precepto ocasión para querer sacrificar a su hijo, y el ser David según el corazón de Dios lo mostró con las ocasiones que tuvo de perdonar enemigos y disimular agravios. No se supiera que había Matatías en el mundo, ni Judas Macabeo, si la ocasión no les forzara a levantar la bandera por Dios y por su ley. La ocasión de un pobre desnudo empezó a hacer célebre a San Martín, partiendo con él su capa, como también a San Francisco el encuentro de un leproso.

No hay cosa más preciosa que el tiempo, pero lo mejor dél es la ocasión, y así es preciosísima. El Espíritu Santo aconseja que la partecita del día bueno no se nos pase dejando de

aprovecharnos de ella. El día bueno es el de la ocasión, cuando hay materia de ejercitar más las virtudes, del cual no se nos ha de pasar ni la menor parte sin aprovecharnos de ella. Buen día fué para David cuando tuvo en su mano a Saúl y le perdonó generosamente. Buen día fué para Job cuando perdió toda su hacienda, del cual no se le pasó ni la menor parte, aprovechándose tan bien, que, fuera de alabar a Dios, parece estimó más la pérdida de todos sus bienes que la posesión dellos. Buen día fué para Daniel cuando le echaron a los leones, y bueno para los tres mancebos hebreos cuando los metieron en el horno de Babilonia y se supieron aprovechar dél, bendiciendo al Señor.

Puédese considerar el tiempo como el firmamento, donde hay tanta multitud de estrellas, pero con gran diferencia de su lucimiento y grandeza. Así también son los días, que, si bien en todos amanece el sol, hay en lo moral gran diferencia en ellos, y los días de ocasión son de primera magnitud y de mayor lucimiento. Día de lucimiento fué para Salomón cuando vinieron a él las dos mujeres con el pleito del hijo. Día de primera magnitud fué para Daniel el juicio de los viejos; y también lo fué para Judith cuando cercaron a su ciudad, y para Susana cuando le acometieron los dos

magistrados, en que descubrió su santo temor de Dios. El labrador aguarda a que llueva para sembrar, el marinero espera los vientos para navegar. Así hemos de hacer, aprovecharnos de las ocasiones de paciencia para sembrar granos de gloria y navegar a nuestra patria celestial; y como el marinero no dejará pasar el viento, ni el labrador la lluvia sin aprovecharse della, no ha de haber tampoco ocasión de merecer que malogremos. Otras virtudes se huelgan con la materia de su ejercicio. El prudente y sabio gusta que le propongan dudas a que pueda satisfacer. El juez recto busca los ladrones en quien hacer justicia. El esforzado capitán se huelga con la batalla. El liberal y misericordioso se alegra de encontrar un pobre. Así también el paciente y discípulo de Cristo no se ha de entristecer con los agravios y pérdidas, pues son el campo donde se ejercita su virtud y mercado del Cielo. Un mercader desea el tiempo de ferias para hacer mayores ganancias. Ferias para el Cielo son la ocasión de paciencia: no dejemos de granjear en ella,

6 "*Grados* de gloria" dicen, tanto la edición de Sevilla como la príncipe; pero parece errata indudable.

22 Esto es, la ocasión de ejercitar la paciencia equivale a las ferias que tiene el hombre para obtener mayores ganancias en el Cielo. El verbo, como ya en varios lugares hemos visto, concierta con el predicado.

miremos los días en que se nos ofrecen, como días privilegiados. Puédese también echar de ver cuán grande bien es la ocasión de la virtud, por la grandeza del mal, que es la ocasión del pecado; porque así como ésta se debe quitar y huir, así aquélla se debe abrazar y estimar, y como el que huye la ocasión del pecado se llega a Dios, así también el que huye la ocasión de la virtud no quiere llegarse al Señor, antes se va apartando dél.

La causa de nuestras tristezas suele ser que miramos los sucesos de las cosas adversas como males, no como ocasión de bienes. Mirámoslos como daños, no como materia de tan grandes provechos como son los merecimientos. El nombre aparente hace divertirnos del concepto verdadero. Llámanse pérdidas los menoscabos de cosas temporales, y antes son ganancias, por lo menos materia dellas en clase superior, que es la espiritual y eterna. Llámanse desgracias y antes son dicha. Llámanse agravios, llámanse pesadumbres, lo que es tan gran bien, que con la paciencia obra eterno peso de gloria y gozo divino.

16 *Divertirse*, por distraerse o separarse. Comp.: "Ya no sé lo que decía, que me he divertido mucho, y en acordándome de mí, se me quiebran las alas para decir cosa buena." (Santa Teresa: *Moradas*, edición de *La Lectura*, pág. 47.)

Las ocasiones de paciencia no las hemos de mirar como males, no como pesadumbres, sino respetarlas como beneficios divinos, y estimarlas como manantiales de merecimientos y minas de gloria, y materia escogida para labrar nuestra corona. Un artífice primo, aunque tenga en su arte toda destreza, si no halla materia a propósito, no puede mostrar su primor, y cuando la halla, huélgase con su ejercicio. La mayor arte de todas es la del obrar bien; esto lo hace la virtud, y no debe despreciar su materia cuando la ocasión se la ofrece, que es un rico mineral de méritos. Conoció bien el santo Job de cuánta estima sea la ocasión de paciencia, pues la estimó más que todos sus bienes, y por eso apreció en más la pérdida de toda su hacienda que la posesión pacífica della. Esto dió a entender cuando dijo:

---

6 *Primo.* "Significa también excelente, primoroso y diestro en la ejecución de alguna cosa, y también se llaman así las obras que están ejecutadas con gran primor, delicadeza, esmero y perfección. FIGUEROA: *Pasajero, aliv. 2*: Poco a poco salí oficial, si bien nada primo, por asistir al arte involuntario e impaciente." (*Diccionario de Aut.*)

13 "*Mineral.* Metafóricamente se toma por principio, origen y fundamento que produce o fructifica abundantemente alguna cosa. ALCÁZ.: *Chron.*, décad. I, año 5, cap. 2, § 3: Anteviendo que había de ser un mineral fecundísimo de sujetos que honrasen la Religión." (*Diccionario de Aut.*)

"Si los bienes recibimos de la mano de Dios, ¿por qué no recibiremos los males?" Pues argumenta de lo menos a lo más, como si dijera: "Si los bienes de la tierra recibimos, que son menos, ¿por qué también no abrazaremos de la mano de Dios los males temporales, que son mayores bienes, pues son para mayor ganancia, que es la espiritual?" Ni sólo consideró Job a la ocasión de su paciencia como gran bien, sino como beneficio divino. Esta atención tuvo cuando dijo: "de la mano de Dios". Demonio era, como dicen algunos, el que traía las nuevas a Job de sus ruinas. El demonio decía: "Los sabeos y caldeos te quitaron los ganados"; y Job respondía: "Dios me los dió y El me los quitó". Todo el fin del demonio, para apurar su sufrimiento, era que juzgase Job el mal como venido de la criatura. Mas el santo sacaba de aquí mucho fruto, porque no atendía a la piedra que le hería, sino a la mano que la tiraba. No es posible que uno tenga hora de paz, si no toma para su gobierno esta enseñanza de Job; porque mirando todos los sucesos como venidos de Dios, no se pierde el amor al prójimo, ni se malogra el fruto del merecimiento, y fuera desto no se turba la paz interior, que se perderá muchas veces si no se vive con esta atención. Ni sólo se han de mirar las

cosas adversas como venidas de cualquier manera de la mano de Dios (porque aunque fueran por sólo castigo, se habían de estimar), sino se deben también mirar como beneficios amorosos, y besarle por eso su mano, y agradecerlo, aceptándolos y aprovechándonos dellos. Más razón es que se guarden con Dios buenos términos, que con los hombres. Pues si un gran príncipe diera a uno de su mano, con muy buena voluntad, una dádiva que le importaba, fuera descortesía no recibirla, ¿por qué con Dios somos descorteses, no aceptando los dones de su mano? La ocasión de paciencia beneficio suyo es, y quien la desprecia de antemano no hace caso deste dón de Dios, y después de eso pierde el mérito de que le da materia. Mire v. md. si es razón que esté descontento por lo que había de estar gozoso, deseoso y agradecido a Dios.

EPISTOLA XIX

A UNA SEÑORA RICA. PROPÓNENSE CUATRO MANERAS DE RICOS, Y DECLÁRASE CUÁL SE SALVARÁ

Siempre traen las riquezas cuidados, pero me consuelo con que son muy diferentes los que dan a v. md. que a los demás ricos. Su cuidado es cómo se podrá salvar, ya que es rica; los otros están cuidadosos de cómo morirán ricos y aumentarán su hacienda, ganando mayores intereses aun con pérdida del alma. Este cuidado es avaricia, aquél prudencia cristiana. Este nace del desengaño de la fe, aquélla del engaño del mundo. Cuidado mundano es la ansia de que no se pierda la hacienda; pero cristiano es que no se pierda el alma con ella. Aquel cuidado teme por las riquezas, éste se teme de ellas, y con razón, pues dijo Cristo que era más fácil entrar un camello por el agu-

15 *La ansia.* V. pág. 30, nota 8.

jero de una aguja, que un rico en el cielo. Por esta terrible sentencia exclamó uno diciendo: "¡Gran mal es ser rico!" Bien contrario sentimiento a aquel que dijo: "¡Gran mal es ser pobre!" Lo cierto es que si fuera mal ser pobre, sería mal dificultoso de curar, mucho más que el de ser rico; porque más fácil es de empobrecerse el rico que de enriquecer el pobre. En mano del rico está su remedio, y si le es mal ser rico, con dar a los pobres sus riquezas se librará de su daño o peligro. Esta condición es del oro y plata, que son las principales riquezas, que mientras se tienen no aprovechan. Menos gozará uno dellas mientras más las tiene, esto es, mientras más las guarda. Darlas tiene y gastarlas quien quiere gozar de sus tesoros; de suerte que se han de disminuir para que aprovechen. Pues si las riquezas no son de provecho aun para esta vida, si no se dan y consumen, ¿cómo aprovecharán para la eterna guardadas, no tratando uno de repartirlas a pobres, sino de aumentarlas, para ser siempre más rico? Este tal no cabe por las puertas del cielo, porque no cabe Dios en su corazón teniéndole lleno de tierra, y en él se

16 Al contrario de lo que hoy sucede, el verbo *tener* se construía en estos casos sin la preposición *de*. (V. notas a las *Eróticas*, de Villegas, pág. 43.)

verifica la sentencia del Salvador, de la dificultad que tiene de salvarse un rico. Todos sus cuidados son de atesorar tierra en la tierra, no de atesorar gloria en el Cielo. Descuida de lo eterno y se afana por lo momentáneo; desprecia los bienes celestiales y eternos y adora los temporales y caducos; no atiende a gastar bien lo que tiene, sino a adquirir mal lo que le falta. No piensa en dar lo que le sobra al que lo ha menester, sino en amontonar para sí lo que no ha menester. Este tal no se salvará, si muriese tal como vive, con las injusticias que le hace hacer su avaricia. En esta vida será miserable con todas sus riquezas, y en la otra, por ellas.

Cuatro maneras hay de ricos: unos que tienen gusto en la posesión de las riquezas, otros en su adquisición, otros en su abuso y otros en su uso. Los primeros se gozan en ellas, los segundos se atormentan por ellas, los terceros las pierden, los cuartos las aprovechan. Los que tienen gusto en poseer las riquezas son aquellos que ni son limosneros ni avarientos, pero huélganse de tener sobrado lucido menaje de casa y autoridad de criados. Estos tales ponen su gozo en cosa muy vana, no sacando más fruto de las riquezas que la vanidad y la envidia, no aprovechándoles sus riquezas ni para ganar

amigos en la tierra ni en el Cielo. No tienen ningún obligado y tienen muchos envidiosos. Los que tienen el gusto en adquirir riquezas son los que gustan más del uso de su codicia que del fruto de su hacienda y se huelgan de su mismo vicio más que de otra cosa, porque se deleitan más en el ejercicio dél que en su efecto. Siempre andan ansiosos de adquirir más y más, y no saben para qué. Siempre andan á caza de riquezas, sin pretender más fruto que cogerlas, como los cazadores, que se deleitan en el ejercicio de la caza, no en el provecho del gavilán muerto o del oso alanceado. Estos tales buscan las riquezas por buscarlas, y las aman por sí mismas, sin otro provecho, porque de cuanto adquieren no se sirven, sino lo encierran y guardan. Los que gustan de abusar las riquezas son los que, por cumplir su gusto, gastan largamente en sus deshonestidades y entretenimientos, no reparando en despreciarlas por esto. Los que ponen sus gustos en el uso de las riquezas son los que dan limosnas y las gastan en cosas del servicio de Dios. De modo que los unos muestran las riquezas, otros las esconden, otros las arrojan y otros las logran. Muéstranlas al

17 El verbo abusar, con su complemento sin preposición; lo mismo que *usar*.

mundo, escóndenlas en el arca, arrójanlas en el cieno y lógranlas en el Cielo.

Destos cuatro géneros, al que pertenece principalmente el nombre infamado de rico es el que gusta sólo de adquirir y atesorar hacienda, porque este tal tiene por fin las riquezas y así le dan su denominación. Porque los demás no tienen las riquezas por fin, sino por medio, y así tienen otros nombres. Los que hacen ostentación dellas son soberbios o vanos; los que las gastan y arrojan en el cieno de sus torpezas son deshonestos; los que las dan a los pobres son limosneros.

Estos tres géneros tienen a las riquezas por medios y no por fin, y así más son otra cosa que ricos. Son vanos, son lascivos, son caritativos. Mas el codicioso de adquirir se queda con el nombre de rico, porque él es el que tiene las riquezas, sin tener otro fruto o uso dellas sino tenerlas, como le tienen los demás, o mostrándolas, o desperdiciándolas, o dándolas. Este ama a las riquezas por sí mismas, como si fueran Dios, y así las adora. Este es rico de corazón y de alma con todas sus potencias. Este está ya marcado para la desdicha eterna, con la miseria temporal con que vive, escogiéndola él mismo por su mano, no siendo señor de su dinero, sino guarda, y tratándose a sí mismo

como a esclavo, sin atreverse a gastar para sí aun lo necesario para vivir.

En lo dicho hay bastante enseñanza del modo cómo se salvará una persona rica, que es siendo contraria a este miserable rico de corazón, lo cual hará si se hace pobre de espíritu, apartando el afecto de la hacienda y dando tantas limosnas que pierda el nombre de rico y gane el de limosnero. Sepa v. md. que cuanto es dificultoso entrar un rico en el Cielo, tanto es fácil entrar las riquezas allá. Dense en la tierra a los pobres y se hallarán en el Cielo. Si v. md. lo hace así dejará de ser rica en la tierra y lo será en el Cielo. Para ejemplar desto le quiero proponer a una de su estado, que es la santa viuda Olimpia, aunque también fué virgen, la cual, teniendo grandes riquezas, no sólo cupo por las puertas del Cielo, sino que las halló allá. Desta heroica viuda dice Paladio: "Repartía las riquezas abundantes que poseía con todo género de pobres, y en cualquier lugar donde los hallaba. Ni en el campo ni en la soledad se vieron excluídos de su liberalidad heroica. También daba a las iglesias lo necesario para el culto divino, sin perdonar a monasterio, colegio o pobre hospital a quien no enriqueciese:

19 *In Lausiaca, cap. 144.* (N.)

y para decirlo en una palabra, sus limosnas se derramaron por todo el mundo." Tanta caridad desta dichosa rica, no podía estar sin las riquezas espirituales de muy grandes virtudes, y así pasa luego este autor a contar su humildad, caridad y continencia, y dice: "Llegó hasta el último término de la humildad, que parece no se podía hallar otra mayor. Tenía una vida ajena de vanagloria, una hermosura sin fingimiento, una disposición muy compuesta, costumbres afables, ánimo sin arrogancia, corazón muy pacífico, vigilias enemigas del sueño, espíritu no curioso, caridad inmensa, cuya comunicación no se puede comprehender; el vestido vil y lleno de menosprecio; la continencia, indecible; la intención, recta, y la esperanza muy fija en Dios siempre, junta con la limosna tan abundante como se ha dicho. Tenía el ornato verdadero de todos los humildes; padeció muchas tentaciones ocasionadas por la astucia del que es malo por su propria culpa y está muy ajeno de tener bien alguno: este es el demonio. Sufrió esta santa muchas contradicciones por la verdad. Vivió mucho tiempo en continuo llanto, sujetóse por Dios a todas las criaturas, obedecía a los obispos con admirable humildad, veneraba a los sacerdotes, honraba al Clero, reverenciaba los ejercicios santos y guardaba con summo re-

cato su honestidad virginal." Prosigue el autor refiriendo las obras de su misericordia, y dice: "Ayudaba cuanto podía a las viudas, huérfanos y decrépitos; visitaba los enfermos, doliase de los pecados ajenos, procuraba convertir a mejor vida a los que iban errados, y con todos usaba de misericordia. Rescató muchos esclavos y los hizo libres, y los honraba tanto, que los igualaba a su misma nobleza, o si acaso se puede decir con verdad, los hizo más nobles que ella en el traje y vestido, porque era tan pobre, que no se podía hallar cosa más vil que sus vestidos. Su mansedumbre era tan insigne que excedía la simplicidad de los niños. No tenía cosa alguna por injuriosa, porque traía siempre a Cristo consigo. Ordinariamente estaba anegada en lágrimas de compasión, tanto que era más fácil secarse las fuentes manantiales que verse sus ojos sin lágrimas, por estar siempre mirando los trabajos de Cristo. Pero ¿para qué me detengo en exagerar esto, pues mientras más

18 Es la forma, tan frecuente en castellano, del infinitivo, como equivalente del subjuntivo con la conjunción *que*. "Que así como no es posible mezclarse dos aguas olorosas mientras están en sus redomas cada una, así en tanto que la mujer cierra el ánimo con la encubierta del fingimiento, y con la postura y afeites asconde el rostro, entre su marido y ella no se puede mezclar amor verdadero." (Fray Luis de León: *La perfecta casada*, § XII.)

deseare referir las virtudes heroicas desta santa viuda, más lejos estoy de poder ponderarlas como merecen? Y no piense nadie que he dicho esto por sola información o noticia, o que he referido lo más primoroso de la vida de esta santa, que fué templo vivo del Espíritu Santo, porque sólo digo lo que vi por mis ojos y tocó la experiencia." Todo esto dice Paladio. A que se añade que obraba cosas tan grandes estando con muchas enfermedades. Ultimamente, esta santa viuda sufrió con admirable paciencia muchas calumnias, pérdida de hacienda y destierro, porque favorecía a San Juan Crisóstomo, y con el mismo santo alcanzó una como corona de mártir, como se podrá ver en la epístola 5 del mismo santo, que se la escribió consolándola en sus trabajos. Imite v. md. a esta rica de dones espirituales y pobre de espíritu. Envíe sus riquezas al Cielo en las manos de los pobres, y Cristo le dará su mano para que suba allá.

EPISTOLA XX

A UN MELANCÓLICO PORQUE PERDIÓ UN PLEITO. DANSE DOS MEDIOS: UNO FILOSÓFICO, OTRO CRISTIANO, PARA LLEVAR BIEN LAS ADVERSIDADES

No quisiera consolar a v. md. sólo para esta vez, sino para otras muchas, y el consuelo le parecerá extraño, porque es que se persuada que han de suceder muchas veces disgustos semejantes. No hago esto para darle malas nuevas de alguna mala fortuna, sino para acordarle la condición de nuestra naturaleza y estilo de las cosas humanas, donde tan ordinario es suceder adversas. Y así no tenga por consejo peregrino que no le parezca cosa peregrina ver sinrazones, desgracias, pérdidas y otras cosas penosas. No se extrañe de nada desto, ni le parezca nuevo cuando aconteciere verlo. Epicteto

---

11 *Acordar*, en su acostumbrada acepción de *traer a la memoria*. "Tarde acordáis y más habíades de madrugar." (*La Celestina*, aucto décimosexto.)

y Antonino, filósofos, dieron este consejo para alivio de los trabajos y adversidades: que no se nos hicieran de nuevo. El cual no es de poco peso, pues antes dellos le dió San Pedro en su primera epístola, donde da dos remedios para consuelo de nuestras penalidades, uno natural y otro sobrenatural, y el natural es el que acabamos de decir, y así nos aconseja que no queramos extrañarnos ni tener por cosa peregrina cuando sucede una contrariedad (que es para prueba nuestra), como si nos aconteciera algo de nuevo. No sé, por cierto, por qué nos hemos de espantar que en este valle de lágrimas haya cosas adversas; antes fuera maravilla no encontrar con ellas. Milicia es la vida del hombre, y no guerra como quiera, sino batalla rompida; ¿qué mucho es se reciban heridas y golpes? No es de maravillar si del furor de una batalla sale un soldado herido: el espanto había de ser si saliera sin haber recibido golpe alguno. El agonista que saliese de los espectáculos romanos sin lesión, fuera como prodigio. San Cri-

15 *Encontrar con*, lo mismo que *encontrarse con*. Véanse notas al *Quijote* en la edición de *La Lectura* (I, 283, 11; IV, 59, 14; VI, 7, 9, etc.).

21 *Agonista*: el que está en el trance de la agonía. "En el tercero se dirán los rencuentros espirituales que pasan entre el agonista y el diablo en el punto del agonía, que se dice tránsito de la vida..." (Alejo Venegas: *Agonía del tránsito de la muerte*, prólogo.)

sóstomo dice: "Todas las cosas presentes son lucha, certamen, guerra, estadio; otro es el tiempo de quietud, mas él presente diputado está para calamidades y sudores." Ninguno, cuando se desnuda para el certamen y desafío, busca quietud; no hay que espantarnos de recibir algún golpe adverso, cuando estamos expuestos a recibir muchos. Por eso dijo Salviano: "¿Qué maravilla es si sufrimos los males, pues estamos conducidos, como en milicia, para tolerarlos todos?" En el libro de Job se dice que el hombre nació para el trabajo y el ave para volar. ¿Qué maravilla que el águila encuentre el aire en que extender sus plumas, y el pez al agua en que nadar? No es tampoco maravilla que encuentre el hombre trabajos en que merecer. No tiene v. md. que quejarse porque le haya sucedido uno, y no muy grande. Perdió un pleito, mas no perdió la honra, no perdió la salud, ni tampoco perdió la hacienda; sólo no la ganó mayor. Su trabajo no es que le hayan desposeído de lo que tenía, sino que no desposeen a otro. No es grande su desgracia, sino la pesadumbre que toma, y desto nadie tiene la culpa.

1 *Hom. 8, in 2, ad. Timoth.* (N.)

5 *Certamen,* en su propio significado etimológico de "disputa, debate o contienda".

9 *Lib. 3 de Provid.* (N.)

El otro remedio que da San Pedro es más eficaz, pues llega no sólo a consolar, sino a alegrar. Esta diferencia hay entre los consuelos naturales y los sobrenaturales: que aquéllos sólo dan alivio, mas éstos pueden dar también gozo; y así debíamos ayudarnos dellos, acudiendo a buscar las razones sobrenaturales que hay para no afligirnos en los trabajos. Es, pues, el consuelo sobrenatural que enseña San Pedro, que nos gocemos en los trabajos, comunicando en los de las pasiones de Cristo. La iglesia llama en el Canon bienaventurada a la Pasión del Hijo de Dios, y quien participa en alguna adversidad de ella, no se debe tener por mal aventurado, sino por dichoso, pues se conforma con la imagen del Hijo de Dios y se infiere en Cristo, como hablan algunos Doctores; lo cual es tan grande bien, que los que tienen luz de él se llenan de gozo viendo la honra que es padecer con Cristo y la gloria que por ello se merece. Junte, pues, v. md. su suceso desgraciado con los dolores de Jesús. Perdió v. md. el pleito; Cristo perdió la vida. Su desgracia es que no condenaron a su competidor; mas a Cristo condenaron a morir. No dió el juez nada a v. md., pero a Cristo le dejaron

17 *Inferir*, en su acepción anticuada de incluir o introducirse.

desnudo; quitáronle los vestidos y un poco de agua le negaron. Vergüenza es que sienta v. md. esa niñería a vista de tales agravios. Con todo eso, si la lleva en paciencia merecerá con ella, y ya que no ganó nada en la tierra, gane en el Cielo: dése más a sí mismo que le diera el juez. Dése a sí paciencia, y le valdrá más que si le dieran una provincia. ¿Cuántas veces ha condenado v. md. a Dios y sentenciado en favor del demonio? Tantas cuantas ha pecado. Mire lo que habrá sentido Dios las sentencias injustas que ha dado contra El, por lo que siente v. md. una menos favorable que recibió. Tema sólo el tener mal pleito el día del juicio, y por que esto no sea así, lleve en paciencia perder un pleito de la tierra.

Estos documentos de San Pedro no le han de servir a v. md. sólo para este caso de su pleito, que, para decirlo, es poco pleito y no llega a merecer nombre de trabajo, sino para los que lo fueren. Nuestro engaño es que buscamos felicidad en esta vida, y no la podremos hallar verdadera, porque no es fruta de la tierra. Y tan necio es quien en este valle de lágrimas la busca segura y cabal, como quien buscara en los ajenjos el sabor de la miel y en un espino fruta sazonada. Engáñanse los que buscan la felicidad en esta vida, y dáñanse

los que la estiman. Contra el engaño sirve el primer documento; contra el daño, el segundo. Cada uno piense que ha de ver sinrazones, que le han de hacer agravios, que le han de suceder pérdidas. No se le hagan de nuevo, sino cuando acontecieren, diga: "Esto es lo que aguardaba: esta es la moneda que corre para comprar el Cielo; dicha es encontrarla." El santo Job se ayudó deste remedio para la paciencia que tuvo, porque no se le hicieron de nuevo trabajos tan extraordinarios como los que le sucedieron; y así él mismo confiesa de sí que le aconteció lo que sospechaba.

Débese también perder la estimación de la prosperidad humana, para que no se sientan sus pérdidas. Esto se hará considerando que quien padece como Cristo es más dichoso que si imperase en el mundo; y si el padecer con Cristo es tan gran dicha, ¿qué será reinar con El en el Cielo? Lo cual se alcanza con su imitación y paciencia en los trabajos, a los cuales no hemos de mirar como males, sino como tan grandes bienes, que son semilla de la bienaventuranza verdadera y eterna.

EPÍSTOLA XXI

A UN CABALLERO DESPECHADO EN UNA PRETENSIÓN. DANSE ALGUNOS DESENGAÑOS A LOS PRETENDIENTES

Maestro de rudos es la experiencia; buen maestro es, pero costoso, y aunque mudo, a poder de golpes nos despierta para que aprendamos. Por otra parte, es una disciplina sin doctrina, un aprender sin oir. Y así dijo uno: *Experientia est indocilis disciplina usus.* La experiencia es una disciplina de lo que pasa, la cual no se puede enseñar. Es así que sin doctrina aprende el experimentado. Maestros sin lengua le son los sucesos, y los adversos fijan más su lección; con todo eso le quiero repasar a v. md. la que puede tomar deste suceso tan poco esperado, o, por mejor decir, poco temido. Y así, ahora que le veo aburrido, me quiero aprovechar de la ocasión para desenga-

12 O sea: "esta es la razón por que aprende."

ñarle, porque no lo era cuando la esperanza falsa de su pretensión le tenía encantado y sordo para oir la verdad. Yo estaba esperando que el tiempo me ayudase, y no lo ha hecho mal, que al fin, en diez años de pretensión, que son otros tantos de remo, bastante desengaño ha dado a v. md., aunque no le quiere tomar. El tiempo ha hecho bien y v. md. muy mal, pues, como buena boya, después de cumplido el plazo de sus galeras, se torna a alquilar para el remo. Mude, le ruego, de pretensión, y pretenda aquello cuya posesión dará más gusto, y cuya pretensión menos trabajo; pretenda ya reinar en el Cielo, pues con tantas ansias ha pretendido servir en la tierra. Menos le costará el reino de allá, que no un oficio de acá. Si ha gastado lo mejor de su vida en pretender una commodidad de la tierra y no ha salido con ella, ¿cómo piensa salir con la gloria del Cielo, que no trata de pretender, ni hace por ella de mil una diligencia de las que ha hecho por una miseria de la tierra? La carga pesada del mundo le ha hecho gemir y le ha

9 *Buenas boyas*: los que se reenganchaban en el remo de las galeras. Suárez de Figueroa, después de pintar sus penalidades, escribe: "Llaman a éstos *buenas boyas*, que, cambiando la libertad con limitado interés (que luego juegan), la vinculan para no pocos años de extravagantes martirios y desusados ultrajes." (*El Pasajero*, alivio IV.)

derribado; ya no se deje oprimir della, sino sujétese al yugo de Cristo, que es carga ligera, y sacuda el de la vanidad, que es peso gravísimo. es el peso y carga de Babilonia, con que amenaza un Profeta, y según dijo un doctor antiguo, la carga de Babilonia significa al mundo, cuyo amor es la codicia y ambición, la cual es peso gravísimo que oprime á muchos, y de tres maneras es cargosa á los miserables: con trabajo, con temor y con dolor. Con trabajo llega un hombre a lo que desea, con temor lo posee y con dolor lo pierde. Hasta ahora no ha experimentado la tercera parte de peso. Y si no puede con un quintal, ¿cómo podrá con tres? Este peso de Babilonia es de tres quintales: uno del trabajo de pretender, otro del temor de guardar lo pretendido, y el tercero, de dolor de haberlo perdido. Y es cierto que cuantos bienes y grandezas hay en el mundo las hemos de perder: o nos dejarán, o las dejaremos. Pésele de haber trabajado tanto por lo que, después de alcanzado, había de temer, y, perdido, había de llorar; de modo que su trabajo no sólo ha sido vano, sino necio. Muchos preten-

6 *Significa al mundo,* es decir, representa o simboliza el mundo. El acusativo de cosa con preposición, según ya lo hemos visto en varias ocasiones.

9 *Ailredus in Isaiam.* (N.)

den aquello que, si no lo pierden, se han de perder con ello. ¡Cuántos hay que después de diez o doce años de pretensión, con grande afán han alcanzado aquello con que se condenaron para la otra vida, o se perdieron en ésta! No tiene v. md. por qué desconsolarse de no haber salido con su pretensión; porque, sin duda, más le valdrá el desengaño que le ha dado el tiempo que el oficio que le había de dar el rey, si se sabe aprovechar de lo uno y no quiere aprovecharse de lo otro. A ciegas andan los pretendientes del mundo: no saben lo que les ha de estar bien; mas lo cierto es que a ninguno le está mal el desengaño de las cosas ni dejar de pretender las vanidades de la tierra, por pretender los bienes verdaderos del Cielo, cuya posesión será seguro gozo, y cuya pretensión es con alivio y quietud; bien al contrario de los bienes del mundo, porque, fuera de ser ellos inciertos y falsos, aunque tuvieran la verdad que representan al sentido engañado, su pretensión es de tanta fatiga y trabajo, que por ella se habían de menospreciar. Buen testigo desto puede ser v. md. Mire si hay número de las incommodidades que ha pasado; cuántas veces ha comido a deshora, cuántas ha madrugado con grandes fríos, cuántos soles en el estío ha pasado por coger en

casa al oficial, cuántas ha aguardado a las puertas de los Ministros, y después se han ido sin oirle; cuántos desaires ha sufrido de los pajes; cuántas reverencias, humillaciones y adulaciones ha hecho a los que no se debían; cuántos regalos le ha costado después de todo esto; cuántas congojas han oprimido su corazón y cuántas pesadumbres le han dado malas noches; cuántas quejas ha dado de otros, y las más habrán sido sin causa, por sola la sospecha de su aprehensión. La demasiada ambición hace a los pretendientes que sospechen ligerísimamente y sean crédulos para toda mentira que es en su favor y por otra parte incrédulos para la verdad de los que los desengañan: con esto tienen quejas de todos, de los que los engañan y de los que los desengañan. Si les dice un ministro una palabra favorable, piensan luego que les prometen lo que pretenden, aprehendiendo más de lo que el otro quiso decir, y luego tienen queja dél, porque se volvió atrás, y casi le calumnian de falso y de traidor; y si algún oficial les quiere poner en razón y desengañar, dicen dél que les tiene mala voluntad. Demás desto presumen más de sus partes y méritos,

25 Ocioso parece repetir, por ser cosa sabidísima, que en lugares como éste la palabra *partes* significa *cualidades* o *excelencias*. (V. notas a las *Eróticas*, de don Esteban Manuel de Villegas, edición de *La Lectura*, pág. 104.)

encareciéndolos tanto, que se hacen ridículos, y alegan por servicios los que son mercedes. Con esta presunción aumentan sus quejas, con que ellos se pudren y cansan a otros. Y a mí me cae en gracia la queja de v. md. de que no le hubiesen desengañado al principio de la pretensión, que con eso la dejaría y no le hubieran hecho perder tiempo, hacienda y paciencia; porque si ahora que le ha desengañado el tiempo después de tantos años perdidos, no quiere tomar el desengaño ni dejar de pretender, ¿cómo se puede creer que entonces la dejaría, cuando estaba más en su punto su ambición o locura? Acuérdese v. md. que un ministro le empezó a desengañar y poner en razón, y luego dijo que era su enemigo y que tenía malas entrañas; por lo cual no me espanto que no se hable con claridad a los pretendientes, pues no les suele aprovechar, y no les sirve más que de tener mala voluntad a quien la tuvo buena para con ellos, queriéndoles ahorrar de trabajo y pesadumbres. No sé yo tampoco si libraré bien destos consejos que doy a v. md. con muy buena voluntad de aliviarle y sacarle de ese barranco en que ha caído. Heme habido como el cazador de elefantes, que aguarda hasta verlos caídos en la hoya para sacarlos della, quedándole las fieras muy agradecidas por este bene-

ficio. No sé yo si lo quedará v. md. deste mi servicio: yo me contento con que no quede enojado y se aproveche dél. Pues tiene con qué vivir y sin cuidados, no pretenda con qué tenerlos, para que no pueda vivir con gusto. Dice también v. md. que lo ha hecho encomendar a Dios y dado mucha limosna por ese intento, y tras todo eso se ha hallado burlado. Parece que en esto se quiere quejar también de Dios; no faltaba más, por cierto, después de haberse quejado de todo el mundo. Lo que yo siento es que debe dar muchas gracias a Nuestro Señor, pues pidiendo un escorpión se lo ha negado, y en lugar dél dádole sustento saludable: esto es lo que le conviene, y no le ha de emponzoñar con la vanidad. No se queje que sus oraciones no fueron oídas; por lo menos fueron aceptas sus buenas obras, dándole Nuestro Señor, no lo que le pedía neciamente, sino lo que más le convenía, y sepa que da Dios mucho a quien se quita de peligros y cuidados.

---

12 *Sentir,* dice el *Dicc. de Autor.,* "vale también juzgar, opinar, formar parecer o dictamen sobre una cosa".

18 El participio *acepto,* en uso todavía, vale tanto como *agradable, bien recibido*: "Pues yo quise más perdonalla que vengalla; porque no hay a Dios tan acepto sacrificio como el perdón del enemigo." (Agustín de Rojas: *Viaje entretenido.*)

EPISTOLA XXIV

A UNO QUE PERDIÓ SU HACIENDA. DÍCESE CÓMO EN LAS PÉRDIDAS TEMPORALES SE PUEDE SACAR MAYOR GANANCIA

Perdió v. md. su hacienda y no perdió la paciencia: granjería ha hecho. Mucho gana quien, perdiendo la tierra, granjea el Cielo. El valor de la paciencia no se compraría con todos los tesoros del mundo, y así, rico está quien en una pieza tiene lo que monta más que muchas riquezas. En una perla sola tenía más Cleopatra que la hacienda de treinta ricos. Sin embarazo enriquece el que obra bien y sufre bien. Una sola virtud tiene por compendio muchos tesoros, y pues tan opulento queda v. md. después de haber perdido su hacienda, con sólo no haber perdido la paciencia, tenga también consuelo. Faltóle lo que falta a muchos; pero retuvo lo que conservan pocos. Faltóle el interés, y retuvo la virtud. Mal de muchos di-

cen que es consuelo, y el bien de pocos también es dicha. Consuélese con que perdió lo que pierden inumerables, y lo que sucede también a los buenos y no hace falta a los mejores. Consuélese con que no perdió lo que no pierden los santos, y dése el parabién de tener lo que alcanzan muy pocos. Nadie pierde sino el que quiere perder, pues no hay pérdida temporal que no se pueda recompensar con ganancia espiritual. Quien pierde la honra y da gloria a Dios, mucho ha ganado. Quien pierde la hacienda y conserva la paciencia, mejorado está. Quien pierde el gusto y se abraza con la cruz de Cristo, mucha granjería tiene. Finalmente: cualquiera que sucediéndole una adversidad tie-

1 *Mal de muchos, consuelo de tontos,* dice hoy el refrán; pero esta forma es muy moderna. Antes decían simplemente: *Mal de muchos es consuelo,* y, con más frecuencia: *Mal de muchos, gozo es,* o *es gozo*:

"Sáqueles un alguacil
arrastrando del pescuezo,
que mal de muchos es gozo
y duelos con pan son menos."

(Rojas Villandrando: *Viaje entretenido,* libro I.)

13 *Abrazar con.* Comp.: "Y así, sin hablar palabra, me abracé con él y me arrojé en la mar..." (Espinel: *Marcos de Obregón,* descanso XXI.)

15 Construcción hoy inadmisible, pero tenida entonces por correcta:

"Por este culto bien nacido prado,
que torres lo coronan eminentes."

(Góngora: *Canción.*)

ne gusto en ella, porque lo quiere Dios, dichosísimo es. Bien afortunado será aquel que tiene disgusto sólo de las culpas y gusto sólo en las penas; por aquello será santo, por esto dichoso. Santidad es tener contrición de los pecados, y dicha es tener contento en los castigos y gusto en los mismos descontentos. Cerrados tiene los portillos a toda desdicha quien halla en las penas gusto y dicha en la misma desdicha. Quien mira siempre al Cielo topa grandes ganancias en las mismas pérdidas. Más se puede dar a sí, que todo el mundo le puede quitar, y se da aquello que nadie se lo puede hurtar. El es árbitro de su dicha y artífice de su fortuna. Si el gran Constantino perdiera todo el mundo, cuyo señor era, y hiciese un acto de amor de Dios, más se daba a sí en esto solo que cuanto le pudieran quitar, y se daría lo que es exento de peligros y privilegiado de riesgos. Cristo dijo: "El que no coge conmigo, derrama." Al contrario también sucede: quien coge con Cristo, no pierde ni desperdicia. Emplee, pues, v. md. el caudal de su voluntad en Dios, y no perderá nada, aunque toda su hacienda se la haya tragado el Oceano. Filósofos hubo que echaron su hacienda en el mar, por-

13 V. pág. 49, nota 5.

que no les inquietase con sus cuidados. Lleve bien un cristiano que Dios se la haya echado donde no parezca; júzguese no por poco afortunado, sino por muy desembarazado, y más, persona que no tiene obligaciones de hijos y mujer.

En esta pérdida de v. md. pudiera haber ganado muchísimo si perdiera más; esto es, si, como perdió la hacienda, perdiera también el afecto a ella, y no parece le ha perdido, pues ha tenido necesidad de paciencia.[15] Si tuviera esta pérdida del afecto a las cosas del mundo, fuera más rico que si tuviera todo el mundo, pues el que fuera señor dél aún podía desear más; pero el que no quiere nada, le sobra todo. Quien pierde la hacienda pierde sólo algo de la tierra; quien tiene paciencia, gana para el Cielo; mas quien pierde el afecto a la hacienda y riquezas, ganará tierra y Cielo. En éste tendrá mucha gloria, y en aquélla, verdadera dicha. Tendrá paz del corazón, tendrá gusto del alma, y no tendrá miseria, la cual es faltar lo que se desea y desear lo que ha de faltar. ¡Qué

15 Había de ser, naturalmente, *al que no quiere nada;* mas en tal defecto abundan nuestros antiguos escritores. "El Duque, viendo a su hija muerta, ninguna paciencia ni sufrimiento le bastaba para poder mitigar aquella tan gran pena..." *Palmerín de Inglaterra,* l. I, c. XIX.)

gran diferencia hay de pobreza a pobreza, de la pobreza forzada a la pobreza voluntaria! Aquélla es miseria, ésta felicidad. ¿Qué mayor felicidad que no tener ya qué desear y sobrarle a uno todas las riquezas del mundo? De la pobreza forzada dijo un emperador que a los que la padecían era la vida suplicio, y de la pobreza voluntaria dijeron los filósofos que era dicha, y Cristo la calificó por bienaventuranza. El que es pobre de codicia, no sólo es rico, sino dichoso, careciendo de tan gran mal del alma como es la avaricia de los bienes del cuerpo. Este mal, y otros innumerables que dél nacen, se quitan con la pobreza del espíritu, perdiendo el afecto del tener. Cuán gran lazo sea este afecto para los hombres, y cuán grande estorbo para salvarse, claramente se conoce por aquella sentencia del Señor: "Dígoos de verdad que dificultosamente entrará el rico en el Cielo; y otra vez os digo que será más fácil entrar un camello por el agujero de una aguja, que un rico en el reino de los Cielos." Donde es mucho de ponderar que Nuestro Señor repite esto dos veces, y usa para explicarlo de encarecimiento, para que nosotros conozcamos

6 *Arcad. et Hono. l. Quisquis part. 2. C. ad legem Juliam majestatis.* (N.)

mejor su dificultad. Este parecer de la divina sabiduría, si se desmenuza y considera bien, debe bastar para hacer suelta y dejación de toda la hacienda y riquezas. El Apóstol San Pablo confirma esta misma sentencia, diciendo: "Contentémonos con tener alimentos y con qué cubrirnos, porque los que quieren hacerse ricos caen en la tentación y lazo del demonio, y vienen a tener muchos deseos inútiles y dañosos, que anegan los hombres en su destruición y perdición eterna." Finalmente, añade la razón: "porque la codicia es la raíz y seminario de todos los males", etc. Porque no hay maldad ninguna, por detestable y enorme que sea, que los hombres enamorados de la hacienda no la intenten: de aquí nacen tantos hurtos, robos, engaños, trampas en los contratos, muertes, latrocinios, parricidios, sacrilegios y juramentos falsos, y como dice un Doctor: "Son sin cuento los que por el amor del dinero y granjear riquezas, o han declinado de la fe católica, dando en inumerables herejías, sectas o supersticiones diabólicas, o, a lo menos, han vivido en compañía de los que se dieron a ellas, para conservar por este camino su ha-

5 *I. Thi. 6.* (N.)

13 *No hay maldad... que los hombres... no la intenten.* V. pág. 49, nota 5.

cienda." Toda esta obra hace el desordenado afecto y codicia en los corazones humanos, y no solamente en el granjear y tener las riquezas hay ocasión de tantos daños, pero también en el usar dellas, porque dan atrevimiento, facultad y poder a la ejecución de cualquiera maldad. De suerte que ora se consideren según el afecto con que se pretenden como fin, ora según el uso con que dellas nos servimos como de instrumentos para hacer nuestras obras, causan al género humano infinitos males, en tanto grado, que la mayor parte del mundo por los tesoros de la tierra pierde los de los Cielos, y por los bienes temporales y caducos se priva de los eternos y duraderos. Añádase a esto que el cuidado y deseo de las riquezas trae tan ocupado el corazón, que apenas le deja pensar de veras en su salud eterna. De suerte que esta pasión destruye todos los pensamientos buenos y devotos afectos con que puede uno adquirir los tesoros del Cielo: de donde se colige que trae consigo dos males el deseo de la hacienda. El primero es, que arranca todos los pensamientos santos y llena el corazón de muchos inútiles y nocivos cuidados. El segundo es, que ocasiona y casi convida para todo género de pecados, y ofrece comodidad y sazón para la ejecución dellos. En significación de esto se introduce en el *Apo-*

calipsi aquella rica ramera con aquel vaso de abominación, como quien brindaba para la maldad. De aquí se sigue manifiestamente cuánto se deba estimar aquel bien, que corta la raíz de tantos y tan grandes males, y pues la pobreza voluntaria hace esto, débese juzgar por uno de los mayores bienes, y que es razón la abracen los que quieren gozar de tanto bien. Porque por el mismo caso que ella arranca el amor de las riquezas, quita infinitos cuidados y pensamientos vanos, con que los codiciosos embarazan su corazón, y quita juntamente las ocasiones de todos aquellos pecados que suelen cometerse por codicia de buscar o conservar hacienda, y en cuanto nos ciega que usemos della a nuestro gusto y libertad, quítanos la ocasión y facultad de todos aquellos pecados que, con el uso della, o, por mejor decir, abuso, se cometen. Esta dicha se podrá fabricar v. md. para sí mismo, y más estando ya la mitad hecho. Dios le ha ahorrado de trabajo quitándole la hacienda. V. md. se quite el afecto a ella, y será más dichoso que Alejandro Magno en ganar al mundo.

1 La ramera "sentada sobre una bestia bermeja, llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos..., cercada de púrpura y de escarlata y adornada de oro, y de piedras preciosas, y de perlas." (*Apocalipsis*, c. 17, vers. 1 y sigs.)

EPISTOLA XXVIII

A UN SEÑOR DISGUSTADO. DÍCESE CÓMO DEBEN CONSIDERAR LOS SEÑORES LAS FALTAS QUE HACEN EN EL SERVICIO DE DIOS, PARA SUFRIR ALGUNOS DE SUS CRIADOS, PRINCIPALMENTE CUANDO SON POR CAUSA PIADOSA

Enojado estoy con V. S. porque se enojó tanto con su paje por una falta de tan gran excusa, que la había de admitir por mérito, y aun por ejemplar y doctrina. Fuése a acompañar el Santísimo Sacramento, dejando a V. S., no solo, sino con otros que le acompañaban en su paseo. No había de reputar esto por culpa, sino tomarlo por aviso de lo que había de hacer; pero nuestra malicia es tal, que hace delito del ejemplo, escándalo de la edificación, y lo bueno acrimina como malo.

Enseñó a V. S. sus obligaciones el paje, porque son mayores las que los señores tienen a Dios, y así deben preciarse más de servirle,

y más honra fuera a V. S. ir descaperuzado acompañando al Señor del mundo, que no ir acompañado de todo el mundo, y assí lo han estimado muy grandes señores y monarcas. El segundo Duque de Gandía, yendo a caza, si oía en algún lugar la campana de salir el Viático para algún enfermo, al punto dejaba su entrenimiento, y, corriendo el caballo, se iba al lugar para acompañar al Señor. La devoción en esta parte de nuestro rey Felipe IV se ha visto varias veces en la corte; entre otras, una vez que, pasando de noche por la Plaza, vió de lejos al Santísimo Sacramento, al punto se arrojó del coche, sacando de la mano al Príncipe su hijo, y fué con tanta priesa para alcanzar al Señor, atropellando con la gente que encontraba, que no le pudo seguir ninguno de su casa, parte por la apresuración del Rey y parte por atender a la Reina, que quedaba hincada de rodillas en medio de la Plaza. El Conde de Villanova, antecedente a éste, asistiendo al Santísimo Sacramento, como lo tenía

1 *Descaperuzarse*: quitarse la caperuza, sombrero o montera. "*Pícara Justina, 181*: Y a vueltas de esto le dió una corrección fraterna la hermana mesonera, a la cual estuvo descaperuzado." (*Dicc. de Aut.*)

8 *Corriendo el caballo,* esto es, al correr del caballo, haciendo correr al caballo.

21 Don Martín de Castello-Branco.

de costumbre, para darle por Viático a un enfermo, sucedió que le echase de sí, con lo demás que le embarazaba el estómago. Viendo esto se turbaron todos los presentes; sólo el Conde, con un ímpetu superior y celo cristiano, se arrojó a recibir aquellas heces y consumirlas todas. Esto hizo, porque juzgó que no había allí otro que tuviese mayores obligaciones por su sangre y calidad; por eso quiso ser el más fino en respetar a su Criador.

Esta consideración deben tener todos los señores, que han recibido más de Dios y que deben más, y los buenos respetos que deben tener por su nacimiento con nadie mejor los han de guardar que con quien les dió buen nacimiento. Recibieron de Dios más honra en su noble sangre; recibieron más hacienda en sus estados. Pero el mal es que muchos de ellos hacen con estos beneficios mayores injurias a su mayor bienhechor. A la honra convierten en soberbia y a la hacienda en vicios, por lo menos en materia de muchos, y en lugar de adorar más a Dios, quieren ser ellos adorados, y con esta presumpción y altivez se abaten a tal bajeza con sus viciosas costumbres, que les fuera mejor ser esportilleros, ocupados en su

26 Acerca de los esportilleros puede verse lo que Cervantes dice en *Rinconete y Cortadillo*, cuando los dos

trabajo, que no ociosos con su regalo, porque si éstos llevan cargas, ellos están más cargados de pecados con la licencia que se toman con su presumpción y con la materia que les dan sus riquezas, olvidados de Dios, y aun olvidados de ser hombres. Y aunque V. S. no entra en esta clase, no son buenos resabios querer ser más servido que Dios. Si no se quejó hasta ahora Jesucristo de que V. S. no le acompañase cuando le encontró, ¿para qué se ha sentido V. S. tanto porque un criado le dejase de acompañar por acompañar al mismo Cristo? Los buenos respetos, tan debidos en los señores, se han de guardar principalmente con el Señor de señores, y ya que V. S. no los guardó con Cristo, acompañándole, los había de guardar en no enojarse con quien le acompañó. Córrase que quien tenía menores obligaciones y debía menos a su Redemptor lo hiciese con El mejor que V. S., que le debía más.

Saque de aquí cómo ha de servir a Dios, por la puntualidad con que quiere que le sirvan. Mire cómo sentirá Dios los deservicios que hace a su Criador, pues no sabe sufrir los descuidos de sus criados; cómo se enojará

muchachos toman en Sevilla tal oficio, comprando para ello "sendos costales pequeños, limpios o nuevos, y cada uno tres espuertas de palma, dos grandes y una pequeña".

7 V. pág. 84, nota 8.

el Señor por las faltas que le hace sin tener excusa, pues así se enojó por la falta de su paje, que la tenía tan buena. Acuérdese que no es más que Dios; acuérdese que es hombre y que toda la gloria que tiene por su sangre es menos que la grandeza de ser cristiano. Préciese de ser discípulo de Cristo, y conforme a su estado imite sus virtudes, y sígale. Dios le dió honra para que no fuera ambicioso, dióle rentas para que no fuera codicioso: dióle más para que le sirviese más; porque aunque los señores parece que están más lejos de la humillación y pobreza de Jesucristo, no por eso le han de dejar de seguir, y deben serle finos, como Ethaí lo fué con David; porque aunque David le estorbaba que no le siguiese en su tribulación, él más se llegaba a él, y juró de no dejarle en vida ni en muerte. Así deben hacer los señores, que aunque en su grandeza hallen algún estorbo para seguir la humildad de la imitación de Cristo, más se han de esforzar a ser sus discípulos; aunque estorben las riquezas, por eso mismo han de procurar ser más pobres de espíritu; aunque estorbe el respeto y estimación común, han

15 Ethaí, hijo de Ribaí. Era uno de los más fieles servidores de David, y se distinguió en la guerra contra Absalón. (*L. II de los Reyes*, cap. XV, vers. 20 y sigs.)

de procurar ser humildes; y aunque estorbe el uso de mandar, han de procurar ser muy sufridos; y aunque estorbe el aplauso y ocupación de la Corte, han de procurar ser devotos, y V. S. por lo menos disimule con los que lo son.

EPISTOLA XXX

A UNO QUE NO CORRIGIÓ A SU HERMANO COMO DEBÍA. DECLÁRASE EL ORDEN DE LA VERDADERA CARIDAD Y CÓMO HAY OBLIGACIÓN DE LA CORRECCIÓN FRATERNA

Doblado mal es que peque uno, no sólo cuando obra mal, sino también cuando quiere obrar bien. En esta clase está v. md., porque por caridad ha pecado contra la caridad, dejándose llevar de una falsa caridad para violar la verdadera, pues por no poner en mal a su hermano menor con sus padres, y no darles a ellos disgusto, dejó de avisarles de la inquietud y travesura con que andaba, para que lo remediasen y estorbasen el daño que ahora se ha seguido, y es, que los padres estén como muertos de pena y el hijo muerto a puñaladas, y Dios ofendido. Yo no sé de qué le sirven a v. md. sus devociones, visitando iglesias y no perdiendo sermones; débelo de hacer por cu-

riosidad, o por la música, pues en cosas tan importantes se descuida. Buena hacienda ha hecho su caridad del diablo, que como contrahace otras cosas, sabe también fingir caridades falsas y equivalentes a odio verdadero; y si fuera v. md. enemigo de esos señores, no pudiera vengarse de ellos en cosa que les tocase más en lo vivo. Maldita caridad es ésta, pues ha causado tantos males, y la verdadera caridad es tan buena, que toda está rodeada de bienes. Es un cerco de bondad tan puro, que ni en un punto toca con lo malo, porque es amor a lo bueno, y del bien, y por el bien. El amar es querer lo bueno y el bien para lo bueno y por lo bueno, de modo que no se interponga principio, ni medio, ni fin malo. Es un círculo del bien al bien, y para el bien, y por el bien. Quien tiene caridad verdadera, al momento es bueno, porque tan hermosa flor no se sustenta en raíz mala. No puede estar con pecado mortal, por lo cual dijo San Pedro que la caridad cubre la multitud de pecados, porque quita los mortales en el que la tuviere, y hace que no atienda si otros los tienen, ni en las ofensas que le hicieren, porque no repara en ellas, y si repara las disimula. Este es el sentido de este lugar, no que cubra los pecados que se ven, para que no se remedien,

como v. md. hizo; porque esto antes es contra la caridad, según lo que luego diré, y en v. md. fué impiedad contra los padres y su hermano, cuyo pecado no cubrió, antes se ha manifestado, pues por encubrirle a dos, le ha publicado a todos, pues ha sido tan notorio el escándalo y dolor que ha resultado de no haber avisado a sus padres. Fuera de hacer bueno a su poseedor la caridad, no puede estar sin mirar siempre al que es tan bueno que le sobra bondad para que por él amemos a todos, hasta los malos y mayores enemigos. No hay caridad sin amar a Dios por sí mismo, que es piélago de bondad, y por él se han de amar los hombres: gózase que los buenos sirvan a Dios y desea que los malos hagan lo mismo, a los cuales ama, porque fueron criados de Dios para el Cielo, y pueden ser buenos, y este es su deseo. Por lo cual, ayudando v. md. a que ese mozo fuese malo con encubrir su libertad a los que la habían de remediar, faltó a la caridad; y siendo esto de modo que no sólo no procuró fuese bueno, sino que cooperó a que fuese malo, tan lejos anduvo la caridad, que no topó con ella, pues no lo es cuando se quiere cosa mala o por cosa mala. Y así no se tienen verdadero amor aquellos que se quieren y se hacen amigos de otros, porque les ayuden

a algún vicio o a alguna venganza, o injusticia, o vanidad; no son todos amigos los que lo parecen, sino enemigos disimulados o falsos amigos; porque si fuera falsa amistad vender al amigo para que le quitaran la hacienda, ¿cómo puede ser verdadera acompañarse dél para quitarle los tesoros de la gracia? Falso amigo fuera quien de propósito diera de puñaladas a su amigo, y mucho más falso amigo será quien le quite la vida del alma. Esto hizo v. md. con su hermano. De aquí se entenderá otra condición de la caridad, que hace amar bienes para quien ama, y tales bienes que no le estorben el ser bueno, antes le ayuden; por lo cual los que solamente aman bienes temporales cuando son malos para el alma, no tienen caridad, ni aman, y así el que procura para su amigo el oficio honroso que ha de administrar con injusticias, el padre que procura una prebenda rica para que la goce su hijo mal inclinado, y con ella se ordene y viva con poca edificación, no es amor éste; ni tampoco es amistad procurar a uno la honra con que se ensoberbezca y la ocasión con que ofenda a Dios, y, generalmente, en esto se yerra

22 Construcción viciosa por el cambio de sujeto, como en otros lugares hemos visto.

mucho, deseando a los que se quieren bien cosas temporales, sin mirar si han de ser de daño a lo espiritual y eterno; y desta manera erró v. md. queriendo para su hermano la reputación injusta, con daño de su conciencia. La caridad es cosa muy fina y pura; no conviene con nada adulterino, está muy fundada en verdad, no mira a nada falso. Mira a los bienes verdaderos, que son los que hacen buenos; mas los temporales, como suelen hacer a muchos malos (y así en este caso son bienes falsos y males verdaderos), no los quiere si no es cuando son para bien espiritual y están limpios de toda ponzoña de malicia.

Finalmente, la caridad, no sólo ama lo bueno y los bienes verdaderos para el bueno, sino también por el bien, no interviniendo medio malo, porque en nada ha de frisar ni tocar a la

---

1 *Deseando a los que se quieren bien cosas temporales.* Cuando un verbo que llevaba en singular el sujeto, tenía más próximo a sí otro substantivo en plural, o viceversa, nuestros clásicos, contra toda razón gramatical, solían adjudicarle el número de este último. Esto sucedía especialmente cuando el sujeto era impersonal o estaba representado por otro verbo en infinitivo. "Los ciudadanos no pueden ser menos que, conosciendo el beneficio de tu padre, no te favorezcan." (Timoneda: *Patrañuelo,* patraña oncena.) "...ordenaron de ponerles juntos en Salamanca, con todos los requisitos, que pedían ser hijos suyos." (Cervantes: *La Ilustre fregona.*)

18 *Frisar,* significando *alcanzar* o *acercarse.* (V. las

malicia. En esto también hay grandes engaños, que por hacer bien a otros no reparan muchos en hacerse ellos mal. Por librar a uno que le ahorquen, juran falso que tuvo Iglesia, y al otro libran de la muerte temporal, y ellos toman para sí la eterna. Por que se ponga uno un hábito, inducen testigos falsos, con lo cual, por dar a un hombre honra, menosprecian la honra de Dios. Por festejar a un huésped hacen que quebrante con ellos el ayuno, y por que no cojan a otro en mentira, mienten ellos. Esta caridad es, no sólo necia, sino impía, ni sólo es diabólica, sino más que diabólica; porque si el diablo ha enriquecido a algunos para que se pierdan con sus riquezas, no merece él nuevo infierno por eso. Mas el que por hacer bien a otro peca

Eróticas, de don Esteban Manuel de Villegas, edición de *La Lectura*, pág. 165.)

4 El *Dicc. de Aut.*, en la voz *Iglesia*: "Se toma también por el refugio e inmunidad que da a quien se vale de su sagrado. Y en este sentido se dice *tener iglesia*, valer o no valer la iglesia."

6 Alude a las informaciones necesarias para tomar el hábito de las Ordenes militares, y en que se había de probar la limpieza de sangre del interesado. Claramente se ve que estas informaciones eran muchas veces amañadas y que los testigos que en ellas deponían no sobresalían siempre por su veracidad y buena fe. Así se explica que en gran parte de ellas unos testigos afirmaran la nobleza y limpieza de sangre del candidato, mientras otros le decían descendiente de judíos o moriscos.

gravemente, merece el infierno, por lo cual es contra sí más impío que Satanás, el cual no le puede hacer tanto daño como el pecado, si el hombre no le quiere. Esta impiedad tuvo v. md. contra su hermano y contra sí mismo, dejándole a él en pecado y v. md. cometiéndole, porque, sin duda, pecó gravemente contra la caridad, faltando a la corrección fraterna, a que estaba obligado, aun para un extraño. Culpa es ésta muy común y en que no reparan muchos, y témome que se condenan por ella algunos, porque ni reparan en cometerla ni en arrepentirse della, dejando de confesarla por no reparar como debían en su gravedad; y están tan lejos algunos de corregir las faltas de otros, que antes las aplauden o las patrocinan encubriéndolas a los que les habían de remediar, y así no reparan en el pecado, ni le reprimen, ni quieren que se cure con medicina eficaz.

Dirá v. md. que ya amonestó y riñó a su hermano, pero que no se emmendó. Esto mismo es claro argumento de cuánto faltó a su obligación, pues viendo que no se corregía por su aviso, debía, según la doctrina de Cristo, acudir a quien con potestad más superior remediase el pecado. Esto sería conforme a la caridad y conforme al Evangelio, al cual se ajuste

otra vez, pues acude a tantos sermones donde se debe explicar; y sepa v. md. que tener caridad es ser bueno, amar lo bueno, querer los bienes verdaderos y por medios buenos. Todo lo que toca a la caridad es santificado: el principio, el medio y el fin.

EPISTOLA XXXI

A UNA PERSONA MENOS ATENTA. DECLÁRASE CÓMO LA VIRTUD PUEDE HACER PRUDENTES AUN A LOS DE POCO CAUDAL

No es excusa bastante de imprudencias la que v. md. da: que no le dió Nuestro Señor más caudal ni talento natural, diciendo que la prudencia nace con uno. Mala filosofía es ésta, y peor teología. La prudencia es una de las virtudes morales que se adquiere con las

10 *Es una de las virtudes que se adquiere.* Sobre tal género de concordancia, dice Bello: "En escritores distinguidos se encuentran de cuando en cuando concordancias parecidas a ésta: "El libro de Job es uno de los más "sublimes poemas que jamás se compuso"; construcción absurda: es evidente que el relativo no reproduce a *uno* (porque eso sería decir que el libro de Job fué un poema que jamás se compuso), sino a *los más sublimes poemas,* substantivo plural que no puede menos de concordar en el mismo número con el verbo cuyo sujeto es. Cervantes dijo: "Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos "que jamás sirvió a caballero andante." Pero ejemplos de esta especie son raros en escritores de nota, y no creo que deban prevalecer contra las reglas generales y el sentido común." (Bello: *Gram.*)

buenas costumbres, y no don de la naturaleza, sino beneficio de la gracia, con la cual la podemos adquirir. No es virtud nativa, sino adquirida, cuando es verdadera prudencia, y no astucia y malicia. No hay virtud que nazca con uno; porque más pobre, desnuda y necesitada nace el alma que el cuerpo: y como el cuerpo nace sin ornato ni vestido, así también, en cuanto al alma, nace el hombre sin virtudes, con esta diferencia: que al cuerpo le dan luego vestido, pero las virtudes el alma misma las ha de adquirir. Verdad es que la capacidad natural es buen fundamento para la prudencia, pero no es ella la prudencia, porque ésta es virtud que se adquiere y puede estar aun en sujetos de menos capacidad, y como el necio callado parece prudente, si llega a ser virtuoso, ya lo será. Adquiere la prudencia con la experiencia, con el estudio, con la noticia y lección de varias historias, con la buena intención y sobre todo con la buena vida; de manera que la virtud de la prudencia está tan lejos de ser don natural, que ha menester para llegar a ser perfecta muchas virtudes adquiridas, mucha bondad en la voluntad y en la vida, y así es más difícil de alcanzar que muchas otras virtudes, y el mejor modo de adquirirla es por las mismas virtudes y el santo temor

de Dios; por lo cual dijo el Espíritu Santo que este temor era el principio de la sabiduría, y Aristóteles juzgó por necesario requisito de la prudencia (aunque es virtud intelectual) una buena voluntad, para la cual, y para la verdadera prudencia, ninguna cosa ayuda más que la doctrina de Cristo. Y así, cuando nació este Señor, celebraron los ángeles esta buena voluntad en los hombres, prometiéndoles a los que la tenían la paz que les traía su Salvador con su santa doctrina, la cual es madre de toda buena prudencia y da sabiduría a los rudos y entendimiento a los pequeñuelos; y así, entre los inmensos beneficios de la Redempción, debemos grandemente estimar éste de la doctrina de Cristo, y como agradecemos la Encarnación, la Pasión y la institución del Santísimo Sacramento, le debemos dar gracias muy entrañables por su divina enseñanza, y aun se había de celebrar con particular solemnidad; pero faltamos a su agradecimiento, porque tenemos falta de su estimación, y mucho mayor de su ejecución, con harto daño nuestro, así temporal como eterno. Parece que nos corremos de agradecer aquello de que no queremos aprovecharnos, mas el beneficio no pierde su grandeza porque nuestra vileza sea pródiga de su bien, despreciándole. Es de tan gran

importancia este beneficio de la doctrina de Cristo, que no se contentó este Señor de encargárnosla por su boca y divinas palabras, sino también con su ejemplo y obras muy a costa suya, de modo que nos la encargó y enseñó dos veces: una con sus sermones celestiales, otra con sus penalidades y humillaciones y con su misma muerte. Para redimir al género humano no era necesario que Cristo padeciese, y así, el exceso de tan gran fineza como fué padecer y morir, fué para encomendarnos más su doctrina y facilitárnosla con su imitación; por lo cual, aunque no fuera de tan summa importancia, debía ser estimadísima por tan singular fineza.

Viniendo, pues, a nuestro propósito, no hay cosa que facilite más esta dificultosísima virtud de la prudencia, como la doctrina de nuestro Salvador, lo cual hace de muchas maneras. La enseñanza moral del hijo de Dios se viene a resumir principalmente a una perfecta pobreza de espíritu, humildad, paciencia, castidad, mortificación, desprecio del mundo, oración, caridad, pureza de intención y obediencia. Pues quien tuviere esto adquirirá prudencia de muchas maneras. Lo primero, disponiendo con la mortificación la voluntad y el corazón, para que con la fuerza de sus pasiones desordenadas no

turben la razón. Lo segundo, enderezando el entendimiento con la pureza de intención y caridad. Lo tercero, quitando ocasiones de imprudencias, con la humildad, castidad, pobreza de espíritu y paciencia; porque ordinariamente donde los hombres más se pierden y pierden el juicio es por la hacienda y vano pundonor, sensualidad y arrogancia, y quien tiene aquellas virtudes está libre destos escollos de la codicia, sensualidad, soberbia y cólera, con que se dementan los más astutos. Lo cuarto, mereciendo con la caridad que Dios le asista y encamine sus acciones. Lo quinto, disponiéndose en la oración para que el Señor le alumbre. Lo sexto, quitando con tan sólidas virtudes los impedimentos a las inspiraciones de los santos ángeles. Lo séptimo, aunque no haya luz clara en el entendimiento, por un maravilloso modo de tino o instinto con que se va connaturalmente a lo bueno y lo mejor un alma tan bien dis-

1 *Pues quien tuviese esto adquirirá prudencia... para que con la fuerza de sus pasiones desordenadas no turben la razón.* V. pág. 177, nota 1. Mentalmente, Nieremberg veía en el pronombre *quien* un colectivo, como lo eran a menudo *cada uno, ninguno, todo, lo que,* etc. (V. Hanssen: *Gram. hist.,* pág. 185.)

6 *Donde* significa aquí *de donde* o *por lo que.* Comp.: "Que así como el primer movimiento no es mano del hombre, así el primer yerro; donde dicen que quien yerra e se emienda", etc. (*La Celestina,* auto sétimo.)

puesta y libre de pasiones, sin tener necesidad de refleja ni mucho discurso. Esta es la causa que algunas personas sencillas y de poco entendimiento no sólo obren prudentemente, sino que aconsejen acertadamente, porque la inclinación virtuosa les lleva luego a lo mejor, y en estos tales parece que se cumple lo que dijo Cristo: "Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas"; porque tienen el efecto de la prudencia, que es el acierto, junto con la paz de la simplicidad de las palomas, haciendo en ellos aquel modo de instinto, o tino, lo que en los muy resabidos podía hacer la especulación; y así tienen lo bueno de la prudencia de serpientes, que es el acierto, y de la simplicidad de palomas, que es la candidez y quietud del ánima. Lo octavo, con la compostura de buenas costumbres gozan del bien de la fe, conservándola con vida y viveza, mirando las cosas con ojos superiores, que son los de la fe, que dan en el punto de la verdad, y no por los sentidos engañosos. Lo nono, porque con la

---

2 *Refleja*: detenida consideración sobre un objeto.

3 *Es la causa que* o *es la causa por que* solía escribirse, más bien que *es la causa de que*. "...las resacas de la mar de que en Málaga estorban a veces el cargar, y las mesmas el descargar en Adra, fué causa que las galeras no proveyesen de tanto bastimento y tan a la contina." (Hurtado de Mendoza: *Guerras de Granada*.)

pureza de conciencia se disponen y desembarazan de todo estorbo para ser movidos del Espíritu Santo por medio de los dones, de los cuales los más tocan a la prudencia, como son don de sabiduría, don de sciencia, don de entendimiento y don de consejo. Lo décimo, no sólo se disponen para lo sobrenatural, sino también la misma capacidad natural despiertan, y avivan el entendimiento con templanza, que les ocasiona la mortificación, con la abstinencia, sobriedad y castidad. Lo undécimo, por la humildad se hacen capaces de admitir consejo, que no es pequeña parte o suplemento de la prudencia. Ultimamente, en la obediencia tienen una gran equivalencia de summa sabiduría, pues guiándose por ella no pueden errar. Por tantos modos ayuda la doctrina de Cristo a la prudencia verdadera, disponiendo para ella natural, connatural y sobrenaturalmente, por lo cual debía ser más estimada y practicada de lo que es, fuera de otros grandes bienes que nos causa. Ella da gran paz al alma, libra de pesadumbres, quita muchos peligros de este mundo y estorba grandes daños.

Estimemos, pues, este gran beneficio de la doctrina de nuestro Redemptor, siquiera por haber bajado del Cielo, y por medio de una persona divina, no de un ángel ni de otro hombre.

La carta que envió Elías desde el Paraíso para el rey Joram, hasta hoy causa maravilla. ¿Qué espanto y veneración causaría entonces? La ley del Decálogo, que promulgó San Miguel, se estimó tanto con ser cosa tan sabida, antes sólo por venir de tal mano y promulgarla en nombre de Dios, que para guardarla con respecto fabricaron el más sumptuoso templo que se ha visto en el mundo. ¿Con qué respecto y observancia debíamos guardar la ley evangélica, que vino del Cielo, no por mano de ángel, sino de Dios Omnipotente, que no quiso escribirla en tablas de piedra, sino que la escribiésemos en materia más preciosa, que es nuestros mismos corazones? David dijo, hablando de la ley escrita, que el testimonio del Señor es fiel y da sabiduría a los niños. Pues si el testimonio de la ley, que no contenía más alta doctrina que la observancia de la ley natural, era bastante para dar sabiduría, el testimonio que nos dió inmediatamente el mismo Dios de la más celestial doctrina que se puede desear, bastante será para dar prudencia. No llamó David al

1 La carta que Elías, ocho años después de llevado prodigiosamente de la tierra al Cielo en un carro de fuego, envió á Joram, rey de Judá, anunciándole un terrible castigo por sus maldades.

14 *Materia más preciosa, que es nuestros mismos corazones.* V. pág. 38, nota 14.

testimonio del Señor *verdadero,* porque esto ya se supone, sino *fiel,* porque contiene en sí muchas promesas de bienes, que se cumplirán, a los que guardaren su ley, y en los verdaderos imitadores de Cristo serán muy cumplidos y copiosos, aprovechándose de su doctrina divina.

EPISTOLA XXXIV

A UNO QUE NO SE CONTENTABA DE NADA, Y ERA MAL SUFRIDO. DÍCESE CÓMO LA VIRTUD PUEDE DAR CONTENTO ENTRE ADVERSIDADES

No viene bien tratar tanto de virtud y tener tan mala condición. El que tiene mala condición, no suele dejar de hacer mal y de padecerle; mas la virtud es contra uno y otro. Detiene para no hacer mal, y excusa para no sentirle. V. md. no se contenta de nada, y la virtud se contenta con sí sola: es de tan buen contentar, que aun en medio de los mayores tormentos no está descontenta. No digo en esto lo último de la perfección evangélica, sino un principio de la filosofía estoica. Y no hará mucho un cristiano, a vista del ejemplo de la mansedumbre y paciencia de Cristo, en ser sufrido, pues los filósofos enseñaron, a vista solamente de la razón, cuánto lo debe ser el virtuoso. La virtud natural querían muy robusta y varonil; la sobrenatural de un cristiano, ¿cuán

fuerte y sufrida debía ser? Yo no sé qué me diga de la de v. md., pues no sabe sufrir, sino que debe ser como alguna fruta, que tiene mucha cáscara y poco meollo; o su corazón es como la esponja, que tan fácilmente como recibe lo bueno, lo despide en apretándole un poco. Tenga, pues, consistencia, sabiendo sufrir mucho y disgustarse de nada y de nadie, porque si no es sufrido en niñerías, no lo será en las veras. ¡Oh, cuán extraña proposición le parecerá la que era común de grandes filósofos! *El sabio es dichoso aun en medio de los tormentos.* La cual le quiero declarar para que se confunda, según lo que acerca della sintieron los gentiles. Grandes cosas son el gozo en las obras buenas y la paciencia constante en los sucesos adversos. En ambas cosas se halla la grandeza de ánimo; pero en la primera puede ser más remisa, mas en la segunda es siempre fuerte y valerosa. No se puede dar virtud alguna sin trabajo; pero unas necesitan de estímulos y otras de freno: y al modo que el cuerpo cuando va cuesta abajo se debe detener, y cuando va cuesta arriba se debe hacer fuerza para moverse, así también algunas virtudes están como cuesta abajo y otras como cuesta

25 Como en otros lugares, hay cambio de sujeto.

arriba. Las primeras son la liberalidad, afabilidad, mansedumbre y las demás deste género. Y las segundas son la fortaleza, paciencia y perseverancia; y todo lo que vence lo arduo y trabajoso es virtud que sujeta a la fortuna Pero dirá alguno: los dolores y los tormentos son contra la naturaleza; pues ¿cómo puede haber bien alguno contra ella? Verdad es que muchas veces es contra la naturaleza aquello en lo que está el bien. Recibir heridas y sentir las llamas del fuego, contra la naturaleza es; pero conservar en medio de estos tormentos el ánimo constante y sufrido, es conforme a la naturaleza. Y para decirlo brevemente, digo que la materia del bien es algunas veces contra el natural; pero el mismo bien nunca es contra la naturaleza, porque no hay bien alguno sin la razón, y ésta siempre sigue a la naturaleza. Y son tan verdaderos estos bienes, que se pueden desear, no porque se deseen las incommodidades y daños por sí mismos, sino la virtud con que se padecen constantemente. El soldado no busca ni ama las heridas en cuanto tales, sino por la gloria que de sufrirlas con valor se le sigue, y así el varón fuerte no se ofrece sin causa y honestidad al peligro, y aunque le pueda evitar, nunca le teme, porque aquello le puede estar bien y esto no. Sabe muy

bien que estos sucesos adversos, que suelen llamar males, no los temen sino los pusilánimes. Mucio Scévola, en el tormento del fuego, estuvo constante, y aun glorioso; derribóle el suceso lo frágil, pero no le disminuyó la grandeza del ánimo, aunque escogiera hacer perfectamente su hecho con la mano sana. El sabio menosprecia todo el reino de la fortuna; pero, con todo esto, si le dan a escoger, tomará dél lo mejor, que es la medianía. Ni son para él sucesos muy desiguales gozar de las cosas prósperas y padecer penosos tormentos, si bien lo primero es malo si se hace con demasía, y lo segundo es bueno si se sufre con valor y constancia. Estas cosas temporales no las hace buenas o malas la materia, sino la virtud. Pero ¿qué mucho que nosotros digamos esto, si Epicuro dice: "Si el varón sabio es abrasado y atormentado, si es verdadero sabio, dirá sin duda: ¡Qué cosa tan suave es ésta! ¡Qué poco cuido de este suceso!" Esto hizo él mismo estando cercano a la muerte, pues dél dice Séneca: ¿Qué mucho que no parezca increíble que puesto uno en tormentos

3 Alude al acto heroico de Mucio Scévola, que puso su mano derecha al fuego, castigando el error de apuñalar al Secretario de Porsena, y no a este Príncipe, como era su propósito.

18 *Apud Tull. Tuscul., 2.* (N.)

graves diga: *Dichoso soy,* pues en la misma oficina del deleite, que era Epicuro, se oyeron estas palabras: *Dichosísimo día es este último de mi vida,* porque viéndose afligido con grandes dolores de la orina, y por otra parte con una llaga incurable y muy dolorosa en el vientre, le pareció que era dichoso acabando la vida entre aquellos tormentos, constante y sufrido? Pues ¿cómo será, dice Séneca, inaccesible esta felicidad entre los que son verdaderamente virtuosos, hallándose entre aquellos que son amigos del gusto? Pero quien esto tuviere por imposible, arguye, o mucha malicia, o mucha flaqueza, pues no juzga por posible lo que él no pudiera hacer, y así piensa de la virtud según su pusilanimidad y no según ella merece. Ultimamente, cristianice esta materia San Ambrosio, que dice estas palabras: "No se descaece el sabio en los dolores del cuerpo, ni es afligido con sus incommodidades, antes en medio de las penas permanece dichoso; porque la felicidad desta vida no consiste en los deleites del cuerpo, sino en la conciencia pura y libre de todo pecado."

Aprenda v. md. a hacer en lo poco lo que debía hacer en lo mucho; no se descontente

9 *Epist. 92.* (N.)
18 *Libr. de Jacob, I, c. 7.* (N.)

con enfado demasiado de lo que es niñería, pues debía estar contento aun entre llamas y grandes penas. Y si no, yo le mando mucho trabajo, aunque no le suceda cosa de trabajo; porque a quien no le contenta nada tendrá trabajo, y dará trabajo, y será trabajo él a sí mismo. Tendrá trabajo, pues recibirá muchas pesadumbres, y dará trabajo porque también las dará a otros, porque no es posible no enfade a muchos quien se enfada de todos. Será también para sí trabajo, pues la causa del que tiene y el que da, él es solamente con su mala condición. Y con remediarla, remediará mucho v. md.

EPISTOLA XXXVII

A UN SEÑOR RETIRADO. DÍCESE CÓMO LA VIDA ESPIRITUAL HA DE IR BIEN FUNDADA EN SANTO TEMOR DE DIOS

El retiro del cuerpo del encanto de la corte le ha salido bien a V. S., pues con él quiere retirar el alma de todo el mundo. Dícenme que todo es tratar del amor de Dios: buen medio es éste para eso, y el mejor sin duda; pero no el primero. Quisiera que fueran las cosas bien fundadas y que no se edificase sobre arena. Lo alto de la vida espiritual es el amor de Dios, y así tiene sus cimientos y principios para que dure y sea sólido, no sólo ternura y afecto, que en faltando lo dulce y tierno dél se falta en lo amargo de la mortificación y en lo trabajoso de las obras. El Papa Celestino V dijo: "Tres cosas son las que nos retiran del mal: el amor de Dios, el temor del Infierno y

18 *S. Pet. Celest., opusc. I, cap. 59.* (N.)

el deseo de la Gloria." El temor es el fundamento del edificio espiritual; la esperanza de la Gloria, las paredes, y el amor de Dios, el techo. Y nadie empieza a edificar por el chapitel, sino por los cimientos. No sin grande misterio dijo el Espíritu Santo que el temor del Señor era el principio de la sabiduría, esto es, de vida virtuosa y santa. Por esto quiero aconsejar a V. S. use de tales consideraciones que le fortalezcan en el temor santo de Dios, y vaya bien fundado su amor con firmes cimientos; y porque cave hasta lo más profundo, que es desde su nada, medite primero la consideración del fin para que le crió Dios, siendo nada, que es el principio y fundamento sólido de la vida espiritual, y para que esto vaya con más firmeza, acompañe estas contemplaciones con la mortificación. Una casa no estaría bien segura, si por un lado solamente estuviese fundada sobre piedra y por el otro sobre arena movediza, porque por esta parte vendría a dar en tierra; así también no basta para la firmeza del edificio espiritual la consideración de las verdades de la fe, que nos causan temor, si por otra parte el afecto está cebado en el regalo. La oración y la mortificación han de sustentar este edificio, y no basta que el temor de Dios tengamos en lo interior, si no llega a las-

timar nuestro cuerpo, y enclavar sus apetitos conforme a lo que pedía David: "Enclava, Señor, con tu temor mis carnes." Y así V. S. tema todo regalo, huya de los corporales y no busque los espirituales, sino el servicio de Dios únicamente; de aquéllos no se fíe, y en éstos no fíe de sí, que no están sin peligro a los que estuvieren poco fundados en humildad; porque advierte muy bien Guillelmo de Santo Teodoro que muchas veces un alma principiante, y que está por desbastar, es levantada a un afecto y modo de orar que se suele dar por premio a los perfectos. Lo cual, cuando acontece, es, o para condenación del que ya no puede ignorar (si fuere negligente) lo mucho que menosprecia y pierde, o que, provocada el alma con este afecto de caridad y la fe de nuestras postrimerías, despierte en sí mayor llama de amor, correspondiendo y saliendo al encuentro a la gracia, que se le entra por las puertas. Pero la lástima es que se engañen en esto muy muchos; porque como sean mantenidos con el pan

10 *In judices.* (N.)

21 *Muy muchos.* Comp.: "Muy muchas cosas hay dignas de remedio, que no pueden ser sabidas inmediatamente por los jueces, por muy vigilantes que sean." (Avila: *Epistolario espiritual,* edición de *La Lectura,* pág. 178.)

No solamente *muy muchos,* sino *muy bastantes* se decía: "De todo pudo el granadino dar muy bastantes señas." (Doña María de Zayas: *El prevenido engañado.*)

de hijos, presumen luego ser tales, faltando ya en lo mismo donde debían aprovecharse en la gracia del Señor que les visita. Envanécense pensando ya ser algo, no se enmendando con los beneficios, sino endureciéndose; porque cuando el buen Padre apacienta a los siervos con la más preciosa substancia de su gracia, para que procuren hacerse hijos, ellos, usando mal de la gracia, se hacen sus enemigos, y como desde la oración se vuelven a sus negligencias, dicen, ya que no con la boca, con la presunción de su corazón, aquellas palabras de la mujer de Manue: "Si el Señor nos quisiera matar, no recibiera sacrificio de nuestras manos." Como si dijeran: Si no fuéramos muy queridos de Dios, no nos visitara con tanta dulcedumbre de gracia. V. S. se aproveche desta doctrina y procure más el sentimiento de la contrición que el gusto de la devoción.

13 *Libro de los jueces,* cap. XIII. Manue, de la tribu de Dap y de la ciudad de Saraa, fué padre de Sansón.

EPÍSTOLA XXXIX

A UNO QUE, APRETADO DE DOLORES, QUERÍA TUVIESEN DÉL MUCHA COMPASIÓN. DECLÁRASE CUÁNTO BIEN SEA EL PADECER, SI UNO SE APROVECHA DELLO

Que sienta v. md. sus grandes dolores y muchos achaques, aunque no es virtud, tampoco es vicio; no es perfección, pero ni culpa hay en ello. Naturaleza es, con lo cual se puede compadecer la virtud, pues mucho sentimiento puede estar con otro tanto sufrimiento, y con éste la gloria de la paciencia, la cual es tan gran virtud que es fundamento de otras muchas. Pero que quiera v. md. que todos sientan también sus males, y que no hagan otra cosa sino lastimarse dellos y exagerar lo mucho que padece, es mucho querer; o pasa a vicio o a sospecha dél. Parece que es buscar aplauso de su paciencia. Mejor fuera quererle de sus dolores, por los cuales, si los mirara con los ojos de la fe, no había de querer que se lastimasen,

sino que se holgasen todos, y los que más exagerasen su miseria, no les había de agradecer tanto la compasión que le tienen por sus males cuanto se podía quejar porque no se huelgan de su bien, ni le dan la norabuena de su dicha. Como oye a muchos decir: "Pésame que padezca v. md. tanto mal, lástima es que dure tantos años enfermedad tan penosa", se había de holgar que dijera alguno todo lo contrario: "Gózome que padezca v. md.; alégrome que tenga que ofrecer a Dios"; y había de desear oir mil norabuenas de los males de su cuerpo, y que le dieran parabienes de lo que Dios hace para provecho de su alma. Sólo le pueden dar el pésame de que no se aproveche dello. En esto sólo ha de querer que se compadezcan de v. md. y le tengan lástima; de lo demás no, porque es un gran beneficio que Dios le ha hecho, y téngale por tal y estime por gran dicha, y tal, que encierra en sí grandes bienes y muchos. Sólo apuntaré algunos. El que padece se hace más semejante al Hijo de Dios. Bien puede uno por esto recibir parabienes. Esta es dignidad, no delante de los hombres ciegos, sino de los ángeles. Esta es ventura, no de la tierra, sino del Cielo y para el Cielo. No dejará

1 Omitida la preposición *a*. V. pág. 66, nota 14.

Cristo de mirar con muy benignos ojos a quien le es su semejante y padece con El, porque con poco que haga de su parte, Cristo le favorecerá mucho. Ventura grande fué del buen Ladrón padecer con Cristo: con muy breve petición alcanzó más de lo que pensaba, y en un mismo día se halló con Jesucristo en la cruz y en el Paraíso.

Gran suerte es del que padece tener más hecho para que le oiga Dios; pues aun antes que padeciese Cristo, cuando no había conformidad con su Pasión, dice David que Dios le oyó cuando en la tribulación clamó a él. Si esto fué en aquel tiempo antiguo, ahora tiene el padecer mayor prerrogativa con la compañía de Cristo, con la semejanza de su Pasión y con su intercesión muy favorable. También es grande dicha que el que padece acompaña a la humanidad de Cristo, y al paciente le acompaña la divinidad de Dios, el cual dijo por el Profeta: *Con él estoy en la tribulación.* El andar cerca del rey se tiene por honra; el estar más cerca de Dios, ¿cuál grande favor será? Bien puede, según esto, recibir el paciente norabuenas. Pues ¿qué diré de la honra que es glorificar a Dios en la tribulación y trabajos? San Crisóstomo dice que Dios glorifica a los santos en el Cielo; pero los que padecen en

la tierra glorifican a Dios, dándole gracias por sus penas y alabándole por sus trabajos. Destas dos cosas, gloria de Dios y gloria del hombre, va mucha diferencia; y pues no hay cosa mayor que la gloria de Dios, gran dicha es de un hombre el tener más parte y ocasión para dársela, como la tiene el que padece con su amor y por su amor: gran dicha es la de aquel que padece con agradecimiento y amoroso afecto a Dios, pues si en el Cielo pudiera haber envidia, la tuvieran del que así padece. Con razón, pues, podrá recibir los parabienes, pues tiene tal bien que lo estiman los mismos bienaventurados, y el mismo Señor de la bienaventuranza dió nombre de bienaventurados a los que padecen, los cuales sin duda, si se aprovechan de su estado, participan lo bueno o lo mejor de cuantos buenos estados hay de los justos, que son los que están en la Gloria, los que están en el Purgatorio y los viadores de

17 *Participar*, construído sin preposición: "Participa el agua las calidades buenas o malas de las venas por donde pasa." (P. Baltasar Gracián: *Oráculo manual y Arte de prudencia.*)

20 *Viador.* La criatura racional que está en esta vida y aspira y camina a la eterna: "Porque de los dos caminos eligiesen el primero en esta vida, que éste es el de los viadores, y dejasen el segundo hasta la eterna, que es ya el de los comprehensores." (Palafox: *Excelencias de San Pedro,* lib. II, cap. XVIII.)

la tierra. Del Cielo tiene el que padece como debe, no sólo el glorificar más a Dios ni sólo el gozar de divinas consolaciones, pues al paso de los trabajos suele dar Dios los regalos, sino también tiene a lo mejor del Cielo, que es a Dios, pues el mismo Señor se precia dello, diciendo que está con el atribulado. Del Purgatorio tiene el pagar sus pecados con mucho menores penas, en lo cual es de mejor condición que las almas del Purgatorio, porque ellas pagan por sus pecados con tormentos gravísimos y muy largos, y sin merecer nada en ellos; mas el que en esta vida padece por Cristo, con uno puede pagar por ciento, con lo cual abrevia más la satisfación, y juntamente merece, y así tiene también, lo mejor desta vida, lo cual es merecer la otra; porque con la paciencia se aumentan los méritos y con otras muchas virtudes que ocasionan los trabajos. Cada una de estas desdichas es un montón de dichas, y así no se les deben pésames, sino parabienes. Demás de esto, tiene el padecer otro gran bien de la tierra, que es estar uno más retirado del mundo, y más incapaz de su trato y vanidad. También el estar más desengañado, más mortificado, más humilde y privado de gustos, y por consiguiente de culpas y de ocasiones dellas. Tiene también más memoria de

Dios y ejercicio de conformidad con su santísima voluntad, en lo cual hay grande mérito y también consuelo, pues experimenta la particular providencia de Dios para con su alma, que la quiere purificar de su mano. Por esto bien podrían dar a v. md. la norabuena, y de que no se aproveche dello ni corresponda le pueden dar el pésame y rogar por él a Dios no le comprehenda aquella sentencia de Celestino V: *Maldito el hierro que, limándole, se llena de orín, y el grano que, aventándole, coge más polvo. Tal es el que con la tribulación se hace peor.* El mismo dice: *La tribulación es como el agua, que a la pared de piedra la limpia, y a la tapia de tierra la desmorona.* A quien sufre y es constante como una peña, purifica la tribulación; pero quien es muelle y dado a las cosas de la tierra, le puede hacer daño, por aprovecharse mal della. Dios me libre de esto, y por lo demás le pueden dar todos muchas gracias y

8 *Y rogar por él a Dios,* dice Nieremberg, en vez de *y rogar por V. md.* El pronombre *él* tiene valor de segunda persona. Tal en varios lugares del *Epistolario espiritual,* del Beato Juan de Avila, anotados en la edición de *La Lectura,* como es el siguiente: "Y si V. S. pregunta, ¿qué pensaré para que me dé gana de llorar mis pecados?, dígole yo que lo principal sea que por lo que él hizo mataron a su Padre, que es Cristo."

9 *S. Petr. Celest., opusc. 4, cap. 4.* (N.)

11 V. pág. 49, nota 5.

13 *Ibidem.* (N.)

v. md. se las dé. Concluyo con decir que se puede consolar trayendo a la memoria lo que dice el Santo Pontífice: "En esta vida perdona Dios a los malos, pero no perdona a los escogidos. En la otra vida perdona a los escogidos, pero no perdona a los malos. Dos heridas tiene Dios muy diferentes: una con que somos llagados en la carne, para que nos limpiemos; otra con que somos heridos en el alma, para que amemos a Dios más ardientemente. Los santos verdaderos más temen las cosas prósperas que las adversas, porque a los siervos de Dios la prosperidad les abate y la adversidad les enseña. Todos los que te son contrarios, lo hacen con consejo divino. Todas las cosas que te suceden no vienen sin la voluntad de Dios."

3 *Opusc. I, cap. 55.* (N.)

EPÍSTOLA XLI

A UNO QUE SE QUEJABA MUCHO DE LOS DAÑOS QUE LE HACÍAN. NÓTASE CÓMO MUCHOS SE QUEJAN DE OTROS, SIENDO ELLOS LOS QUE SE DAÑAN. TRÁTASE CUÁLES SEAN LOS DAÑOS VERDADEROS Y LOS AUTORES DELLOS

La materia de daños es sciencia escondida: muchas veces no se siente el efecto ni se conoce la causa. Quéjase v. md. que muchos le han hecho gran daño: de las quejas estoy cierto, de los daños, dudoso, y de la causa, certísimo, y es la que menos imagina.

Quéjase que en su pretensión le hizo daño un secretario, y que en su pleito le hizo mal ofició el juez, y que en su enfermedad le erró la cura el médico; siendo así que de todo esto tiene la culpa v. md., pues la pretensión no fué proporcionada, ni el pleito justificado, y la cura fué desreglada. Púsose a pretender sin méritos,

19 *Desreglada.* "Rabiaba de seá de sus desreglados apetitos, con grande amargura de murmuración." (P. Gracián: *Criticón,* tercera parte, crisi III.)

y a pleitear sin derecho y a curar con excesos, haciendo muchos sin que nadie le pudiese ir a la mano. En casa tiene la causa de sus daños, no ha menester buscarla fuera. ¡Oh, cuán fácilmente calumniamos a otros por las injurias que nosotros nos hacemos, y acusamos por reos de nuestras penas a los que no tienen culpa dellas! Dos engaños padece v. md. en esta parte: uno en llamar daños a estas cosas, otro en errar la causa dellos. Sin razón infama con nombre de daño a la repulsa de su pretensión, no sabiendo que si la consiguiera había de ser para bien, antes, a lo que se puede entender, le había de estar mal, y fuera causa de muchos cuidados, ocasión de envidias y riesgo de culpas, faltando a su obligación y conciencia. Y ¿por qué llama daño a la pérdida de un pleito injusto, pues el juez le excusó de tan gran carga como la obligación de restituir? Ni tampoco puede saber si le ha estado mal haber estado algunos días en la cama; antes parece le estuvo bien, pues si estuviera levantado se perdiera con su cuñado en la pesadumbre que tuvo. No es daño todo lo que duele, sino lo que no

13 Hoy, so pena de dar a entender precisamente lo contrario de lo que se desea, sería necesario expresar así este pensamiento: "No sabiendo si, consiguiéndola, había de ser para bien", etc.

se sufre bien o se obra mal; y así cada uno es causa de su daño, cada uno se es escándalo a sí mismo. Para esto quiero traer á la memoria aquel admirable sentimiento que San Juan Crisóstomo prueba con su excelente discurso, y es éste: "Nadie recibe daño sino de sí mismo." Desta sentencia se infiere un desengaño y se declara otro. Bien claramente se dice que uno es causa de sus daños. Lo que se colige es, que el verdadero daño es sola la culpa, o si hay otros daños vienen por las culpas. No son verdaderos daños los que no son verdaderos males: la pobreza que se tiene, ni la injuria que se oye, ni el golpe que se recibe, no son males, pues a muchos ocasionan grandes bienes, y se hallan en los buenos, y les suelen hacer mejores, y aunque carguen todos juntos sobre uno, no por esto le hacen malo, y así ellos no son males. Sólo el pecado, que hace malos, es mal verdadero, el cual no me puede hacer el vecino si yo no le consiento con mi voluntad. No está el mal en las adversidades, sino en su uso; si se llevan mal nos estarían mal, pero este daño no le traen ellas consigo. Nosotros le formamos con ellas, por nuestra imprudencia o impaciencia, de modo que no está el daño en recibir injurias, sino en usar mal dellas. No está en padecer penas, sino en llevarlas mal. El daño

no es veneno ajeno, sino ponzoña propria. No le escupe el enemigo, sino le engendra el corazón de cada uno. No es desdichado quien padece, sino quien peca es miserable, y entre grandes desgracias y penas dijeron los filósofos que podía uno no recibir daño y aun ser bienaventurado. Si esto sintieron los gentiles, ¿qué debe decir un cristiano? De Marco Régulo, aunque fué atormentado de los cartaginenses, siente Tulio que no recibió daño dellos, antes le califica por dichoso, por lo cual dice: "Nunca tuve por hombre que recibió daño a Marco Régulo, ni por desdichado ni miserable; porque la grandeza de su ánimo no fué atormentada de los cartaginenses, ni su gravedad, ni fe, ni constancia ni otra virtud alguna, ni, finalmente, su mismo ánimo, que con la guarnición de tantas virtudes no pudo ser lastimado, aunque rasgasen su cuerpo. Vimos a Cayo Mario, que en la prosperidad fué uno de los muy

8 Marco Régulo, el general romano que, prisionero de los cartagineses, obtuvo condicionalmente la libertad para acompañar a los delegados que habían de solicitar en Roma el canje de presos, y después de hablar en el Senado y aconsejar a los romanos que rechazasen aquella proposición, volvió a Cartago, en cumplimiento de su palabra, y fué víctima de crueles suplicios.

10 V. pág. 158, nota 12.

11 *Cicero in Paradox.* (N.)

19 Cayo Mario, el famoso caudillo rival de Sila en sus luchas por el gobierno de Roma.

dichosos, y en la adversidad fué uno de los summos varones, cosa que a ningún mortal le puede suceder cosa más bienaventurada." Todo esto es de aquel gentil que no tuvo por daño las desgracias y desdichas que suceden a los que las llevan bien. Más es que Anaxágoras no juzgó que recibía daño aunque le molían en un pilón el cuerpo, como un boticario muele en el almirez los polvos; decía entonces este filósofo: "Machacad, machacad la piel de Anaxágoras, porque Anaxágoras no recibe daño." De modo que el verdadero daño no está en las penas desta vida, sino en el uso de ellas, cuando por las penas se comete culpa. El vicio es daño y trae daños, mas la virtud privilegia dellos. Por esto dice Cicerón: "Como ningún malo y necio puede pasar bien, así ningún varón bueno, sabio y fuerte puede ser miserable, cuya virtud y costumbres son dignas de alabanza; no puede dejarse también de alabar su vida, ni se ha de rehusar la vida que es digna de alabanza, y si fuera miserable se pudiera huir. Y así, todo lo que es loable, será dichoso y próspero, y se debe apetecer." De modo que

6 *Más es que Anaxágoras.* Expresión elíptica. Quiere significar: "Más extraordinario, más asombroso es que Anaxágoras", etc.

16 *In Paradox.* (N.)

el que padece daños sólo es digno de vituperio por sus culpas. La substancia de la desdicha en el vicio está que cada uno fomenta, no le causa el vecino. La substancia del mal y la esencia del daño verdadero, en el pecado está de que es cada uno causa. Y aun si hablamos, no de la substancia del mal, sino de los sucesos adversos y penalidades de la vida, más comúnmente es cada uno causa de las que padece, que no su enemigo, pues sus culpas merecieron todas esas penas, y aun mayores, y si quitara pecados, disminuyera castigos.

No sólo las culpas para con Dios nos son verdaderos daños, pero también para con los hombres nos causan los que llamamos así. Danle a uno una herida, y es porque habló mal a otro. Danle una pesadumbre, y es porque usó de mal término. No le hacen el beneficio que a su vecino, y es porque no es agradecido. Súfrenle menos que a otros, y es porque tiene peor condición. Fuera desto, nuestras imprudencias y yerros nos meten donde recibimos muchos pesares, como también nuestras pasiones nos empeñan en cosas de donde hemos de salir descalabrados. La ambición y codicia nos meten por puntas de lanzas, y es milagro no herirnos a cada paso. ¿Qué es entrar en una pretensión donde nos mete la ambición, sino

entrar en una pendencia donde muchos se acuchillan sobre una sola prenda que sólo uno ha de llevar, y todos los demás quedan lastimados? ¿Qué es una negociación que introduce la codicia, sino embarazarse en tiempo de tormenta, donde un viento contrario da con todo al traste? Desta manera, siendo uno causa de sus daños, de todos se queja, y sólo de sí está satisfecho, siendo él reo contra sí mismo, y el mayor enemigo, y el que se daña. Con esta ignorancia añadimos daños a daños, y por librarnos de unos, doblamos otros. Por remediar nuestras penas, aumentamos culpas, injuriando a otros por defendernos a nosotros. Muchas penas hallará quien no halla en sí culpa, y quien no se queja verdaderamente de sí dará muchas quejas falsas de otros. Abramos los ojos y creamos ser de fe lo que dice la Sagrada Escritura: *Tu perdición de ti es.* Esto nos había de conservar mansos con los otros y humildes en nosotros mismos, y juntamente el ver que no es la misma razón del daño que del provecho. De su verdadero daño cada uno es causa principal, mas no de su verdadero provecho, porque déste lo es Dios. Nuestra perdición es de nosotros, y nuestra salvación, del Señor. Para obrar bien es necesaria la gracia divina, pero para pecar basta nuestro albedrío:

él sobra para hacernos daño. Dé v. md. menos quejas de los hombres por los daños que tiene y más suspiros a Dios por la virtud que le falta, para que, alcanzándola, asegure la salvación con su gracia, libre de los daños eternos.

EPISTOLA XLIV

A UN SEÑOR OBISPO, EN FAVOR DE UN VIRTUOSO. NÓTASE CÓMO LA VIRTUD ES LA MEJOR CARTA DE RECOMENDACIÓN

No escribo ésta por carta de favor, porque para con V. S. ninguno habrá mayor que el de la virtud, y así no intercedo por el portador, sino sólo aseguro que es persona de mucha modestia y costumbres cristianas. A la hermosura del cuerpo llamó Aristóteles recomendación de la naturaleza, porque es como una carta suya de favor. No ha de ser menos la hermosura del alma, la cual podemos con más razón llamar recomendación de la gracia, y a la virtud carta de favor de Cristo, y así San Pablo, viendo la virtud de los corintios, por la cual se movió a estimarlos más, dijo: "Vosotros sois una carta de Cristo", porque miraba su virtud como una carta de favor en que le encargaba Cristo que los estimase y metiese en las entrañas. No con otros

ojos hemos de mirar a la virtud y al virtuoso, sino como cosa muy encomendada de nuestro Redemptor, cuya sangre vemos lograda en semejantes personas. Este favor de la virtud tenga V. S. por más apretado que cualquiera otra recomendación, y en las elecciones debe tener el primer lugar. Quien da a la virtud, recibe mucho más que da; por lo menos tendrá más cierto el agradecimiento. Fuera desto dan beneficio temporal, y recibirán mayor premio eternamente. Quien da a la virtud, da a muchos; por lo menos, si da a sólo uno el beneficio, da a todos esperanzas. Aliéntanse muchos con ver a uno justamente premiado. Quien da a la virtud, da a la sangre de Cristo, de quien puede esperar, por el bien corporal que hace, el espiritual, y por el beneficio temporal, el eterno.

EPISTOLA XLV

A UNA PERSONA QUE SE HABÍA ENTIBIADO EN SU RECOGIMIENTO. DÍCESE CÓMO SE HA DE HACER EL ALMA TEMPLO DE DIOS

A un pesebre viene a parar el Rey del Cielo, porque no hay quien le reciba en la tierra. Procure v. md. recogerle en su casa, y haga a su alma casa real, porque es Rey, y casa de oración, porque es Dios. Conságrele su corazón en templo sagrado, limpio y puro. Haya en él continuo sacrificio por la mortificación, y continua oración por la presencia de Dios. Lástima es que siendo el alma del cristiano templo de Dios, le profanen tanto. Unos la hacen cueva de ladrones; otros, casa de negociación, y otros, casa pública, como dijo Hugo Foilletano. La envidia y la soberbia suelen convertir al alma de templo de Dios, en cueva de ladrones, murmurando de otros y desluciéndo-

16 *In Evang.* (N.) Hugo de Fouilloi.

los, y como robándoles sus virtudes, calumniando por vicios aun las buenas obras de otros, robándoles de muchas maneras la honra. La codicia y ambición asimismo vuelve al alma, que es casa de Dios, en casa de negociación y mercado, haciendo todo por interés y buscando trazas y modos para granjear más, no haciendo nada con pura intención, sino por su propria commodidad, no guardando buenos respetos, sino cuando interviene el de su aprovechamiento. La liviandad y regalo hacen al alma casa pública, admitiendo todo deleite, teniendo las puertas abiertas de todos cinco sentidos. Tal estrago como éste hace el vicio en las almas, profanando el templo de Dios con mayor lástima que Antíoco profanó el templo de Jerusalén; y como lloraban los judíos de ver profanado y destruído su templo, podíamos llorar tantos templos espirituales violados y profanados miserablemente. ¿Cuán grande celo mostró el Hijo de Dios por que se guardase toda reverencia al templo material que edificó

4 *La codicia y ambición vuelve el alma...* Otro caso de verbo en singular, que debiera estar en plural, con relación al sujeto. Sólo que éste aquí es doble: está representado por dos nombres en singular, y no por uno en plural. Tal en el siguiente ejemplo y en otros muchos que pudieran citarse: "...su presencia agradable y su buena plática lo merecía todo." (Cervantes: *Rinconete y Cortadillo.*)

Herodes? Con ser la summa mansedumbre, se enojó tan severamente con los que vendían y compraban en él lo que se había de ofrecer en sacrificio, que con un azote en la mano les hizo dejar aquella ocupación, huyendo de su rostro airado tanto número de gente que en aquella sazón había concurrido, cuanto fuera bastante para conquistar un mundo, y, por lo menos, Alejandro Magno, con no más numeroso ejército, le conquistó. Por eso dicen algunos Padres que éste fué, o el mayor, o de los mayores milagros de Jesucristo, pues tanta gente huyó de un hombre solo y desarmado, porque fué tal el rigor de severidad que mostró por guardarse menos respeto al templo de Dios, que asombró a todos. ¡Oh, si entrara de veras en algunas almas Jesucristo, qué ejércitos de pensamientos y deseos profanos hallaría que echar! Entre en nosotros el Hijo de Dios, y con el celo de la gloria del Padre y la reverencia de su casa santa, ahuyente de nuestras almas todo lo que no es santidad y pureza.

4 *Azote*, en su primer significado de "una correa o instrumento que sirve para azotar":

"Cuando en cualquiera ocasión
Teme el ver que me alborote,
Como si fuesen su azote
Los ñudos de mi cordón."

(Guillén de Castro: *Los mal casados de Valencia*, acto II.)

y derribe del altar de nuestro corazón el gran ídolo del amor proprio, para que seamos templos puros y consagrados únicamente al Dios verdadero, con tal limpieza, que imitase a la que hay en los Cielos; porque, no solamente debíamos guardarnos templos puros para Dios, sino hacernos cielos purísimos, para que esté y habite en nosotros con particular presencia el Criador de los Cielos y tierra. Por eso San Agustín aquellas palabras de el *Paternoster,* cuando se dice "que estás en los Cielos", entendió de las almas de los justos, que han de ser cielos, para que en ellos esté su Padre celestial. Esto procuremos, para que nazca y esté Cristo en nuestro corazón, y no halle en él la inmundicia de un establo. No haya en él el estiércol de los vicios, ni las pajas de vanidades mundanas, ni las telarañas de las trazas y marañas humanas, sino simplicidad y pureza y tres Reyes que le adoren; esto es, todas nuestras tres potencias del alma, que estén rendidas a sus pies y ocupadas en su servicio, ofreciéndole incienso de oración, mirra de mortificación y el oro de la caridad.

EPISTOLA XLVI

A UN RELIGIOSO DE MUCHA OBSERVANCIA Y PENITENCIA, QUE DESEABA MAYOR SOLEDAD. ENCOMIÉNDASE LA SOLEDAD DEL ALMA MÁS QUE LA DEL CUERPO

Yo he encomendado a Dios lo que V. P. me pregunta, y me parece que la raíz de sus deseos es muy buena y santa; pero la ejecución dellos en el modo que V. P. dice no convendrá, ni tratar dello con mudanza de religión, en que sigo para con V. P. el parecer de San Bernardo, y sepa que de algunas cosas da Dios deseos buenos y no quiere que se cumplan.

Bueno era el deseo de David de edificar templo; pero el mismo Dios le mandó que no lo hiciese. Buena la determinación de Abrahán en sacrificar a su hijo, y el mismo Dios no quiso que se ejecutase. V. P. estime los deseos que Dios le da de la soledad; pero no es tanto la voluntad divina que los ejecute con el retiro del cuerpo, como con el del alma; estése

como se está, a la obediencia de su religión y Prelados della, y busque dentro de sí todo retiro y soledad deste mundo. Las mudanzas exteriores no son siempre seguras. La interior es la que no tiene riesgo. Bueno es desear la ocasión de la virtud, pero no se ha de buscar más que la misma virtud. La ocasión de la virtud está en accidentes; la virtud, en la misma persona, y hay muchos que yerran en esto; que toda la vida andan buscando medios y ocasiones en que ser más virtuosos, y nunca acaban de serlo. Buscan la ocasión de la virtud, mas no a la misma virtud. Buscan tal lugar, tal compañía, tal tiempo, tal ocupación para servir a Dios. De modo que todo se les va en buscar modo para servirle, y nunca acaban de servirle. Buscan la virtud en las cosas, y no en su corazón. Bueno es buscar modo en qué servir más a Dios, pero no se ha de perder, entre tanto, tiempo ni punto de servirle. Busquemos servirle, y juntamente le sirvamos, y si hemos de cesar de servirle por buscar el modo de hacerlo, convendrá por ventura no buscarle, sino servirle lo que pudiéremos en nuestro estado y en la ocasión que tenemos presente, sin inquietarnos por buscar otra. Siempre nos tenemos a nosotros: sirvámosle en nosotros y con nosotros, que para esto nunca falta oca-

sión. Busquemos la virtud muy dentro de casa, de modo que esté en nuestras personas, no en las paredes de tal monasterio, o en la compañía de tales personas, o el descanso de tal ocupación. Procuremos hacernos siempre mejores, más que el buscar ocasiones mejores. Buenas las tiene V. P. Trate siempre más de veras de hacerse mejor, y retírese dentro de sí de todo el mundo, y sobre todo de sí mismo. A algunos he aconsejado vayan al paraíso de la soledad en la religión que a V. P. convida, y yo summamente venero; pero a V. P. no puedo persuadirme a hacerlo, sino que procure hallar flores en las espinas; quiero decir, que entre lo áspero de sus penitencias, halle lo suave de un total retiro.

EPISTOLA LII

A UNA PERSONA EJEMPLAR. DECLÁRASE LA FINEZA CON QUE SE HA DE ABRAZAR LA IMITACIÓN DE CRISTO

Parece que su alma de v. md. está muy enamorada de Cristo. No creo que advertidamente le ofenderá en ninguna cosa, y pienso que haría por su amor cualquiera; y lo que veo es que ha dado lo que puede de limosna, y gusta de la oración, frecuencia de Sacramentos y todas obras de piedad. Con todo eso, veo que estuvo muy sentido del testimonio que le levantaron el año pasado, y que ahora también lo está algo con la falta de salud que padece, y la estrechura en que le ha puesto el gasto de tan larga enfermedad; por lo cual echo de ver que no son las mayores del mundo las finezas que hace por su Redemptor, ni estima su imitación como debía, y para que lo eche de ver claramente, ha de saber que hay varios grados de perfección. Uno es cuando un alma no ofende a Dios, y está determinada de dar mil vidas y honras antes que ofenderle advertida-

mente en la culpa más pequeña. Otro grado es cuando, no sólo se excusan todas las culpas, sino también se hacen todas las obras a mayor gloria de Dios, estando determinada el alma a obrar en todo lo más perfecto y lo que es más honra del Señor. Sobre este grado parece que no podía haber otro tercero y más fino; pero señalóle mi Padre San Ignacio, diciendo que es cuando uno está tan amador de Cristo y tan estimador de su Pasión, e imitador de su vida santísima, que en igual gloria de Dios escogiera uno padecer, antes que gozar en esta vida. De modo que si se diera este caso, que fuese igual gloria del Señor ser uno rico o pobre, honrado o despreciado, que tuviera salud o que estuviera lleno de dolores, eligiera antes la pobreza, que las riquezas, la humillación, que la honra, las penas, que los gustos, y esto sólo por imitar más a Cristo y parecerse al Hijo de Dios, que fué varón de dolores. Estas fueron finezas muy debidas a nuestro Redemptor, el cual anduvo tan fino con nosotros, que siendo todas sus obras de igual gloria de Dios, pues le daría gloria infinita con redimirnos, así reinando como padeciendo, con todo eso escogió esto, eligiendo pobreza, tormentos y desprecios, tantos como padeció en la cruz. Esto es, según expone San Anselmo,

lo que dijo San Pablo de Cristo, que habiéndosele propuesto gozo, sufrió la cruz. Pudiera Cristo, gozando de la Majestad de Rey con mucha autoridad y grandeza, redimir al mundo, y diera con su gobierno imperial infinita gloria al Padre Eterno, y mereciera infinito; con todo eso escogió, para mayor fineza con nosotros, la muerte de cruz, tan dolorosa y afrentosa y pobre. Ya quisieron hacer Rey a Cristo, y El huyó esta honra, como otros la muerte; mas cuando le fueron a prender para quitarle la vida, El mismo salió al encuentro a los ministros de toda crueldad, como si fuera a fiestas.

Estas finezas del Hijo de Dios es razón que estimemos, imitándolas según nuestra cortedad: estimemos sus dolores, su pobreza y sus desprecios, pues El los estimó tanto, para nuestro bien, que en el último paso de su vida los abrazó con tal extremo, que no se hallará mayor. Considere uno a Cristo crucificado en el monte Calvario, y mire si es posible haberse visto en el mundo hombre más pobre, ni más deshonrado, ni tampoco ha habido quien padeciese mayores dolores. Cuando vivía en el mundo nuestro Redemptor, no tenía más que sus vestidos, y esos de pobre, sin tener otra posesión; mas en la cruz, aun déstos estuvo privado, hasta un poco de agua le faltó, y la mis-

ma tierra, que no tuvo della ni dónde asentar un pie, ni fué señor de sus manos para recibir algo en ellas. ¿Qué mayor pobreza se puede imaginar que ésta?

Pues ¿qué diré de la deshonra e infamia que padeció Cristo en la cruz, ajusticiado públicamente entre dos salteadores, con el suplicio más afrentoso de todos y con pretexto de los delitos más infames de traición, de herejía, que, no sólo infaman a los reos, sino a todo su linaje? Levantaron los judíos a Cristo, que predicaba doctrina falsa, y que quería hacerse Rey contra el Emperador romano. Fuera desto hablaban mal dél y le blasfemaban los que le debían tener mucha compasión. Después desto, en materia de dolores fueron tantos los que padeció, que no ha habido hombres que los hayan padecido iguales. Todo este exceso ¿para qué fué, no siendo necesario para la Redempción, sino para mostrarnos la fineza de su amor y despertarnos a su imitación por lo mucho que nos importan estas tres virtudes: humildad, paciencia y pobreza de espíritu? Y pues tiene v. md. tan buena ocasión para el ejercicio dellas, sea en esto fino con su Redemptor. No se contente con tenerle devoción, sino tenga su espíritu, estimando lo que él estimó para nuestro ejemplo y provecho.

EPISTOLA LIV

A UNO QUE NO RESPONDÍA AL LLAMAMIENTO DIVINO. ALÁBASE LA RELIGIÓN DE LA CARTUJA Y LA SOLEDAD

La importancia de una pregunta obliga a la fidelidad de la respuesta, y la que v. md. me ha hecho, por tocar a su alma, me parece que ha empeñado la mía para que le responda, no a su gusto, sino a la verdad. Pregunta v. md. cómo y dónde asegurará su salvación. Traidor fuera a quien hace tanta confianza de mí si le respondiera con alguna lisonja, ensanchándole el camino del Cielo y no encaminándole por la senda estrecha que va derecha hacia allá. Bien sé que su pregunta nace de alguna congoja que tiene en su ánimo, que quiere tener seguro el Cielo y gozar también de la tierra, pero mi respuesta no ha de tirar a desahogar su alma, sino a asegurarla. Quería v. md. que yo le dilatase el corazón, y aun excusarse conmigo delante de Dios, y creo

le falta poco para gustar que le engañase. Mas yo no quiero echar sobre mí esta carga, ni tengo tan poca caridad que ponga a v. md. a riesgo de condenarse por aconsejarle lo gustoso al sentido y no lo provechoso al alma. Algunos piden consejo, no para seguir el ajeno, sino para tener apoyo del suyo. Otros le piden, no para buscar lo mejor, sino para seguir lo más ancho y no lo estrecho que les dicta su conciencia. Uno de éstos es v. md., que habiéndole Dios inspirado tantos meses ha que se retire y sea religioso, porque es lo que más le conviene, quiere que le digan los hombres otra cosa. No lo espere esto de mí, pues juzgo que es vocación divina, según su natural y las circunstancias que me ha comunicado, y la continuación de tantas inspiraciones, y así le aconsejo que obedezca al llamamiento del Cielo, y entre en la santísima religión de la Cartuja, que es la más a propósito, según lo que he entendido, para su natural y espíritu, y conforme a la seguridad que desea. No le apriete el corazón este consejo, porque aunque he dicho que no pretendo desahogarle, no se me sufre el alma dejar de aliviarle, y sin duda tendrá gran alivio y desahogo si de una vez se re-

24 *El alma no se me sufre.* Un dativo pasional de los que hemos visto en varios lugares.

suelve a obedecer las inspiraciones divinas. Cuando me apretaba nuestro Señor que fuese religioso, era tanta mi congoja, que me salía a los campos de Salamanca a dar voces y gemidos; mas luego al punto que resolví ejecutar lo que Dios me inspiraba, fué increíble la paz y gozo de corazón con que quedé. Esto mismo sucederá a v. md. si con última resolución se determina ir adonde le llama Dios. Dichoso v. md. que es escogido para tener gloria en el Cielo, y tener Cielo en la tierra. ¿Qué es la sagrada Cartuja, sino un noviciado de bienaventurados, una escuela de ángeles, un ensayo del Cielo, un olor del Paraíso, un campo sembrado de gloria y regado de gracia, la cual se logra en ella felicísimamente?

Porque si miramos la gracia de la externa protección, ninguna otra religión, por más perfecta que sea, tiene de suyo más commodidad della, pues ninguna es más apartada de ocasiones y de el comercio contagioso con el mundo. Y si miramos a la gracia de la inspiración interna, la Cartuja tiene de su parte la soledad, donde habla Dios al corazón del alma (según

5 *Luego al punto.* Usadísimo. "Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas." (Cervantes: *Quijote*, parte I, cap. VIII.)

dijo el profeta Oseas), que la llevará a la soledad y la dará leche, y hablará al corazón. Aquí es tan grande la abundancia de celestial luz, que, como dice la Escritura, se sentará el solitario, y callará y se levantará sobre sí, teniendo conversación en los Cielos, levantándose sobre la naturaleza humana a ser como un ángel. Ella es como la escala de Jacob, donde suben y bajan ángeles. Tiene esta sagrada religión los bienes de la soledad acendrados, sin los daños que puede correr el solo, de quien se dijo: ¡Ay del solo! Porque tiene esta religión el gusto de la soledad y el socorro de la compañía. Tiene el ejemplo de muchos y el sosiego del solo. Tiene la superintendencia del superior y la libertad de los hijos de Dios. Tiene la guarda de la clausura y el desembarazo del yermo. Tiene el bien de la vida cenobítica y también el de la eremítica; los bienes del retiro, sin los riesgos del desierto; en ella está la soledad purificada de los peligros del solo. con tantos bienes como dice San Basilio. La vida solitaria es una escuela de celestial doctrina y una enseñanza de las artes divinas. Allí Dios es todo lo que se aprende, y el camino cierto por donde se viene en conocimiento de

22 *De laudibus eremi.* (N.)

la summa verdad. El desierto es paraíso de deleites, donde brotan las flores vistosas de las virtudes; allí campean las rosas con el encendido color de la caridad; allí las azucenas resplandecen con lo blanco de la castidad, a quienes acompañarán las violetas de la humildad; allí sobresale la mirra de la mortificación, no sólo de la carne, pero, lo que es más glorioso, de la propria voluntad, y el incienso de la continua oración siempre mana sin cesar. Por estos bienes de la soledad, preguntando uno en qué lugar se hallaría Dios, respondió el preguntado: "Ven y sígueme"; y llegando a un lugar muy solitario y yermo, le dijo: "Aquí está Dios." Porque (como dice San Eucherio) no sin razón se cree más propriamente estar donde más fácilmente se halla. El mismo Santo dice: "¿Adónde se puede echar de ver más de espacio cuán dulce es el Señor? ¿Adónde está el camino más patente para los que procuran la perfección? ¿Adónde se descubre mayor campo para las virtudes? ¿Adónde está más fácil guarda del alma para poder mirar por sí? ¿Adónde más libre la atalaya del corazón para allegarse a Dios, sino en aquellos retretes y

15 *De Laudibus eremi.* (N.)

25 Huelga decir, por muy sabido, que retrete no significaba lo que hoy, sino "la habitación más apartada y

retiros en los cuales, no sólo es fácil hallar a Dios, sino también guardarle?" Luego añade el Santo: "Esta habitación del yermo diré con mucha razón que es el asiento de la fe, la arca de la virtud, el sagrario de la caridad, el tesoro de la piedad y prontuario de la justicia." Libros enteros hacen los santos en alabanza de la soledad, retiro y reclusión de la celda, como se usa en la Cartuja; yo sólo quiero recoger aquí algunas que dice San Basilio. Sus palabras son: "¡Oh yermo, deleite y recreo de los entendimientos santos e inagotable dulzura del más interior gusto! Tú eres aquel horno de los caldeos, donde los santos niños con sus oraciones reprimen y apagan grandes incendios. Tú la fragua donde se forman los vasos del Supremo Rey, que golpeados con el martillo de la penitencia, purificados con la lima de la saludable corrección, alcanzan un perpetuo lustre y resplandor. ¡Oh celda, que eres apoteca abundante de los negociadores del Cielo! Dichoso trato y comercio, donde las cosas terrenas se truecan por las celestiales, y las transitorias por las eternas. ¡Oh celda, admirable

secreta de la casa". En varios tomos de "Clásicos Castellanos" pueden verse ejemplos.

4 V. pág. 30, nota 8.

10 *Supra.* (N.)

oficina del espiritual ejercicio, en la cual el alma del hombre restaura en sí la imagen de su Criador, y la restituye a la pureza de su principio! Tú eres causa que el hombre mire a Dios con limpio corazón, el cual, envuelto primero en sus tinieblas, no sabía de Dios ni de sí mismo. Tú haces que el hombre, puesto en lo alto de su entendimiento, vea todas las cosas debajo de sí, que como terrenas perecen, y se mira también a sí mismo, que como ellas ha de tener fin. ¡Oh celda real y tienda de Dios, torre de David, espectáculo de los ángeles, lugar de los que pelean valerosamente! ¡Oh yermo, muerte de vicios, vida y fomento de virtudes! A ti te debe Moisén haber recibido dos veces la ley; por ti Elías conoció la venida del Señor que pasaba; por ti a Eliseo le cupo el espíritu doblado de su maestro. Tú eres aquella escala de Jacob, que llevas a los hombres al Cielo y les envías ángeles que los ayuden. ¡Oh vida eremítica, baño de las almas, purgatorio de culpas! La celda es la sala donde se tiene el consejo de Dios y de los hombres. ¡Oh yermo, dichosa huída del mundo que nos persigue, descanso de los que trabajan, consuelo de los tristes, recreo del calor del siglo, repudio de pecar, cárcel de los cuerpos, libertad de las almas, aparato público de joyas ce-

lestiales, corte de senadores del Cielo, donde el vencedor de los demonios se hace compañero de los ángeles! El que se destierra del mundo es heredero del Paraíso, y el que se niega a sí es seguidor de Cristo." Todos estos bienes promete San Basilio a v. md. si se recoge a la soledad de la Cartuja, a la cual le llama Dios. Siga su llamamiento y obedezca a sus inspiraciones.

EPISTOLA LVI

A UNO QUE QUERÍA DAR DE PALOS A OTRO. DECLÁRASE CÓMO LA VERDADERA HONRA ES SERVIR A DIOS, CUYA IMAGEN SE DEBE RESPETAR EN EL PRÓJIMO

Compasión tengo a v. md. que nunca halle lo que siempre busca. No hace otra cosa sino mirar por su honra y reputación, y está tan lejos de hallarla que no sabe dónde se topa. Estima mucho la honra y no conoce cuál es, y así no encuentra lo que más solicita. Considero a v. md. como a uno que mira por unos anteojos que hay de muchos cuadrángulos, que una luz sola que tengan delante se le representa en veinte y treinta partes, y viendo tantas luces con los ojos, si va a echar mano de alguna, no topa nada, ni sabe dónde está la luz verdadera, confundiéndose con tantas aparentes. Bien confusa ha andado su presumpción de v. md. pues por mirar por la honra quiere hacer tal vileza como afrentar a un inocente, trazando

---

21 *Trazando darle de palos.* "Comp.: "A la caída del Duque de Lerma... se aumentó con el aviso que le dieron de que trazaban matarle don Juan de Vera y don Fernando de Toledo..." (*Memorias para la historia de don Felipe III*, recogidas por don Juan Yáñez, pág. 162.)

darle de palos, porque no le quitó el sombrero, siendo por sólo inadvertencia y falta de vista. A sí mismo se deshonra v. md. ofendiendo a Dios; pero honróle aquel de quien desea vengarse, pues excusa la injuria, porque ya no hace agravio, antes muestra respeto, quien se disculpa; y es ya alguna satisfación de la ofensa la excusa della. No está el resplandor de la honra ni el lustre verdadero en tantos puntillos como mira v. md. No está en que le hagan más baja la reverencia, no en que le quiten de lejos el sombrero, no en que le den títulos mayores, no en el acompañamiento de criados, no en que le sirva todo el mundo, sino en que v. md. sirva a Dios. Su honra está en que fué criado a imagen y semejanza de Dios, y sobre esto, para gozar de su Criador. Este nobilísimo fin es corona y honra de la naturaleza humana, y el medio inmediato para él (que es servir a Dios) es honra de cada particular que lo hiciere. No es éste sólo sentimiento de cristianos: los mismos infieles, que carecieron

1 *Porque no le quitó el sombrero,* es decir: porque no se quitó ante él el sombrero. Era la forma usual: "Cuando llegó cerca Su Majestad, hizo una gran reverencia, y Su Majestad, con gran demostración de buena voluntad, le quitó la gorra." (*Relación* anónima del bautismo de Felipe IV, Valladolid, 1605.)

de la fe de Cristo, lo afirman. Arístides gentil, dijo: "Grandioso y hermosísimo oficio del hombre es servir a Dios." También Filón judio dice: "Servir a Dios es grandísima gloria, no sólo mayor que la libertad, sino también más preciosa que las riquezas, y el principado, y todas las cosas que admiran los mortales." San Juan Crisóstomo, ya con mayor luz, dice: "Si fueres digno por la divina gracia de hacer alguna cosa que agrade a Dios, y fuera desto buscas otro galardón y paga, verdaderamente no sabes cuán grande bien sea agradar a Dios, porque si lo supieras, no buscaras fuera desto otro galardón; porque ¿qué mayor bien podemos desear ni pretender que agradar y dar contento a Dios?" ¡Oh, cuánta honra es haber sido criado para gozar de Dios! ¡Oh summa grandeza de este fin último del hombre, pues su medio es tan glorioso que es amable por sí mismo y podía servirnos de fin!

Tan glorioso es el último fin del hombre, que no sólo el medio que hay de parte de los hombres para alcanzarle es gloriosísimo, sino el que hay de parte de Dios para admitirnos

---

1 *Orat. pro 4. viris.* (N.)
3 *Lib. de Cherub.* (N.)
8 *Lib. 2 de compunctione cordis.* (N.)

en él, pues fué hacerse hombre. Esta honra de ser Dios hombre es la mayor honra de los hombres, la cual podían envidiar los ángeles. ¿Cómo tan grandes honores como los dichos desprecia v. md. en sí y en su hermano, deshonrándose a sí con el pecado, para deshonrar al mismo Dios con la injuria de su hermano, a quien ha querido apalear? Mire que esto sería dar de palos, no sólo a una imagen y estatua de Dios, sino a un criado del Omnipotente Rey, Señor de todo, y a un hermano de Cristo, a uno que quizá se salvará, como también es posible que v. md. se condene. Y si esto fuera (que Dios nos libre), ¿qué sería sino que un precito diera de palos a un predestinado? En lo cual mediraría el uno poco y el otro podría ganar mucho; por lo menos no es camino del Cielo dar de palos a otro, y el sufrirlos lo puede ser. Un precito con cuantas diligencias hiciere por su honor, vendrá a ser muy deshonrado: y un predestinado, aunque muera en una horca, será muy glorioso. Mire v. md. no afrente en la tierra al que reinará en el Cielo; no injurie a la imagen del Rey de los reyes. El desacato que se hace a la estatua de un emperador, es crimen muy grande; el que se hiciere a la estatua de Dios, ¿cómo puede dejar de merecer castigo? Tenga v. md. por dicho para sí (pues

ha leído mis *Obras y Días* y se acordará dello) lo que Macedonio monje envió a decir al emperador Teodosio, cuando quiso tomar cruel venganza de los que en Antioquía derribaron la estatua de la emperatriz Placila: "Decid al emperador que no sólo es emperador, sino también hombre, por lo cual, no sólo ponga los ojos en el imperio, sino acuérdese de su naturaleza; porque como sea hombre, reina sobre aquellos que tienen parte en la misma naturaleza, y naturaleza humana es fabricada a imagen y semejanza de Dios, por lo cual no destruya tan inhumana y cruelmente a la imagen de Dios, porque provocará a ira a su artífice, pues trata a su imagen contumeliosamente. Considere con cuán acerbo ánimo llevó que se haya despreciado la estatua de bronce de su mujer, y que él no es menos despreciador de la estatua de Dios, y ¿cuánto va de una imagen sin aliento y sentido a la que tiene alma y vida adornada de razón, lo cual echará de ver cualquiera que tuviere juicio? Demás desto, piense consigo que a nosotros nos es muy fácil por una estatua de metal fabricar otras muchas, pero que él no puede hacer ni un pelo de aquellos que han muerto."

1 Refiere el padre Nieremberg este hecho en el capítulo XVI de las *Obras y Días*.

Respete v. md. a su naturaleza en su hermano, reverencie la imagen de Dios. Estime en él, si no lo que es, lo que podría ser, pues puede ser siervo de Dios en la tierra y bienaventurado en el Cielo. Esta gloria de la servidumbre divina, aun cuando no es, se debe respetar. Así lo hacía San Antonio, venerando, hincadas las rodillas, a un escribano, no por lo que entonces era, sino por lo que había de ser, porque había de ser tan siervo de Dios, que muriese mártir. Por esta honra de ser siervo de Dios respetó tanto un ángel glorioso al Evangelista San Juan cuando vivía en el mundo, que no quiso le hiciese la humillación que le hacía, siendo el ángel de tanto mejor naturaleza, acompañada no sólo de gracia, sino también de gloria. Y v. md. repara en puntillos con uno que es de tan buena naturaleza como la suya, y podrá ser de mayor gracia. Cristo nuestro Redemptor, se tomó por título muy honroso el de siervo de Dios, y así dice en su nombre David: "Siervo tuyo soy, y hijo de tu esclava"; mas cuando dejando la tierra subió a los Cielos, le da el Evangelista San Juan el nombre de Señor, diciendo *el Señor Jesús*. Porque mientras está

6 *Aun cuando no es.* En otros términos: "aun cuando en realidad no es tal gloria, sino representación de la divina".

uno en la tierra no ha de hacer del señor, bástale por la mayor honra el ser siervo de Dios. Préciese v. md. desta gran gloria de servir a su Criador, y en esto ponga su honra, no en ofenderle, porque esto es vileza, es ignominia y gran afrenta. Mas el servir a Dios, no solamente es honra en sí, sino medio para otras muchas honras, por lo cual dijo David de los siervos del Señor que eran *nimis honorificati;* esto es, grandísimamente honrados; y porque viene a propósito no quiero dejar de traer a la memoria lo que sucedió al cardenal Trejo, el cual, estando en Salamanca, por sentirse ofendido de un colegial mayor, fué con un palo debajo del manteo para darle de palos públicamente; acertó a pasar por una iglesia donde vió una imagen de Cristo crucificado; acordóse entonces del perdón que Cristo nuestro Redemptor pidió, estando en la Cruz, para sus enemigos, y determinándose de perdonar al que lo

12 El cardenal Gabriel de Trejo, nacido en Plasencia, estudió en el Colegio Mayor del Arzobispo, de Salamanca. Fué catedrático en la Universidad salmantina y desempeñó después, entre otros cargos, los de fiscal y oidor en la Chancillería de Valladolid y fiscal del Consejo de Ordenes. Paulo V, a instancias de Felipe III, le nombró cardenal. Cuando, al morir aquel Pontífice, se reunió el cónclave para designar al que había de sucederle, el cardenal Trejo tuvo siete votos.

20 Con la preposición *de* se construía ordinariamente el verbo determinar: "Los nuestros, con increíble ánimo

era suyo, arrojó luego el palo y le fué luego a hablar muy cortés y amorosamente, de donde resultó que este colegial le ayudó después a que entrase en su colegio, por donde vino a tener las muchas honras que alcanzó, porque vino a ser Obispo de Málaga, Presidente de Castilla y Cardenal de la Iglesia romana. Tanto como esto premió Dios aquel servicio que le hizo; mas si dejara de hacerle, ejecutando su cólera, se perdiera para toda su vida, sin alcanzar puesto de importancia. Mire v. md. cuánto va de servir a Dios o dejar de hacerle un servicio. Gran seguridad tiene el no ofenderle, y gran felicidad el agradarle.

y esfuerzo, determinaron de salir de la fortaleza a pelear..." (P. Mariana: *Hist. de España,* l. XII, cap. XIX.)

EPISTOLA LVII

A UN AMBICIOSO QUE HACÍA NOVENAS POR ALCANZAR UN PUESTO MUY HONROSO. DECLÁRASE CÓMO HAN DE SER LAS ORACIONES PARA SER OÍDAS

Con entrar v. md. en la pretensión de tan honroso puesto, se mete en muchas inquietudes, y si le alcanza se hundirá en otros tantos peligros. Negocia por debajo de la cuerda cuanto puede, porque es tanto lo que pretende, y lo merece tan poco, que no quiere que se sepa, avergonzándose de su mismo deseo. Siempre he hablado claro a v. md. y me ha sufrido, y ahora no quiero mudar de estilo. La intención que en esta pretensión tiene, claramente es vana y desordenada, y para decirlo en una palabra, es mala y para mayor mal. No pierde diligencia con los hombres, y hace muchas con Dios, queriendo que lo que los hombres, aun-

que malos, no le dieran, por parecerles mal hecho, se lo dé el que es la summa bondad. Dícenme que hace decir muchas misas y tiene algunas novenas por esta causa. Harto mejor empleadas estuvieran esas oraciones para quitar un vicio, que para adquirir un reino. Yerran muchos en saber orar y pedir, porque no saben lo que piden. A la petición de honras respondió Cristo: "No sabéis lo que os pedís." No sabe lo que pide quien pide cosas meramente temporales, porque no sabe si le estarán mal o bien. A muchos las riquezas les sirvieron de cuchillo, y a otros las honras de lazo, y muchos se perdieron por alcanzar destas cosas lo que con más ansias pretendieron. Las peticiones determinadas y absolutas, con corazón terreno, destos bienes tan dudosos, no suelen ser oraciones ciertas, pues pueden equivaler a maldiciones porque (como sucede a otras obras buenas) las puede viciar la mala intención, y el efecto puede destruir a quien más lo deseó. ¿Qué manera de oración fuera si dijera un ladrón: "Señor, dadme unas llaves para que hurte"; o un lascivo: "Dadme con quien adultere"; o un homicida: "Dadme espada con que mate a mi enemigo"; y, generalmente, si dijera un vicioso: "Dadme, Señor, con que fomente mis vicios"? La ambición vicio es, y pe-

dir con que se cebe, no puede ser virtud, ni la oración desto es buena, sino de aquellas peticiones que dijo David: "Su oración se vuelva en pecado." El ambicioso que pide honras es como el hidrópico que pide agua; tales peticiones no admite ni conoce Dios por oraciones, por lo cual aconseja San Pablo: "Vuestras oraciones sean conocidas delante de Dios." Y David dijo: "Entre en tu acatamiento mi oración." No entra delante de Dios oración que no sea para bien, y las de semejantes vicios, como son para mal, se quedan fuera, y no llegan a los oídos divinos. Sólo cuando quiere castigar a los que tan temerariamente oran, que piden lo que ni desear debieran, permite su daño.

Es muy para reparar que cuando oraba David solía hacer dos peticiones: una, de la cosa que pedía; la otra, de que fuese oída su oración, porque sabía que no toda petición era digna oración, y él deseaba que las suyas lo fuesen. Por eso repite tantas veces en los Psalmos: "Señor, oye mi oración", o cosa equivalente. Y dél también lo tomó la Iglesia, cuando se pide en los oficios eclesiásticos, antes de la oración, que Dios la oiga, y que esté el Señor con el espíritu de los que oran; porque la oración que es toda del espíritu del mundo, no es

digna de hacerse al Señor, el cual dijo: "No queráis dar lo santo a los perros"; y no debe un cristiano cosa tan santa de suyo como la devoción y oración darla a los vicios, pidiendo con que se le alimenten; y, por decirlo así, lo que no se ha de dar a los perros, tampoco se ha de dar al demonio, y al demonio se da cuanto es para sustentar un vicio. ¡Oh, cuán bien empleadas estuvieran sus novenas de v. md. y las misas que hace decir, porque le quitara Dios toda ambición, porque despreciara el mundo, porque fuera muy humilde, porque le diera la salvación eterna! Teniendo estas cosas que pedir, que son verdaderos bienes y remedio de su extrema necesidad espiritual, ¿por qué va a pedir lo dudoso, lo superfluo y lo que es bien cierto que le ha de ser de mucho daño, y habiendo que quitar presumpción, no hay que añadir vanidad?

Gran insolencia es querer que Dios sea tercero de sus vicios, y modo de desesperación es no quererle por auxiliador de la enmienda. La mala conciencia de sus pocos méritos hace a muchos pretendientes más diligentes, ayudándose la ambición de la misma indignidad; pero que llegue este atrevimiento a solicitar con Dios un vicio, nunca lo pensé de v. md. Bien es encomendar a nuestro Señor todas las co-

sas; pero sean puestas en razón. Por eso dice una glosa que *Oratio* es lo mismo que *oris ratio,* porque ha de ser razonable todo lo que se ora, y de otra suerte no será oración. Pedir remedio de necesidades, principalmente las del alma, muy puesto en razón está; pero pedir vanidades, muy fuera della va, ni es razón que v. md. prosiga esas buenas devociones con tan mala intención, sino que las reforme, y así continúe sus novenas y aplique las misas para que Dios le dé lo que le conviene, y haga más humilde.

1 *Gl. Orationes in Clem. I* § *Ideoque de relig. et venerat.* (N.)

EPISTOLA LIX

A UN SEÑOR QUE TUVO UNA GRANDE HERENCIA. DÍCESE CÓMO LA PROSPERIDAD HUMANA ES PELIGROSA, Y QUE NO TIENE MÁS BIEN QUE EL USAR BIEN DELLA

Cuanto es más rica la herencia de V. S., tanto más temeroso estoy de darle el parabién, porque no sé si será para bien o para mal. Ella es muy gruesa, pero no sé si será buena. Aquello lo tuvo de quien la allegó; esto lo tendrá de quien la usare, si para bien se aprovechare della. La prosperidad temporal no tiene más bien que su buen uso, y, para decirlo así, la prosperidad de la misma prosperidad es la virtud, sin la cual es miseria y desdicha, y tanto mayor cuanto fuere más grande la fortuna. Los bienes deste mundo están preñados de muchos males, son ocasión de muchas penas, y pueden ser tentación para muchas culpas. Con estos ojos ha de mirar V. S. a la prosperidad.

20 *Mirar a la prosperidad.* V. pág. 27, nota 4.

recelándose della como de tentación, y no tentación como quiera, sino como de muchas tentaciones: de soberbia, de avaricia, de liviandad y otros muchos vicios. Ella es como el caballo de Troya, que estaba lleno de enemigos, y si entra en el corazón con el demasiado afecto, le abrasará todo y destruirá al alma. Tiene en ella el demonio un instrumento general para muchos daños, y una llave maestra para entrarse en el corazón y robarse todo lo bueno que de Dios posee. Es el órgano y máquina con que obra inumerables males. Y como hay unos instrumentos que tienen muchos usos, así también de la prosperidad se vale para muchos pecados, y dejando aparte la comparación de otros instrumentos mayores, quiero declararlo con una más baja y menuda, pero por ser más manual, y a la prosperidad tiene el demonio muy a mano para abusar de los que más la aman, quiero aprovecharme della; que es del estuche, que no hay cosa más manual y que más herramientas tenga para diversas cosas. Del demonio se dice que su comida es escogida, pero de lo más granado y lucido de los mundanos hace su mejor plato: y como hay algunos estuches que, fuera de los instrumentos ordinarios, tienen también los necesarios para comer, todo esto tiene el enemigo en la

prosperidad mundana, que es como un estuche de Satanás, en quien tiene todas las herramientas de pecados, con que pueda comerse los más afortunados de la tierra: tan acommodada, usual y manual tiene el demonio a la fortuna mundana, que es como una caja de los siete pecados capitales. De ella saca la gula y regalo como cuchillo con que corta la vida de los más sobrados, degollándolos con el exceso de comida que les ocasiona su abundancia. Della saca la ociosidad y acedía para cosas de provecho, que le sirve de tenedor, con que los tiene fijos en su mal y los mete en la boca del infierno. Della saca la deshonestidad, que acompaña a la glotonería y al ocio, con que se los sorbe como con cuchara, desleídos en su torpe vileza, porque no hay cosa que más deshaga los hombres y resuelva en una afeminada molicie, que no faltó quien dijo que la lascivia era néctar del diablo, y no menos propriamente dijera que es el albañal del mundo, que viene a salir en el abismo infernal. Pues ¿qué diré de la soberbia, sino que con ella se limpia Lucifer los dientes, saboreándose después del plato escogido que ha comido? Los demás vicios totalmente se acaban con el mundo; pero del soberbio, aun después de muerto quedan algunas reliquias en armas, pinturas y estatuas

suyas, mayorazgos y varias memorias vanas, las cuales poco a poco se van deshaciendo, siendo causa la misma ambición que las formó, que se destruyan por altísima providencia de Dios, que aborrece la soberbia y quiere que perezca la memoria del impío y se limpie la tierra de tales heces. Para otros más usos se aprovecha nuestro enemigo de la prosperidad del mundo, porque con la envidia como con punzón les clava y atormenta. Con la avaricia y estimación de las cosas temporales les atenúa la fe, como la lima al hierro, para que estimen menos las eternas. Con la cólera y poco sufrimiento corta en ellos muchas amistades, y así son aborrecidos de muchos; porque así como las tijeras son para cortar lo que se rompe, y la amistad sea tela que se rompe con el poco sufrimiento, como con tijeras la corta, y otros los cortan bien de vestir, con las murmuraciones que ocasiona su mala condición. A estos siete vicios capitales añaden algunos el octavo. Yo por lo menos no quiero dejar de decir que también está en este estuche diabólico de la fortuna falsa de los mundanos. Tiene el demonio otra herramienta muy dañosa,

19 "Cortar a uno de vestir, murmurar dél." (Covarrubias.) *Los*, dativo. (V. pág. 121, nota 10.)

que es la que los griegos llamaron *Philautia*, y es el amor proprio, que es causa de todos los vicios y males. Tres amores hay que tienen efectos muy grandes: uno es el amor de Dios, y éste causa todo bien en los que le tienen; otro el amor del prójimo, y éste hace todo bien a los que le tienen; el tercero es el amor proprio, el cual trae todo mal a quien le tiene, y mucho a los otros con quien trata, porque, como peste, tiene dilatada esfera de su contagio, y hace mal muy de lejos, porque quien se ama a sí, para todos será malo: es malo para los demás, peor para sí y pésimo para con Dios, pues es a quien más ofende. A este tan dañado amor proprio fomenta la abundancia en los afortunados, haciéndolos voluntariosos, y con él se marcan y rubrican todos los vicios, y con él, como con pluma, escribe el demonio en el mundano lo que quiere: con él borra las virtudes y matricula los vicios. Solamente falta compás en esta caja de la fortuna, porque ella no tiene ninguno, ni tiene orden, ni regla, ni forma fija.

De todo esto podrá echar de ver V. S. que debe temer más a su dicha que gozarse della, y que no tiene que esperar della bien, si no la

1 Φιλαυτία. Vale, en efecto, tanto como *egoísmo*.

usare bien y para bien. Y uno de los buenos usos della será que V. S. sea señor della, no sea ella la señora; sírvase de ella, no la adore; sírvase della, mas no se fíe della, sino, como de sospechoso criado, se aproveche de su prosperidad sólo en lo seguro.

Y entienda V. S. que no por mandar a muchos vasallos y tener ricas posesiones es por eso señor, porque si está sujeto a los vicios, no será sino vil esclavo. Esto consideró bien Tulio en un grande emperador, diciendo: "¿De qué manera mandará al que es verdaderamente libre el que no puede mandar a sus desordenados apetitos? Refrene primeramente las torpezas, destruya los deleites, tenga a raya la ira, reprima la avaricia y quite de sí todas las manchas que afean el ánimo. Entonces empiece a mandar a otros, cuando él mismo dejare de obedecer a la vileza y a la torpeza, dueños y tiranos del hombre. Mientras obedeciere a estos vicios, no sólo no es emperador, pero ni aun libre del todo." Sentencia fué de muy grandes varones que ninguno era libre que no fuese sabio, esto es, virtuoso. ¿Qué cosa es la libertad, sino una potestad de vivir como quiere uno? Pues ¿quién es aquel que vive como quiere, sino el que sigue la virtud, el que considera primero

10 *Cicer. in Paradox.* (N.)

y previene el modo de vivir bien, el que no guarda las leyes por el miedo, sino las sigue y venera por amor de lo justo principalmente, aquel que juzga que esto es lo más conveniente y saludable; finalmente, aquel que nada dice, nada hace, nada piensa, si no es libremente y con voluntad ordenada? Todas las cosas y consejos que emprende salen de la misma razón, y con ella se ejecutan. No hay ninguna cosa que más estime que la razón, y con ella la libertad de su voluntad y juicio: con esto la misma fortuna se le rinde y sujeta, como un sabio poeta lo dijo: "Acomódase ella a cada uno según sus costumbres." Sólo, pues, esto acontece al sabio virtuoso, que no haga nada contra su voluntad, nada pesaroso, nada forzado, porque hace siempre lo que es razón. Finalmente, la conclusión de los filósofos estoicos era: que no era señor, aunque tuviese todo el mundo, quien estaba sujeto a los vicios, sino un esclavo vilísimo, y que el esclavo, si fuese virtuoso, era libre y señor. V. S. procure serlo con verdad, usando bien de su fortuna, no captivándose con ella. Para entonces me remito darle mil parabienes.

12 *Suis ea cuique fingitur moribus.* (N.) Cicerón, *Parad. 43.*

La misma frase empleó Cornelio Nepote, en la biografía de Pomponio Atico: *Sui cuique mores fingunt fortunam.* Salustio, en *La conjuración de Catilina*, se expresa en forma parecida: *Fortuna simul moribus immutatur.*

EPISTOLA LX

A UN ADULADOR QUE DECÍA MAL DE TODOS. PÍNTASE LA MONSTRUOSIDAD DESTOS VICIOS

Antes de reñir con v. md. quiero filosofar un poco. No sé si ha considerado por qué al hábito de obrar bien le llaman virtud, que es nombre de fortaleza y esfuerzo; y es porque le ha menester muy grande, pues es doblado mayor el ejército de los vicios que el escuadrón de las virtudes, pues cada virtud tiene dos vicios contra sí. La liberalidad tiene a mano izquierda la avaricia, que se le opone, y a mano derecha la prodigalidad, que la combate, de modo que ha de pelear con dos para sustentarse en su puesto. A esto se añade que en favor de los dos vicios competidores de una virtud, suelen venir sus dos capitales, de modo que una virtud tiene que pelear contra cuatro. La fortaleza pelea contra la temeridad y pusilanimidad y en favor destos dos vicios vienen sus dos capitanes, que son la ira, caudillo de la te-

meridad, y la pereza, cabo de la pusilanimidad: maravilla es que quede virtud con vida. Causa desto debe ser que, si bien las virtudes son menos en número, están unidas y conformes y se ayudan unas a otras, dándose la mano maravillosamente; mas los vicios cada uno echa por su parte, y son entre sí contrarios, de modo que están algunos vicios más opuestos a otros vicios que a las mismas virtudes. La prudencia ayuda a la fortaleza, ésta a la templanza, y la templanza a la justicia, y revolviendo otra vez el círculo, la justicia ayuda a la templanza, ésta a la fortaleza, la fortaleza a la prudencia, y, finalmente, la prudencia a todos. Los vicios no tienen esta hermandad y liga, porque con ser vicios inmediatamente opuestos a la virtud de la liberalidad, la avaricia y prodigalidad, en ninguna manera se ayuda el uno al otro, y así, cuando la liberalidad está ahogando a la avaricia, no la socorrerá esotro vicio; y cuando la fortaleza reprime a la temeridad, tan lejos está la pusilanimidad de ir a la mano a la virtud, que antes le ayudará a ella que llegará a socorrer al vicio con que pelea. De manera que estos vicios, cada uno de por sí, pretenden herir a la virtud; pero el ayudarse el uno al otro, en ninguna manera. Solos los vicios capitanes ayudan a sus súbditos, pero la chusma

de ellos cada uno va por su lado, y se suelen acuchillar aún más contenciosamente que con la virtud. Pero v. md. me ha puesto escrúpulo en esta filosofía, pues veo que ha unido y concertado dos vicios muy contrarios, que son la adulación y la murmuración, pues por ser lisonjero ha dado en ser maldiciente. Perdóneme que, como v. md. procura mentir a escuras, yo le quiero decir la verdad muy a las claras, y como lisonjea con tanto artificio, yo le quiero reprehender con llaneza. Con amistad quiero hablar, diciéndole con lisura lo que le conviene, para que entienda que le ha quedado en mí algún amigo, pues ha ganado tantos enemigos con su mala lengua. Más espinas tiene que hojas la flor que ha tomado (un cambrón entero es), que por no parecer lisonjero, dejando de alabar claramente a quien procura agradar, dice mal de todos, para que entienda le atribuye lo bueno de que a otros priva, alimentando su vanidad con el descrédito de los demás; porque para un soberbio es gran lisonja el abatimiento de sus iguales.

Dirá v. md. que no es adulador, pues no miente, porque es verdad el mal que dice. Bien creo que se suele hallar más verdad en un mal-

16 *Cambrón* o *cambronera*. Arbusto espinoso, de ramos ondeados y hojas largas, a modo de cuña.

diciente que en un lisonjero; pero no se excusa por eso v. md. de la infamia de adulador, por haber hallado un prodigioso modo de mentir, que es mentir con la misma verdad, porque pronunciando las faltas verdaderas de aquellos de quien murmura, da a entender la alabanza falsa de aquel que le oye, de modo que con la misma verdad le miente; esto es, con la verdad de lo que tienen otros y con la falsedad de lo que no tiene quien le escucha, y v. md. se lo significa y le engaña, alambicando en alabanzas de uno los vituperios de muchos.

No sólo se habla con las palabras, sino también con el sonsonete, el gesto, los meneos, la ocasión, varias relaciones y circunstancias, con las cuales a un mismo tiempo alaba mintiendo y murmura diciendo verdad, esto con lo que pronuncia por la boca, y aquello con lo que significa con toda la obra. Monstruoso modo de adular, encajando un vicio en otro, ingeriendo la murmuración en la lisonja, y sobreponiendo un monstruo sobre otro. Cada vicio monstruo es; pero este de adular maldiciendo es monstruo de monstruos, por lo menos entre monstruos.

Pintaron antiguamente la adulación con rostro risueño de mujer muy hermosa y con cola de perro, porque con el movimiento della hace

grandes agasajos este animal. También se la podían dar de escorpión, pues con ella emponzoña el adulador. Pero v. md. la ha dado ya a la lisonja rostro de sierpe con su maledicencia, y es con alguna propriedad, pues tiene la adulación mucho de serpiente, que tiene falda más larga, arrastrando todo el cuerpo, o por mejor decir, coleando con todo él, y algunas veces forceja por empinarse, estribando sobre la parte más extrema y vil que tiene. Buena semejanza del lisonjero, que se abate pecho por tierra, y envilece con su adulación, sobre la cual estriba para subir y medrar (con ser ella cosa tan baja y vil), culebreando con mil revueltas y mañas, y así el demonio en figura de culebra lisonjeó a Eva y la engañó. Pero con la junta de los dos vicios tan por extremo opuestos que ha zurcido v. md., me parece que ha dado dos cabezas a este monstruo, y así será como la culebra que llaman anfisbena, que tiene dos cabezas, opuestas ambas en las extremidades de su cuerpo, de modo que con una y otra colea y con una y otra muerde, y no se puede saber cuál es más cola o cabeza, y una y otra extremidad hace oficio de todo.

20 La culebra anfisbena, de la cual se decía que tenía dos cabezas y andaba indistintamente para uno u otro lado.

Como también v. md., que con la maledicencia adula y muerde, y con su lisonja, muerde y adula. Torpe junta de vicios: uno lisonjear, otro decir mal; aquello es de viles, esto de villanos, todo indigno de un caballero, y mucho más de un cristiano, dos glorias de que se había de preciar sobre todo v. md., y va totalmente opuesto a ellas, porque decir lisonjas y mentir, indigna cosa es de un ánimo noble, como también del cristiano el decir mal violando la caridad. Allégase a esto el peligro que corre con tantos enemigos, que la mala lengua suele ganar; caro compra la gracia dudosa de uno, con la desgracia cierta de muchos. Entienda que podrá ser que alguno de los que murmura le haya presto menester más que aquel a quien lisonjea: éste podrá vivir poco, y aquél podrá valer mucho. Fácilmente se mudan las cosas; no hay que ser ruin por expectativas inciertas. Como se trastornan las cosas del mundo, se truecan también las voluntades; de estos pies cojea la facilidad humana, o porque se mudan los corazones, o porque se revuelven las cosas.

15 *A alguno de los que murmura* exigiría la claridad. Está omitida la preposición, como en otros casos anteriores.

EPISTOLA LXI

A UNO QUE GUSTABA DE VER REMEDAR A OTROS. DASE LA CAUSA NATURAL DE ESTO, Y EXHÓRTASE A LA IMITACIÓN DE CRISTO

Una parlería he oído de v. md. que me ha hecho filosofar algo, y aun teologizar, y es que estando muy melancólico por las pesadumbres que le da su yerno, se alegró mucho con sólo ver cuán vivamente le remedaba un hombre de raras habilidades. De modo que a quien no puede ver presente, sin mucha pena, se huelga tanto de ver representado. Melancolízase con su propria persona, y entretiénese con la figura. Sobre la razón desto bien se podía discurrir qué sea la causa que se guste tanto de ver remedar a uno, que aun se guste de verlo en quien no se puede ver, como es un enemigo. No es la causa general de esto porque el remedar parece que es ignominia, pues ordinariamente son defectos los que se remedan, y nuestra propria soberbia tan entrañada, se huelga ordinariamen-

te con los desprecios ajenos; pero ésta no puede ser causa común del gusto en ver remedar, pues se gusta dello aunque no sean acciones de menosprecio las que se remedan, pues oir contrahacer el canto de las aves, el ladrido de los perros, el relincho de los caballos, es de grande entretenimiento y gusto, en que no hay descrédito de alguno; y quien remedó a su yerno de v. md. no fué en acción de menosprecio, como tampoco lo son en las que remeda a otros caballeros, antes son políticamente loables, que son: cómo rejonea uno al toro con destreza y cómo otro hace con gallardía mal a un caballo, y cosas semejantes. Y así mi especulación es sobre la razón general deste gusto en ver remedar a otro, pues aun se gusta de verlo en cosas de suyo desapacibles. No es gusto oir aullar un lobo, ni ladrar a un mastín, ni graznar a un ganso, ni hablar a un gangoso, y con todo eso se toma por entretenimiento el verlo contrahacer propriamente. Juzgo que gran causa desto es el orden, conveniencia y ajustamiento que hay entre la acción y representa-

13 *Hacer mal a los caballos.* Decíase así a la prueba que los buenos jinetes hacían de los caballos, especialmente cuando eran nuevos, alardeando de sus habilidades. Cuenta el portugués Pinheiro da Veiga, en la *Fastiginia*, que cuando los señores de la Corte *hacían mal a los caballos*, en explanadas o paseos adecuados, había verdadera fiesta.

ción, porque estas cosas son tan proprias de la naturaleza racional, que debe en todo estar ordenada y ajustada, que por una secreta simpatía se huelga dellas cuando las ve. Tanto frisa con ella todo orden y proporción. Esta es la causa por que se gusta de la música y de la hermosura: por el orden que se ve en la armonía y proporción de partes, de lo cual no gustan otros animales como el hombre, por la falta que tienen de razón.

Deste principio podíamos filosofar un poco, porque si con la razón y luz natural gustan tanto los hombres del orden, aun en cosas de tan poca importancia, ¿cómo también con la sobrenatural no se disgustan del desorden de su vida? ¿Cómo no aborrecen al pecado, que es todo desordenamiento y desbarato? ¡Oh, si con sus mismos desórdenes de v. md. le obligara a que tuviese algún orden! Hace muchos gastos en pinturas primas y estatuas antiguas, gusta de comedias y de ver remedar a otros, y todo este gusto le causa por la relación y orden que deben estas cosas entre la imitación y lo imitado. ¿Cómo no se desagrada del poco ajustamiento de su conciencia, del desorden de vida y la desproporción de gas-

4 *Frisar*, aproximarse, acercarse. V. pág. 177, nota 18.
20 *Pinturas primas*. V. pág. 134, nota 6.

tos superfluos? Ordene, pues, su voluntad, confórmese con la razón, ajústese a la virtud, y imite en algo a su Redemptor, teniendo más humildad y paciencia para disimular; que con esto le darán menos que sufrir, porque muchas veces una impaciencia provoca nuevas pesadumbres, y sin el sufrimiento son los agravios, como dice la Escritura de los abismos, que uno a otro llama. Uno viene después de otro como las ovejas, que por donde pasa la primera van las demás. Las pesadumbres, agravios, ocasiones de sentimientos, y, finalmente, lo que llamamos males, andan en el mundo a bandadas: y como las aves, donde se sienta una se sientan también otras, así también ellos suelen parar muchos donde uno entró. El remedio que contra los pájaros tienen los hortelanos es poner en sus huertas una semejanza de hombre, que los espante: así también el mejor remedio contra las pesadumbres es la semejanza de Dios hombre, Cristo Jesús, porque con la imitación de su paciencia no se asientan en el alma ni pican en el corazón. El atajo de sentimientos, y por lo menos el mejor alivio, no es ver cómo un hombre remeda a otro, sino

8 Salmo XLI, vers. 8: *Abyssus abyssum invocat, in voce cataractarum tuarum.*

cómo tantos santos imitaron al Hijo de Dios, y procurarlo hacer así.

Levante v. md. más el pensamiento, y considere cuánto se agradará Dios en ver que imitemos bien a su querido Hijo, pues los hombres tanto se huelgan en ver imitar aun las cosas desapacibles y que aborrecen, cuando se remedan con propriedad. Grande orden y ajustamiento contiene esta imitación de Cristo: con ella se ordenará uno en sí, y con los hombres, y para Dios. Hermoso ajustamiento es éste, el más proporcionado a la naturaleza racional, del cual gustan los ángeles del Cielo.

A la razón dicha de la conveniencia entre la representación y lo representado, por lo cual se gusta de ver remedar a otro, se allega lo dificultoso y lo raro de la acción de remedar con propriedad, que causa admiración, y la admiración naturalmente causa cierto tácito gusto a la naturaleza racional, por lo menos la ama mucho, porque como fué criada para Dios, que es en todo admirable y raro, pues es uno solo y siempre será nuevo, se paga la criatura de lo que tiene algo desto; pero no debíamos andar por las ramas, sino acudir a la raíz, ni el sediento deja la fuente cristalina por buscar los arro-

4 *Agradar,* usado como reflexivo. V. notas a las *Eróticas,* de Villegas, edición de *La Lectura,* pág. 56.

yuelos turbios. En Dios, pues, nos hemos de alegrar, ordenándonos a nuestro último fin, y admirando su infinito ser siempre admirable, y por toda la eternidad nos será siempre nuevo, aunque fué eterno, es y será.

EPISTOLA LXVIII

A UN DEVOTO AFLIGIDO. DÍCESE CÓMO HAY VARIOS CAMINOS Y EJERCICIOS PARA LA PERFECCIÓN

Su desconsuelo de v. md. tiene remedio y tiene consuelo, y pienso que es tentación. Aflígese porque no hace las asperezas que lee en las vidas de los santos, pensando que está Dios olvidado y apartado de su alma porque no les imita, no dándole para ello lugar el trabajo de su ocupación forzosa, ni fuerzas su poca salud, ni licencia su confesor. Sepa que por este sentimiento demasiado han caído muchos en pusilanimidad, y así Rusbrochio la nota por tentación. Verdad es que el descanso y lecho de Salomón era florido; pero la subida a la pieza

14 El místico Juan Rusbrock, cuyo apellido castellano es *Rusbroquio* o *Rusbrocio*. Nació en 1294, en el lugar de Rusbrock, situado entre Bruselas y Halle. Sus obras fueron traducidas del alemán al latín por el padre Laurencio Surio, cartujo, y del latín al castellano por el padre Blas López, de los Clérigos Menores (Madrid, 1698).

donde estaba, o, según la interpretación de los Setenta, al mismo lecho, estaba adornada con la púrpura, esto es, ensangrentada con las asperezas; porque quien quisiere descansar en el fragantísimo tálamo del inmortal Esposo ha de hacer penitencia, porque por escabrosas gradas se sube a aquel descanso. Pero no sólo son escalones para él la penitencia exterior, sino mucho más la interior, que siempre está en nuestra mano, y Cristo nuestro Redemptor nos la encargó más, y en ella imitamos más perfectamente su vida santísima, su cruz y mortificación, que es la escalera sangrienta para el divino tálamo. Fuera desto, el decir que la subida del descanso de Salomón era purpúrea, parece que es decir era de rey y de color real, y estos colores eran el morado y el blanco, y así había púrpuras blancas, como notan algunos eruditos, de la misma manera que las moradas o coloradas. Y así se subirá al descanso de Dios, no menos por la candidez de la inocencia y pureza de alma, que por lo cárdeno y sangriento de las penitencias del cuerpo. De modo que tiene v. md. escala para llegarse a Dios aunque

2 La versión de los Setenta, traducción griega del Antiguo Testamento, hecha por el sanhedrín judío de Egipto, que se componía de 73 miembros.

7 *No sólo son escalones... la penitencia exterior.* El verbo concertado con el predicado. V. pág. 38, nota 14.

no haga las asperezas que no puede hacer; y pensar que por esto está muy sin Dios, sin duda se engaña, porque no debe un alma en gracia entender que está apartada de Dios, ni por los defectos leves que en sí conoce, ni por la imbecilidad de la naturaleza, ni por no poder seguir el rigor de la penitencia exterior, ni por la desigualdad que siente en el servicio de Dios y ejercicio de las virtudes. Lo que debe mirar con mucho cuidado es arrancar de raíz los defectos que tiene, de modo que esté dispuesta a padecer todos los males del mundo juntos antes que caer en algunos deliberadamente, y mientras durare en ella esta voluntad firme no tiene que parecerla está remota de Dios, porque si no puede seguir el rigor de la penitencia, haga buenamente lo que pudiere, y eso la basta, con la pureza de vida. Sepa que dice San Pablo estas palabras: "El ejercicio corporal (si está solo) es de poco provecho, pero la piedad es

---

2 *Y pensar... sin duda se engaña.* El infinitivo construído sin preposición. "Eso mesmo me demuestra que hago alevosía gastar algún momento de mi triste vida sino en pensar en ella." (Juan Rodríguez Florián: *Comedia llamada Florinea,* escena I.)

6 *Imbecilidad,* en su propio significado etimológico de "flaqueza, debilidad o falta de fuerzas".

15 *No tiene que parecerla*: al alma en gracia. El pronombre *la* está aquí en dativo.

útil para todo, porque en todas las cosas hace lo bueno y lo mejor." Cuando una alma piadosa sabe que otro hace cosas grandes, da gracias a Dios porque le dió a aquél tanta gracia que pudiese obrar tanto, y considerando que él no puede aquéllo, tiénese por indigno de que Dios le haga aquellas mercedes, y humillándose de esta manera, hace por otros lo que por sí no puede; y si entonces tiene mayores deseos de hacer penitencia y otras obras heroicas que el mismo que ve las hace, y que si tuviera fuerzas las hiciera con más valor, es sin duda que tiene todo aquel mérito, con más veras y ventajas que el que lo obra, y es digno de mayor premio. No piense, pues, que está apartado de Dios por lo que no puede hacer; porque aunque le parezca que está muy lejos dél, es cierto que está muy cerca, y es compañero individuo de su peregrinación, y le ama tanto, que si tarda en abrirle su corazón está llamando a la puerta amorosamente para que le dé entrada, como el mismo Señor dice por San Juan en el *Apocalipsi*, y si le abre haciéndole dueño de su voluntad, entrará para cenar con él, y después de la cena ya se ve que se sigue el descanso, porque no puede ninguno alcanzar la quietud verdadera del alma si Cristo no cenare con él, esto es, si Cristo no habita en su alma; y entonces habi-

tará Cristo en ella cuando ella procura imitar su vida santísima con verdadera paciencia, amor y las demás virtudes, sin cuyo ejercicio la penitencia exterior, por grande que sea, no aprovechará mucho. Lo que debe, pues, uno atender en estas asperezas corporales, para no errar, es considerar con cuidado qué es lo que Dios más busca dél, y a qué ejercicios le tira más, porque no todos tienen una misma inspiración ni van por un mismo camino a Dios. Siga, pues, cada uno aquellos ejercicios que le fueren más provechosos y a que interiormente fuere llamado, y en ellos procure comprehender todos los otros; porque si anda cada instante mudando ejercicios, sólo servirá de hacerse inconstante, y es cosa cierta que todo lo bueno que uno hallare en otros ejercicios lo hallará en el suyo también, si fuere bueno y loable. En conclusión: el que busca y ama puramente a Dios, y juntamente desea que todos en sus ejercicios y obras amen y busquen a solo este Señor, se hará con esto partícipe de todos los ejercicios de los justos y de las asperezas y penitencias de los santos, porque la caridad nos hace entrar

1 *Entonces habitará... cuando...* Giro muy usado por nuestros clásicos. "Entonces las repúblicas se administran bien cuando envían ministros a las provincias distantes, que procuran antes estorbar los robos que castigar los que roban." (Quevedo: *Vida de Marco Bruto.*)

a la parte de todos los bienes que en los otros amamos. Pero aunque en lo exterior no pueden todos seguir un mismo camino, en lo interior todos vienen a ir por un mismo rumbo, el cual es el ejercicio del amor de Dios; porque quien no ama a Dios, no se puede decir que tiene camino derecho ni modo, sino que está como tullido y aun muerto. A la celestial Jerusalén por muchos caminos se va, pues San Juan la pinta con muchas puertas, pero todos van a parar a las margaritas dellas, porque quien ha de entrar allá ha de ser por las dos margaritas del amor de Dios y del prójimo. La caridad es como el centro adonde van a parar todas las líneas de un círculo, que salen de muy diferentes partes de la circunferencia, pero todas se unen en el centro, que las traba y liga. Por eso dijo San Pablo que la caridad es vínculo de la perfección. Dirá alguno: supuesto que Cristo, nuestro Maestro divino, se ejercitó en el modo de vida más sublime y perfecta, ¿estaremos obligados a seguir sus pisadas? Sí, por cierto, y cuanto más nos pareciéremos a este soberano dechado, tanto más santos seremos; pero no podemos seguirle

11 Alude a la descripción hecha en el *Apocalipsis* (cap. XXI, vers. 10 y sigs.) de la ciudad de Jerusalén, cuyas doce puertas eran margaritas.

en todo lo exterior. Pongo ejemplo: ayunó El cuarenta días y cuarenta noches sin comer bocado; esto no lo puede imitar nuestra flaqueza. Y a este modo otras cosas, las cuales hizo más porque las imitemos en lo espiritual que en lo corporal, como dice Rusbrochio, de cuya doctrina me aprovecho para despenar a v. md., si bien más quisiera yo exhortar a penitencias que consolar de que no se hacen; pero todo es menester, cuando no se puede más. Debemos, pues, tener gran cuidado para saber seguir a Cristo con razón y prudencia del Espíritu Santo, porque lo que deseó este Señor en sus imitadores con más especialidad fué que le siguiesen en el amor de Dios y del prójimo, y así dijo: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os amáredes unos a otros." Por lo cual digo que la caridad y ejercicio espiritual se debe preferir al corporal meramente y se debe tener por mejor; pero en cuanto nos fuere posible hemos de manifestar con las obras nuestro amor. Ayunó Cristo cuarenta días; imitémosle en abstenernos espiritualmente de los manjares nocivos del alma, que son los vicios, y fuera de eso, en cuanto alcanzaren nuestras fuerzas, ayunemos también corporalmente. A este ayuno espiritual pertenece el vencernos y apartarnos de todo lo que hubiere desordenado

en nuestra alma, y de toda voluntad y querer proprio, y en las cosas corporales a que más se inclina uno debe mortificarse por Dios, como en la comida y bebida regalada, y las demás cosas no necesarias. Muchas veces sucede que llevamos con impaciencia una palabrilla de poca importancia, habiendo tenido nuestro Redemptor tan admirable tolerancia en tantos dolores y afrentas. Aprenda, pues, el alma a sufrir por la gloria eterna cosas tan pocas, pues Jesucristo no rehusó de padecer por nuestra salud cosas tan duras; que desta manera imitaremos su vida y muerte, haciendo de nuestra parte lo que pudiéremos, y no debemos tenernos por olvidados de su Divina Majestad si guardamos sus preceptos y procuramos hacer su voluntad: y cuanto más obediencia y humildad tuviéremos, tanto más podremos seguirle y padecer por El, y en esto procuremos imitarle principalmente, pues no hubo ni habrá otro más obediente ni humilde que Cristo.

17 Ha de sobrentenderse, sin duda: "Cuanto más *de* obediencia y humildad...", etc.

EPISTOLA LXIX

A UNO QUE TENÍA POR GRAN CONFIANZA EN DIOS NO PEDIRLE NADA. DÍCESE CON CUÁNTAS VERAS SE HA DE PEDIR A DIOS LA SALVACIÓN

No aconsejo a v. md. lo que alaba de una persona que llama muy fina con Dios, por haber dicho que tenía tanta satisfación y confianza de la paternal bondad de Dios, que no le quería pedir ni pedía nada, ni aun las cosas espirituales, ni la propria salvación. No sé de qué modo dijo esto, porque como yo lo aprendo, tengo por tan sospechosa esta confianza, que pudo ser presumpción. Gran virtud es una heroica esperanza en Dios, y se junta hermosamente con la oración. Mas si fuese tal la confianza de salvarse que no lo pidiese a Dios, por lo menos alguna cosa que ayudase para ello, como es su favor y auxilios, la tendría por una manera de temeridad, pues esto fuera tanto como querer salvarse sin cumplir todos los mandamientos divinos, porque uno dellos

es que oremos pidiendo a Dios su favor, para que con él guardemos su santa ley, porque Dios lo ha determinado así, poniendo precepto de orar. Por lo cual, si uno nunca pidiese a Dios su gracia y socorro en orden a no ofender, para asegurar el salvarse, faltaría a un precepto divino; y esa persona que dijo eso, si es cristiana, ¿cómo puede dejar de persignarse, y decir el Padrenuestro y el Avemaría por lo menos? Y si dice estas oraciones, ya pide a Dios su salvación y las demás cosas que para ella ayudan, porque la oración del Padrenuestro lo encierra todo. Y si es sacerdote, ¿con qué intención dice tantas oraciones como hay en la misa y el rezo? Porque aunque no fuesen sino las peticiones que hay en los Psalmos, son muchísimas cada día. Este es el espíritu de la Iglesia: de pedir, instar y suplicar muchas veces a Dios nos ayude con su gracia en orden a salvarnos, y yo no quisiera salir dél, y más viendo que Cristo, maestro del verdadero espíritu, de tantas maneras nos encarga el orar. El lo mandó con precepto; El, fuera desto, nos lo enseñó, dándonos y componiéndonos tan admirable fórmula de pedir a Dios como es la oración del Padrenuestro, en que declaró bien el gusto que tiene en que pidamos, y singularmente la salvación y los medios para ella, pues todo se

comprehende en esta divina oración. Demás de esto, el mismo Señor nos pide que le pidamos, y nos insta para ello, y, para decirlo así, nos ruega, y así dijo: "De verdad de verdad os digo, que si pidiéredes al Padre algo en mi nombre, El os lo dará. Hasta ahora no habéis pedido nada. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea lleno." Esto se cumplirá en el Cielo, y así, lo que aquí nos encarga Cristo con tantas veras que pidamos, es la salvación y lo que ayuda para ello; porque los bienes temporales no hay que pedir, sino en cuanto ayudaren para los eternos. ¡Oh, qué gran consuelo es ver a Cristo tan empeñado en que se nos dará la salvación, si la pidiéremos en su nombre, y nos pide tan apretadamente que le pidamos! No sé cómo haya quien cese de pedir cosa que tanto importa, teniendo cierto lo que pedimos, si lo hacemos como conviene por los merecimientos de Cristo y con perseverancia. En otra parte parece que no sólo nos ruega Cristo que le pidamos, sino que porfía en ello, animándonos a que aun importunamente pidamos a Dios; y así dice: "Pedid, y se os dará; buscad, y recibiréis; tocad, y abriros han." Luego prosigue con gran eficacia y persuasión exhortándonos a que pidamos. Bien pudiera Dios dárnoslo todo sin intervenir

nuestras oraciones; pero bien declarada tiene su voluntad, que quiere que le pidamos, para que en esto también merezcamos, que es nueva merced. Bien sabe Dios nuestras necesidades, y las oraciones que nos pide para remedio de- ellas no es para que se las demos a entender, sino para aumentar nuestro mérito. Por esto dijo San Pablo: "Con acción de gracias sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios." No dice *sean conocidas vuestras necesidades*, porque El ya las sabe, sino *vuestras peticiones*, siendo tales que merezcan ser tenidas de Dios por oraciones, porque no todas lo son, como las que son meramente de cosas temporales, superfluas y vanas; mas las que son de la salvación, éstas son peticiones conocidas de Dios por buenas oraciones. Esto dice que sea con acción de gracias, las cuales se suelen dar en la recepción del beneficio alcanzado, no antecedentemente en la petición dél; pero porque la misma petición es beneficio, como hemos dicho, justamente en ella se darán también las gracias. Allégase a esto el ser tan cierto que quien ora como conviene en nombre de Cristo, pidiendo su salvación, se la ha de dar Dios, por

25 *Quien ora como conviene... pidiendo su salvación, se la ha de dar Dios.* Omitida la preposición *a*. V. pág. 66, nota 14.

haber empeñado en ello el mismo Cristo su palabra, que ya se pueden dar las gracias deste beneficio en su misma peición. Demás desto, es muy buena disposición para recibir nuevos beneficios mostrarse agradecido de los antiguos: y para recibir más, importa dar gracias de lo ya recibido. Finalmente, para con Dios puede servir de señalado servicio el pedirle su gracia, y hacemos grande agasajo a su infinita liberalidad el darle ocasión de ejercitarla con nuestras oraciones, y así recibe con acción de gracias de los beneficios hechos el pedirle que nos haga otros, y se dará por servido que en agradecimiento del beneficio de la creación le pidamos nuestra salvación. Conforme a esto, dijo David: "¿Qué volveré al Señor por todo lo que me ha dado? Recibiré el cáliz de salud e invocaré el nombre del Señor." De modo que, después de haberlo considerado, juzgó que el recibir de nuevo y el orar era para con Dios agradecimiento de cuanto le había dado. Tanto gusta su divina bondad de que le pidamos. En Cristo nuestro Redemptor reparan algunos que con haber li-

13 El infinitivo precedido del artículo, por su propensión a substantivarse. Comp.: "Veo, señor, tan formado tu parecer en tu daño, que hallo menos inconveniente el seguirte que provecho en el contrariarte." (Juan Rodríguez Florián: *Comedia llamada Florinea*, escena I.)

brado a tantos de varias necesidades y males, hasta los endemoniados y lunáticos, no se sabe que curase algún loco del todo. La causa desto dicen algunos que fué por la apariencia de soberbia que tiene la locura, pues ordinariamente tocan en altivez los locos, haciéndose grandes señores o reyes, y aun Dios. Y por la sombra que tiene este achaque de vicio tan aborrecido del Señor y contrario a la humildad de Cristo, fué menos atendido deste Señor. Otros dan la razón a propósito de lo que vamos diciendo, y es que los locos, como carecen de razón, ni por sí pudieron pedir a Cristo remedio, ni hacer que otros le pidiesen, lo cual podían hacer todos los demás que curó, aun los lunáticos. No quiero averiguar la fuerza desta razón; pero lo cierto es que muchísimos no alcanzan el remedio de sus males porque no le piden a Dios, y son inumerables los que por esta causa se condenan.

Lo que importa es que, fiando infinito de Dios, le pidamos con oraciones continuas y fervorosas una verdadera contrición de nuestros pecados, un ardiente amor suyo, con perseverancia, con que asegurásemos nuestra salvación, la cual conviene pedir con más veras que los que pidieron a Cristo remedio de varias necesidades y males temporales. Consideremos

con cuánta humildad y fe pidió el Centurión, pues queriendo ir Cristo a su casa, para sanar a un criado suyo enfermo, él, de pura reverencia, lo rehusó, y por su gran fe le aseguró del milagro diciendo: "Señor, no soy digno que entréis en mi casa, pero decid una palabra y estará sano mi criado." Más nos importa a nosotros nuestra salvación eterna, que al Centurión la salud de un paje. Temblemos con summa reverencia de la majestad con que hablamos cuando hacemos oración, y pues dice la Iglesia que las potestades angélicas y virtudes de los Cielos se estremecen de su grandeza, estándole alabando y gozando, nosotros, que le hemos ofendido y le estamos rogando, ¿cuánto nos debemos humillar, estremeciéndonos de su infinidad y hundiéndonos en lo más profundo de nuestra miseria? Imitando en esto a David, cuando oraba, el cual dice: "De los profundos clamé a ti, Señor." No había de ser menos la grandeza de nuestra fe, pues el Centurión no tenía de antemano empeñada la palabra del Hijo de Dios de que había de ser oído, y nosotros la tenemos para cuando en su nombre pedimos debidamente la propria salvación. Avivemos la fe desto, actuémonos en

1 San Mateo, cap. VIII, vers. 5 y sigs.

ella, y pidamos lo que tanto nos importa, imitando también la confianza con que la Cananea llegó a pedir a Cristo, pues habiéndola desechado este Señor, tratándola como a un perro, con todo eso ella porfió en su demanda, y habiendo dicho el Salvador que no se había de dar el pan de los hijos a los perros, ella replicó diciendo: "Sí, Señor, que también los cachorrillos comen las migajas que se caen de la mesa." Con esta confianza hemos de llegar a pedir, pues aunque por nuestra indignidad merecemos ser desechados, hemos de esperar en la bondad divina de ser partícipes de algunas migajas de su infinita liberalidad, que en orden a salvarnos no nos las negará, las cuales hemos de desear más que Lázaro el mendigo deseaba hartarse de las migajas que se caían de la mesa de aquel rico regalado, y será bien considerarse uno cuando va a pedir lleno de miserias y llagas como este Lázaro, y que está a las puertas del Cielo, donde Dios está en el banquete de su gloria con tantos ángeles y almas santas, deseando el hartarse de las migajas de tan inefables bienes. Clame allí y pida por limosna siquiera lo más mínimo de los bienes eternos, que no será Dios avaro como aquel rico, sino oirá con

4 San Mateo, cap. XV, vers. 2 y sigs.; San Marcos, vers. 25 y sigs.

misericordia tan afectuosos ruegos y tan conformes a su divina voluntad, que es de que nos salvemos; estemos allí y perseveremos, pidamos, busquemos y toquemos a las puertas del Cielo y de la misericordia divina. Porque, como dijo Cristo: "Cualquiera que pide recibe, y el que busca halla, y el que toca se le abrirá." Los pobres de la tierra piden con la boca, buscan su remedio con los pies, andan de una parte a otra y tocan a las puertas con las manos. También los pobres de bienes espirituales hemos de pedir levantando el entendimiento a Dios, que es la boca del espíritu, y hemos de buscar a Dios con los afectos y deseos, que son los pies del alma, y tocar a la puerta de la casa de Dios, casa de misericordia, con las buenas obras. Los mendigos suelen ser importunos y cansados, pidiendo porfiadamente hasta que los remedien; así también quiere Dios que le pidamos con perseverancia, y que le seamos importunos, para decirlo así, clamando a él continuamente. Esto declaró Cristo con aquella comparación de un hombre que fué a media noche a la casa de un conocido a despertarle para que le diese tres panes, y habiéndole respondido que estaba acostado, que le

8 V. pág. 66, nota 14.

dejase y no le fuese cansado ni molesto, él, con todo eso, perseveró, dando muchos golpes a la puerta, hasta que el conocido, cansado de aquella molestia, se levantó de la cama y le dió todo lo que quería, no ya por amistad, sino por la mala obra que le hacía, para verse libre dél. Esta semejanza trae Cristo para que entendamos que si los hombres, aun por las malas obras, suelen dar a los importunos lo que piden, ¿cuánto mejor dará Dios por tan buena obra como es orar, lo que piden, a los que en ella perseveran? ¡Oh, cuán diverso dictamen es el de no pedir nada a esta enseñanza de Cristo, que quiere que pidamos tanto y tantas veces! Es también muy diverso de lo que practicó el mismo Cristo, pues pidió tantas cosas a su Padre, no sólo para otros, sino para sí, y ¿quién pudo tener mayor confianza en Dios que su mismo Hijo, y con todo eso pidió su clarificación? Y David muchos años antes escribió en su nombre una oración, en que pide la incorrupción y gloria de su cuerpo. Y cuando expiró en la cruz, encomendó su espíritu al Padre. que no fué otra cosa sino pedirle que le recibiese en sus manos. Imitemos a este Señor y creamos a su doctrina, y obedezcamos a su man-

26 *Creamos a su doctrina.* V. pág. 27, nota 4.

dato, pidiendo y clamando muchas veces por nuestra salvación, el perdón de los pecados, su verdadero amor y la continua asistencia de su gracia en todo tiempo y ocupación. Principalmente hemos de apretar en esto cuando comulgamos, teniendo en el pecho a nuestro Redemptor. Esta es buena ocasión de avivar la fe, acordándonos de la mujer que padecía flujo de sangre, la cual confiaba que si tocase solamente la orla de la vestidura de Cristo al punto estaría sana, como sucedió. Nosotros ¿cómo podemos dejar de confiar mucho, pues no el tocar su vestido, pero a todo su santísimo cuerpo, se nos ha concedido? A su corazón, y su boca, y sus ojos, y sus manos y entrañas, y toda su persona, y sus dos naturalezas, tenemos dentro de nosotros. Pidamos, pues, entonces con gran confianza, no sólo en nombre de Cristo, sino con el mismo Cristo, teniendo en esto el espíritu de nuestro Redemptor y maestro de toda perfección.

EPISTOLA LXX

A UN GRAN PRELADO Y CARDENAL DE LA SANTA IGLESIA, SOBRE EL CUIDADO DE LA DOCTRINA CRISTIANA

Doy gracias a V. Em. por el cuidado santo que pone en la enseñanza de la doctrina cristiana, y, por mejor decir, V. Em. se las dé a Dios, y yo también se las doy muy de corazón, porque si va a decir verdad, no hay mucho por qué dar gracias a V. Em., porque no hace en eso más de lo que debe, antes por más que haga en esta parte, siempre deberá más: pero al fin cumple bien V. Em. con la primera obligación de su oficio, la cual no es dar limosna a los cuerpos, sino a las almas; no repartir pan y trigo, sino enseñar los misterios de la fe y persuadir las

---

16 Sin preposición se construía en ocasiones el verbo *persuadir*. "Por eso (imitando al pérfido Mahoma) persuaden una vida libre y anchurosa, en nada diferente de la irracional." (C. Suárez de Figueroa: *Plaza universal de todas ciencias y artes,* discurso LX.)

verdades eternas. La primera obligación de un obispo es la limosna espiritual, mucho más, sin comparación, que la corporal, no sólo porque es más el alma que el cuerpo, sino también porque es mayor la necesidad de las almas que la de los cuerpos, y es mayor miseria la ignorancia de Dios que la hambre y necesidad de pan. Vence sin duda aquella miseria a ésta, no sólo en la substancia de su mal, sino en el número y continuación dél. En la substancia de miseria y desdicha, ya se ve que es tanto mayor cuanto es más el alma que el cuerpo. Tanto peor es la ignorancia del camino del Cielo que la falta del sustento de la tierra; por aquélla perece uno eternamente; por ésta sólo temporalmente. Cuanto es más la vida eterna que la temporal, tanto es más aquella miseria. Fuera desto, son muchos menos los pobres que mendigan que los ignorantes de las cosas de su salvación, que perecen porque no hay quien les reparta el pan de la doctrina cristiana: ricos y pobres, son sin número los que padecen esta necesidad, la cual es continua, y, para decirlo así, cada año es de necesidad de la enseñanza de la doctrina. Falta de trigo no es cada año; no todos los años son de hambre y carestía de pan, pero todos son desta carestía y necesidad espiritual de la doctrina del Cielo. ¿Cuán libe-

rales andan los obispos en un año de hambre? ¿Cuán edificativos en un año de peste? No sé por qué no han de andar cada año cuidadosísimos de la enseñanza de la doctrina cristiana, pues para ella cada año es de hambre y necesidad, y corre esta enfermedad común de la ignorancia, que ninguna otra con más razón se puede llamar epidemia; pero como no se ven enfermar ni morir las almas como los cuerpos, no causa tanta lástima su extrema necesidad. Por sus segundas obligaciones deben los obispos dar limosnas, sin aguardar extremos de pobreza. ¿Qué deberán por su primer obligación, cuando en ella hay extrema necesidad, y siempre se continúa? Gracias a nuestro Señor, que satisface V. Em. en esta parte a su grande y máxima obligación. Pero no basta el esfuerzo que ahora se ha hecho, si no se repite y le continúa, y se buscan siempre todos los medios que para esto pueden ayudar, y uno dellos será si en la provisión de beneficios se echase de ver conocidamente que V. Em. favorece este ministerio de la doctrina; y generalmente si V. Em. quiere dar mucha limosna, o corporal, o espiritual, sin costarle nada, en la provisión, así de curatos, como de beneficios simples y otras prebendas, escoja a aquellos que han de emplear su renta en mayor servicio de nuestro Señor, no en

parientes ni vanidades, y principalmente prefiera a los que las han de emplear en la caridad espiritual del bien de las almas, si bien éstos son rarísimos.

Noticia tiene ya V. Em. de unos sacerdotes que hacen la doctrina cada semana a los pobres y pícaros, con gran edificación, dando a cada uno, porque acudan, parte del precio de lo que podían ganar entre tanto. En los hospitales y cárceles hacen muchas obras de gran caridad, empleándose en ellas y otras cosas del servicio divino. Si a aquel que entre estos sacerdotes más se señala, V. Em. le diese algún beneficio, se haría gran servicio a nuestro Señor, porque creo que no lo gastaría con sus parientes ni en su regalo, sino en tan santas obras y en dar a otros para algunas misiones que hacen, en socorrer los pobres de los hospitales y cárceles, y otros, a los cuales hacen la doctrina, de modo que con dar algo V. Em. a semejantes personas, se lo dará a muchos para que se salven, y, por decirlo así, se lo dará a la sangre de Cristo, porque se logrará en muchos por este medio; y como tenemos tantos ejemplos de prelados que dan gruesas prebendas a su sangre, esto es, a sus parientes y allegados, tengámosle de V. Em. en dar algo a la sangre de Cristo, y a quien casi no conoce, sólo por merecerlo su celo. De-

más desto, con el ejemplo de esta acción se ganará otro tanto, porque se alentarán y animarán otros muchos; los fuertes para hacer más, y los pusilánimes o remisos para empezar.

Yo he escrito lo que delante de Dios juzgo ser servicio suyo: V. Em. podrá hacer lo que le pareciere mejor. Una cosa sé decir: que en hacer esto no errará V. Em. para con Dios y no sé si quedará tan satisfecho en otras provisiones. Tengo en lo que he dicho tan buena intención de la mayor gloria divina, que no he reparado en ponerme a riesgo de que V. Em. me tenga por entremetido o sencillo, si bien espero de la piedad de V. Em. echará a la mejor parte mis faltas.

EPISTOLA LXXIII

A UN SOBERBIO POBRE. PÍNTASE SU MISERABLE VIDA

Porque no pierda v. md. el crédito con todos, me pongo yo a riesgo de perderle en su estimación, teniéndome por entremetido, y aun por atrevido. Oficio hago de buen amigo, y corro peligro de ganar por él un enemigo; pero cuanto más se arriesga, más fineza será de la amistad. Debí mucho a su padre, y por serle agradecido quiero hacer este bien al hijo, aunque no me lo agradezca; quiero hablarle claro y decirle la verdad, que aunque para los filósofos fué más amiga que los más amigos: *Amicus Plato, sed magis amica veritas.* Para los demás tiene gracia de ganar muchos enemigos, o, por mejor decir, desgracia. Digo que murmuran mucho de v. md. de la miseria que tiene en lo secreto de su casa, y de la ostentación

---

13 V. pág. 88, nota 10.

que muestra en lo público. Aquélla se estrecha a más que la naturaleza sufre, ésta se alarga más que la vanidad necesita. Aquélla toca en rigor, ésta en soberbia. La murmuración es cierta: lo murmurado Dios lo sabe, y también v. md. y aun la gente de su casa, que participa lo peor, y quizá se quejarán más de lo que es. No tengo certidumbre de nada; pero cáusanme alguna sospecha los levantados espíritus de v. md., su poca hacienda y fausto lucido, y le tendré gran lástima si es como un vano que conocí, el cual, por comprar una colgadura, pasó muchas calenturas, sin llamar médico, por no tener con qué pagarle, y por dar un convite a un señor de título ayunó muchos días, y aun todo el año hacía gran abstinencia por sustentar su presumpción. Tenía una camisa y calzoncillos con puntas muy costosos para cuando se iba a bañar, y andaba entre semana sin camisa. Otras muchas incommodidades pasaba por cumplir con su vanidad, de modo que, porque le tuviesen por rico, tenía más necesidades

7 Sabidísimo es que los nombres colectivos, como *gente*, solían ir concertando con verbos en plural: "A esta sazón pasaron acaso por el camino una tropa de caminantes a caballo, que iban a sestear a la venta del alcalde..." (Cervantes: *Rinconete y Cortadillo.*) Más raro es que, como puede verse arriba, lleve en singular el primer verbo (*participa*) y en plural el segundo (*quejarán*).

que un pobre. No hay cosa más miserable que un pobre soberbio; tiene lo malo del vicio y dobla lo incómmodo de la pobreza, pues lo poco que tiene lo reparte entre dos: entre la vanidad de la presumpción y la necesidad de la naturaleza, y así cabe a ésta menos mucho de lo que necesita y aquélla sobrado de lo que convenía. Al fin hace penitencia por el diablo. Es mártir de su vanidad bien falso, y por tener al vicio de soberbia pierde el mérito de la pobreza, y su bienaventuranza (según el Evangelio) trueca en miseria. Busca la apariencia de señor y tiene la necesidad de esclavo. Su vida es una apostema hinchada por de fuera, y dentro es podredumbre y asco. Préciase del vicio de Lucifer, y avergüenzase de la virtud de Cristo, indigna cosa de un cristiano. Lucifer fué soberbio, Cristo, pobre; abominable cosa es imitar a Satanás y desdeñarse de la imagen de Cristo. La pobreza es como un Sileno antiguo: por de fuera parecía monstruo, y dentro estaba la imagen de un héroe o de algún dios; así es

6 Como *más muchas* en el siguiente ejemplo: "Y por eso, cuando el hombre está con algún defecto déstos, debe callar o mirar mucho lo que habla, porque más muchas veces acertará diciendo lo contrario de lo que piensa." (Doctor Villalobos: *Tractado de los tres grandes*, cap. II.)

7 Omitida la preposición *a*. V. pág. 66, nota 14.

que en lo áspero de la pobreza se esconde la imitación del Hijo de Dios. No toda pobreza es virtud, mas es tan fácil hacerla gran virtud, que no es menester para esto más que quererla; pero temo que v. md. con aborrecerla la haya hecho gran vicio, violentando su naturaleza. La pobreza de la hacienda poca fortuna es; la del espíritu, gran gracia; la de la miseria tiene vicio, y más cuando se ingiere en el peor de todos, que es la soberbia. Esta pobreza de la miseria es en el avariento por guardar y en el vano por gastar; el mismo es el fruto amargo de raíces diversas. En el uno por esconder, en el otro por huir; y aunque es semejante la penalidad, es muy desigual la pobreza. El avariento tiene y no goza; el soberbio padece y no tiene. Aquél halla lo que guarda, éste pierde lo que gasta; aquél, si no se aprovecha a sí, aprovecha a su heredero, éste a todos daña. Su padre de v. md., porque se acomodó a la pobreza, pasó con commodidad, sin infamia de mezquino y con gloria de cuerdo, sin sentimiento de la necesidad y con equivalencia de rico. Donde no se sustentan vicios, poco basta para la naturaleza y sobra para la virtud. Tenía el sustento ordinario, excusando gastos extraordinarios y vanos. Cristo no nos enseñó en su oración más que a pedir el sustento ordina-

rio, diciendo que pidiésemos el pan cuotidiano, no los extraordinarios de la vanidad. Dos cosas tiene v. md. bien contrarias: una buena, que la echa a perder; otra mala, que le pierde; una le ha dado Dios, que es lo moderado para el sustento; otra que le da el diablo, que es la vanidad de gastar lo superfluo. Esta ama y aquélla aborrece, codiciándosela un rey tan rico y sabio como Salomón, cuyos dictámenes son muy contrarios. Oiga lo que dice a Dios en sus *Proverbios*: "Dos cosas te rogué, no me las niegues antes que me muera." Destas dos cosas tan deseadas deste sabio, la una es que le aparte Dios de un mal, y es el que v. md. tanto ama; la otra, que le conceda un bien, y es el que v. md. tanto aborrece. La primera petición es: "Haz lejos de mí la vanidad y las palabras mentirosas; porque al vano cosa consiguiente es mentir mucho, pues su mismo vicio es mentira." Desto temblaba Salomón, y v. md. lo abraza con tal extremo que se atormenta por ser vano,

4 *A la cual echa a perder,* se diría hoy; pero aquella otra construcción era entonces usual. "Los verdugos, con unas horcas de hierro, que las atizan." (Malón de Chaide: *Conversión de la Magdalena,* parte tercera § XXX.)

8 *Codiciándosela un rey tan rico,* es decir, codiciándola para sí. Es un caso como los que hemos visto más arriba del pronombre en dativo reforzado o pasional.

y tiene, no digo palabras, sino todas sus obras mentirosas, aparentes y fantásticas.

La otra petición es: "No me des mendiguez ni riquezas; dame solamente lo necesario para mi sustento." Esto, que deseaba tanto un rey poderosísimo, tiene v. md. y lo aborrece como la muerte, reventando por parecer rico. Tenga, pues, odio a su vicio, y esté contento de su fortuna, pues en la moderación del sustento de la vida tiene tal suerte, que tiene envidia della un rey tan rico, y esto es mucho de maravillar, cómo sobrandole a Salomón tantas riquezas pide lo necesario para vivir. Sin duda tiene esto mejor uno de moderado caudal que el muy hacendado y sobrado, porque la misma sobra es impedimento a la vida. Porque no se puede decir que tiene uno lo necesario para vivir si tiene lo que le mata y quita la misma vida. El que come demasiado, de modo que enferme por ello y vive menos, no tiene este tal lo necesario para vivir, como también el que está lleno de cuidados, que le quitan la salud y descanso.

20 *El que come demasiado... no tiene este tal...* Semejante repetición del sujeto era muy frecuente: "El que tiene por principal intento allegar hacienda para los hijos, y no de ser famoso entre los famosos, justa cosa es que el tal, no sólo pierda los bienes allegados, mas aun que sin fama quede infame entre los malos." (Fray Antonio de Guevara: *El Villano del Danubio,* c. I.)

Quien tiene lo moderado tiene lo necesario para vivir, para que ni la hambre le consuma, ni el ahito le degüelle, ni los cuidados le maten. Mas el soberbio pobre vive con agonías de muerte, padece mucho mal por parecer bien, y perece porque le tengan en algo, de manera que contra el aborrecimiento que v. md. tiene a la medianía de su caudal, está el deseo de un rey que tanto tenía; y contra el desacierto de su presumpción, está el parecer de un sabio que tanto sabía, el cual puso en un andar a la mendiguez y opulencia, en orden a faltarles lo necesario para vivir, juzgando que para esto no menos faltaba a las riquezas que a la necesidad, a ésta por menguas del sustento y aquélla por sobra de peligros y falta de seguridad. Sólo la medianía es bastante y segura; pero v. md., despreciando a esto, ha dado, no sólo por un extremo malo, sino por entrambos: tiene la apretura de la mendiguez y el afán de las riquezas;

3 Ahito, como substantivo, es lo mismo que hartura o embarazo de estómago:

"Ayunos contrahacía,
ahitos disimulaba,
de milagros amagaba
a las horas de comer."

(Quevedo: Letrilla *Esta es la justicia.*)

15 Omitida la preposición *a*. V. pág 66, nota 14.

18 *Despreciando a esto.* V. pág. 27, nota 4.

el ahogo de la necesidad y el sobresalto de los tesoros, por lo menos el desasosiego; porque aunque sus riquezas son fantásticas, su afán es muy sólido y verdadera su miseria. V. md. se compadezca de sí, viva con lo que tiene, y no perezca con lo que quiere parecer.

EPISTOLA LXXIV

A UNO QUE PARA CONFORMARSE CON LA VOLUNTAD DE DIOS LE PEDÍA HICIESE CONVENIR A SU SERVICIO TODO LO QUE ÉL DESEABA. DÍCESE CÓMO HA DE SER LA PERFECTA CONFORMIDAD

La conformidad que piensa v. md. tiene con la voluntad divina, no me parece oro fino. La paciencia y el interés son piedras de toque de la verdadera virtud, y tocado v. md. en ellas, descubre presto su gusto bastardo, y no el legítimo de Dios. Bien se ha echado de ver en esta pretensión que tiene entre manos, pues la ha tomado con tanto afán, y en la pérdida tan sentida de la salud; porque aunque dice que no quiere sino lo que nuestro Señor ordena, porque es lo que más conviene, pero quisiera que Dios hubiera hecho que conviniese a su servicio una entera salud, que así lo había pedido a su Divina Majestad. Otros he visto que dan la

16 V. pág. 127, nota 17.

misma razón, pidiendo a Dios lo que gustan; y diciéndoles que no lo pidan, si no es rendidos al Señor, si conviniere a su servicio, replican que Dios puede hacer que convenga y que ésta sea su voluntad. Esto puede ser en muchos capa para pedir su gusto, al cual ponen en primer lugar, anteponiéndole al divino, para que Dios dé a torcer su brazo y quiebre por él, acomodándose al gusto humano, y no el hombre al divino; desta manera piden cosas temporales meramente: tal ocupación, tal dignidad, tal puesto, tal commodidad, y los sucesos que están bien al sentido. Esto es en no pocos, como si pidiesen: "Señor, hágase mi gusto, y por esto trastórnese todo el mundo, y múdese el orden de vuestra Providencia, que habéis de ajustar a mi voluntad"; pidiendo en esto algunas veces milagros sin causa, lo cual será tentar a Dios, de modo que quieren que la omnipotencia divina sirva a su gusto, y aun también la sabiduría de Dios se sujete a su elección, escogiendo ellos lo que les ha de convenir, no comidiéndose en dejar a Dios que El elija como más Señor y más sabio, antes le quieren deter-

23 *Comidiéndose.* De *comedir*:
"Quando lo oyo myo Çid el buen Campeador,
vna grand ora penso e comidio."
(*Poema del Cid,* v. 1931-32.)

minar a lo que ha de hacer. ¿Qué otra cosa hace sino esto el que, deseando una rica posesión y juzgando Dios que no le conviene, él quiere que sí, y toma por medio para que le convenga que Dios lo haga como Omnipotente? Esto ya es determinar el hombre su conveniencia, y como entrometerse en el oficio de Dios y querer disminuir la jurisdición divina.

No nos enseñó el ejemplo de Cristo esta conformidad en la voluntad divina tan por rodeado y de segunda intención, sino muy de primera, lisa y llana, y así en la oración del Huerto, cuando pidió al Padre que pasase dél su cáliz, añadió: "Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya"; no dijo: "Haced, Señor, que convenga esto, y que así sea esto vuestra voluntad", sino dejó libre al Padre Eterno el cumplimiento de su voluntad y la elección de lo más conveniente, lo cual no quiso determinar Cristo.

Pidiendo San Francisco de Borja la vida de la Duquesa su mujer, le respondió el Señor que no le convenía; mas el santo no replicó: "Pues haced, Señor mío, que convenga", sino rindióse a la disposición divina, no queriendo andar replicando a Dios. En esta parte de la conformidad con la voluntad divina no hemos de

atender sólo al atributo de la Omnipotencia, sino también al del dominio alto y supremo de Dios en todo. No hemos de mirar sólo a que puede hacer que convenga lo que quisiere, sino a que debemos rendirnos a su señorío y gusto, porque el esclavo debe hacer la voluntad de su amo, no el amo la del esclavo. Lo cual hemos de hacer con tal rendimiento, que prefiramos su voluntad a nuestra particular conveniencia, y aunque a nosotros nos fuera de daño, nos hemos de acomodar a su gusto; pero El es de tanta bondad, que siempre quiere nuestro provecho eterno, queriendo que todos se salven, y las conveniencias temporales importan muy poco, y el gusto de Dios muy mucho, y así hemos de atender a éste y no a aquéllas.

Cristo nuestro maestro, en la fórmula de orar que nos enseñó, puso absoluta la petición del cumplimiento de la voluntad divina; no dijo que pidiésemos: "Señor, hágase que convenga lo que deseamos", sino llanamente: "Hágase tu voluntad." Y para declarar más la fineza con que nos hemos de conformar con ella, añadió: "Así en la tierra como en el Cielo"; para darnos a entender que hemos de procurar hacerla y conformarnos con ella, como lo hacen los ángeles en el Cielo, que no tienen respeto a particulares conveniencias, pues aun no

tienen necesidad dellas en aquella eterna bienaventuranza.

Es muy para considerar que las palabras de las peticiones del Paternoster, que nos enseñó Cristo, son muy precisas y breves; sólo se dilató en dos peticiones, trayendo ejemplar dellas, lo cual no hace en las demás. Una es cuando decimos: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores"; la otra es cuando se pide: "Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el Cielo." En una se propone ejemplo de la tierra, en otra, la imitación del Cielo. En aquélla se pone ejemplo de lo que nosotros hiciéremos en la tierra, perdonando nuestras injurias para que Dios en el Cielo lo haga así, perdonando nuestros pecados. En ésta se pone por dechado de cómo hemos de conformarnos con la voluntad de Dios, como lo hacen los ángeles en el Cielo, sin propriedad, sin segunda intención y con gran caridad. Con mucha proporción se ejemplificaron estas dos peticiones, para que entendamos que si nosotros nos rindiéremos perfectamente a la voluntad de Dios, reconociendo en esto su dominio, Dios se acomodará a la nuestra, remediando nuestra miseria con

20 *Sin propriedad,* esto es, sin consideraciones de conveniencia propia.

el perdón de los pecados, que es lo que más nos conviene; de modo que al paso que diéremos a Dios mayor gloria, Él hará con nosotros nuestra mayor conveniencia, la cual, siendo espiritual, es gran gusto de Dios se la pidamos; pero determinar que sea esto o aquello nuestra conveniencia por sernos de gusto, no es tanto pedir a Dios lo conveniente para el alma, cuanto lo acomodado para el gusto. Con esto se deja bien entender que cuando se viniese a las manos alguna cosa sin elección ni gusto nuestro, y lo mismo es si la esperamos, podemos entonces pedir que sea para nuestro bien y que nos convenga, ya que haya de ser eso; por lo cual se dice de los Macabeos, todos rogaban que los monstruos se convirtiesen en bien. Mas cuando por nuestra elección pretendemos alguna cosa y no sabemos si conviene, basta pedir a Dios que nos la dé con esta condición: si conviniere. Ni v. md. pasara desta moderación, si hubiera perdido el afecto a lo temporal. Piérdale y ganará mucho; piérdale, aunque lo pierda todo.

15 Omitida la conjunción *que*.

EPISTOLA LXXV

A UNO QUE SE QUERÍA RETIRAR DEL MUNDO. DESCRÍBESE LA LOCURA Y SINRAZÓN DE LOS MUNDANOS

Su bien busca quien huye del mundo, y huye su mal quien renuncia los bienes de tan mal dueño. Poco hay que agradecer a v. md. en su retiro, pues hace su negocio, si bien tengo poca esperanza de su ejecución, y aun dudo que lo diga de corazón. Con todo eso, quiero murmurar un poco de las cosas mundanas, porque, si lo dice de veras, me holgaré de lisonjearle, y si de burlas, no se me dará nada de picarle. ¿Qué es el mundo sino una casa de locos? ¿Qué son sus bienes sino vislumbre de oropel y colores de vidrio triangular? ¿Qué son los mundanos, sino locos voluntarios? Cada vicio es un delirio diferente, ridículo y desdichado.

¿Qué es el soberbio? Es un volatín, cerrados los ojos. ¿Qué es el avariento? Un ganapán cargado de roscas, y se muere de hambre. ¿Qué es el deshonesto? Un muy galán, que se revuelca en estiércol. ¿Qué es el envidioso? Uno que se descalabra con joyas preciosas. ¿Qué es el iracundo? Quien tiene pólvora en el seno y se pega fuego. ¿Qué es el glotón? Un porquerizo que da gallinas al lechón, y él come bellotas. ¿Qué es el perezoso? Un atoreador con grillos y esposas. Todos estos locos, aunque tienen diferentes delirios, convienen en este frenesí: que apetecen el deleite, que es rejalgar en miel. Fatíganse por las riquezas, que son cama de espinas, y buscan las honras vanas, que es aire corrupto.

Destas definiciones daré un breve comento. Llamo al mundo casa de locos, porque todos los mundanos no se guían por razón, sino por aprehensión, fantasía, tema e ímpetu; llámola casa, no hospital de locos, porque en él no se

1 Construcción muy empleada en el antiguo castellano, y que recuerda la del *ablativo absoluto* latino: "Luego fué preso, y, confesado la verdad, fué sentenciado." (Timoneda: *Patrañuelo,* patraña oncena.)

10 *Toreador* se decía, por lo general. "Se mandó que se limpiase la plaza, porque había mucha gente, y no convenía que quedasen más que los toreadores." (*Relación* anónima del bautismo de Felipe IV.)

17 V. pág. 49, nota 8.

cura la locura, sino se aumenta, y es como casa apestada desta plaga, que basta entrar en ella para pegarse. Sus bienes son vislumbres y colores aparentes, pero sin substancia ni solidez alguna; son como un vidrio triangular, cuyos tres ángulos forman sus tres bienes, riquezas, deleites y honras, que no tienen más que buenos visos por fragilidad de la vista, y apenas aparecen cuando se desvanecen. Algunos santos comparan al soberbio con el volatín, porque anda en el aire a peligro siempre de caer, y algunas veces en el mismo aire perece. El primer soberbio de todos, Lucifer, del Cielo cayó como un rayo: y Amán, por ser soberbio, en el mismo aire pereció. Todo el conato del vano es volar, él pretende subir su vuelo; es como el del volatín, que siempre es bajar, y así tanto más se abate un soberbio, cuanto más procura levantarse. Sólo hay esta diferencia: que el volatín, después de su vuelo, da en colchones, pero el soberbio da en tan duro como es el infierno, que se supone en los *Cantares* por la cosa más dura de todas, y tanto son mayores los peligros deste frenético, cuanto menos los ve, cerrándose los ojos con su pasión. La locura del avariento es afanarse por lo que no

16 Subir o remontar su vuelo.

ha menester, y perecer por tener con que no perezca, sin aprovecharse dello. Un ganapán se afana por comer; el avariento, sólo por tener, y deja de comer por tener que guardar; quiere tener vacío el estómago, por tener llena la bolsa; cárgase de cuidados, por que descanse el heredero o triunfe el ladrón; muere de hambre, para que se regale otro. Basta para declarar el frenesí del deshonesto decir que es como uno a quien vistieron de púrpura preciosa para hacerle Rey, y él se arrojó con ella en una sentina, porque este vicio a la hermosura del alma inmortal revuelca en la inmundicia de su torpeza. De gran melancolía es la locura del envidioso, que se atormenta no sólo con sus males proprios, sino con los bienes ajenos, y lo más precioso que ve en el vecino, convierte en veneno para sí, descalabrándose con cuanto bueno topa. Las virtudes de otros le son dardos que le atraviesan el corazón. Al fin vive tan desdichado como muriera uno arcabuceado con perlas; porque como otros mueren de males, al envidioso matan los bienes. Muy perjudicial para sí es la furia del iracundo, pues para defenderse de males él se hace tanto mal como abrasarse; para herir a otro, él se lastima como quien tira a otro con escopeta muy cargada, que revienta, llevándole la mano al tirador y

errando el golpe en aquel a quien tira. La locura del glotón es echar margaritas a los puercos, y por cebar un animal bruto quitar la comida al de razón: deja al alma ayuna, y regala al cuerpo, que le ha de matar. La tema del perezoso es estarse quedo en medio de peligros, y por no dar un paso o menear la mano, dejarse perecer: su vicio le echa grillos y esposas, para que viva como un tronco, sin hacer nada. Otros viciosos buscan los vicios, mas al ocioso los vicios le buscan, y acometiéndole más bravos que toros, él no huye de ellos. Toda esta canalla de locos, buscando dulzura en los deleites, traga la muerte del alma, y queriendo descansar con las riquezas, halla espinas de cuidados; y deseando tener con las honras una marea suave, encuentra corrupción de costumbres. Pero pienso que hemos hecho mucha honra al mundo en llamarle casa de locos, pues los locos, aunque no tienen razón ni juicio, son capaces de tenerle; mas los desaciertos, o por mejor decir, brutalidades de los mundanos, van tan lejos de la razón, que antes se habían de comparar, conforme a la Sagrada Escritura, con los jumentos, y así llamaron algunos al mundo *establo de bestias*, y otros *jaula de fieras*. En él, como en el arca de Noé, está todo género de animales y aves; mas no quiero com-

parar a los viciosos del mundo con animales nobles, como es al soberbio con el león, al lascivo con el caballo, al avariento con el tigre, al colérico con el jabalí, al envidioso con el lince, al torpe con el oso y al comedor con el cocodrilo. Estos son animales más señalados; con los de menos calidad quiero hacer comparación. El soberbio no es más que un gallo en su muladar, que no sufre igual, y bástale para perseguir a otros su semejanza; mas el águila real, señora del aire, permite que se espacíen en él otras sus iguales. Todo el día se le va al gallo en escarbar estiércol, y con esta vil ocupación levanta mucho la cresta; así es que de vilezas se engríe el altivo. El envidioso ¿qué es sino un basilisco al revés, que con la vista no mata a otro, pero él se mata muriendo de tan necio mal, como es de mirar bienes? Su vista es para sí un veneno reflejo y un ahogo reconcentrado, un daño por antiparistasi, porque el envidioso es tan malo, que a la presencia de lo bueno reconcentra en sí mismo su malicia y daño, bien diferentemente del caradrio, que con

20 Más frecuentemente, *antiperistasis*. Acción de dos cualidades contrarias, una de las cuales, por su oposición, excita el vigor de la otra, como el frío al calor, etc.

23 *Caradrio*, pájaro fabuloso, de quien los antiguos suponían que curaba la ictericia con su mirada.

su vista suele sanar a los enfermos. El avariento es una urraca en casa de un platero; recoge la sortija que halla, y el pedazo de plata y oro los esconde en su nido, sin sacar fruto dellos. Tiene sus dos colores contrarios el rico codicioso: el blanco de la felicidad en apariencia, y el negro de la miseria en substancia; tiene las riquezas de anillo y la fortuna titular, porque no le son de provecho, pues pasa tan mezquinamente teniendo mucho, como el que no tiene nada, y no hace sino esconder como la urraca. El flojo es un hautí, cuadrúpede tan desmacelado, que de su estado se cae; cuando más se anima a andar, son cincuenta pasos en todo un día. El airado es perro rabioso, que ladrando a nadie, embiste a todos, aun a su amo muerde, ciego con su mal. Muchas veces enmudece y siempre ciega la ira, y pues quita la razón, no es mucho que prive del habla, y ya sin razón y habla ¿qué queda sino una fiera? El dado a torpezas es una raposa indiana, tan

12 *Cuadrúpedes* solía decirse, y así Francisco Vélez de Arciñega publicó en 1597 su *Libro de los quadrúpedes y serpientes terrestres. Hautí*: el bradípodo a que llamaron *perico ligero* los primeros españoles que le vieron en América.

13 *Desmacelado*, como lo dicen los portugueses. En castellano lo corriente fué *desmazalado*.

21 El animal a que llaman los argentinos *zorrino*, y los chilenos *chingue*. Tiene dos glándulas bajo la cola, de las que arroja un líquido fetidísimo.

inmunda, que su hedor no hay quien le sufra; no hay vicio más sucio y hediondo. El que se lleva de la gula es un animal de cerda cebado para su mal; danle de comer para comérsele, come él regalado para que se le coman gusanos. Según esto, vea v. md. cuánto mejor será tener su conversación con los ángeles que tratar con locos y vivir con brutos.

INDICE

PÁGS.

Prólogo..... 7
Epístola I.—A uno desengañado del mundo. Declárase su vanidad y cómo se ha de vencer..... 27
Epístola II.—A uno que privaron de su oficio. Propónense tres suertes de padecer, y prefiérese el padecer sin haber dado causa para ello..... 45
Epístola IV.—A un señor de título, amigo de su gusto. Ponderase el daño que hace esta pasión. 51
Epístola V.—A un prebendado mozo. Declárase cómo muchas dichas son para gran desdicha..... 58
Epístola VII.—A un religioso descalzo que quería pasarse a otra religión. Nótase cómo por huir la mortificación interior abrazan algunos la exterior. 65
Epístola X.—A un caballero desafiado. Repruébase la ley del duelo..... 69
Epístola XI.—A un limosnero de mala condición. Encomiéndase la paciencia como parte de la caridad..... 82
Epístola XII.—A uno que pretendió ser obispo. Pondérase la alteza deste estado..... 88
Epístola XV.—A una madre descuidada de sus hijas por hacer devociones. Encárgase el cumplimiento de las obligaciones como la primera devoción..... 102
Epístola XVI.—A un Juez. Encomiéndase la limpieza de manos y el desinterés..... 107
Epístola XVII.—A una casada, que pretendía divorcio. Nótase cómo el daño de nuestras culpas

PÁGS.

lo atribuímos al estado, y que el mejor medio para nuestro sosiego es enmendarnos..... 119
Epístola XVIII.—A uno que tenía mucho que sufrir. Trátase del bien de la ocasión, principalmente para merecer..... 129
Epístola XIX.—A una señora rica. Propónense cuatro maneras de ricos, y declárase cuál se salvará. 137
Epístola XX.—A un melancólico porque perdió un pleito. Danse dos medios: uno filosófico, otro cristiano, para llevar bien las adversidades.... 146
Epístola XXI.—A un caballero despechado en una pretensión. Danse algunos desengaños a los pretendientes..... 152
Epístola XXIV.—A uno que perdió su hacienda. Dícese cómo en las pérdidas temporales se puede sacar mayor ganancia..... 159
Epístola XXVIII.—A un señor disgustado. Dícese cómo deben considerar los señores las faltas que hacen en el servicio de Dios, para sufrir algunos de sus criados, principalmente cuando son por causa piadosa..... 167
Epístola XXX.—A uno que no corrigió a su hermano como debía. Declárase el orden de la verdadera caridad y cómo hay obligación de la corrección fraterna..... 173
Epístola XXXI.—A una persona menos atenta. Declárase cómo la virtud puede hacer prudentes aun a los de poco caudal..... 181
Epístola XXXIV.—A uno que no se contentaba de nada, y era mal sufrido. Dícese cómo la virtud puede dar contento entre adversidades..... 190
Epístola XXXVII.—A un señor retirado. Dícese cómo la vida espiritual ha de ir bien fundada en santo temor de Dios..... 196
Epístola XXXIX.—A uno que, apretado de dolores, quería tuviesen dél mucha compasión. Declárase cuánto bien sea el padecer, si uno se aprovecha dello..... 200
Epístola XLI.—A uno que se quejaba mucho de los daños que le hacían. Nótase cómo muchos se que-

PÁGS.

jan de otros, siendo ellos los que se dañan. Trátase cuáles sean los daños verdaderos y los autores dellos 207
Epístola XLIV.—A un señor Obispo, en favor de un virtuoso. Nótase cómo la virtud es la mejor carta de recomendación 215
Epístola XLV.—A una persona que se había entibiado en su recogimiento. Dícese cómo se ha de hacer el alma templo de Dios 217
Epístola XLVI.—A un religioso de mucha observancia y penitencia, que deseaba mayor soledad. Encomiéndase la soledad del alma más que la del cuerpo 221
Epístola LII.—A una persona ejemplar. Declárase la fineza con que se ha de abrazar la imitación de Cristo 224
Epístola LIV.—A uno que no respondía al llamamiento divino. Alábase la religión de la Cartuja y la soledad 228
Epístola LVI.—A uno que quería dar de palos a otro. Declárase cómo la verdadera honra es servir a Dios, cuya imagen se debe respetar en el prójimo 236
Epístola LVII.—A un ambicioso que hacía novenas por alcanzar un puesto muy honroso. Declárase cómo han de ser las oraciones para ser oídas. 244
Epístola LIX.—A un señor que tuvo una grande herencia. Dícese cómo la prosperidad humana es peligrosa, y que no tiene más bien que el usar bien della 249
Epístola LX.—A un adulador que decía mal de todos. Píntase la monstruosidad destos vicios 256
Epístola LXI.—A uno que gustaba de ver remedar a otros. Dase la causa natural de esto, y exhórtase a la imitación de Cristo 262
Epístola LXVIII.—A un devoto afligido. Dícese cómo hay varios caminos y ejercicios para la perfección 268
Epístola LXIX.—A uno que tenía por gran confian-

PÁGS.

za en Dios no pedirle nada. Dícese con cuántas veras se ha de pedir a Dios la salvación..... 276
Epístola LXX.—A un gran Prelado y Cardenal de la santa Iglesia, sobre el cuidado de la Doctrina cristiana..... 287
Epístola LXXIII.—A un soberbio pobre. Píntase su miserable vida..... 292
Epístola LXXIV.—A uno que para conformarse con la voluntad de Dios le pedía hiciese convenir a su servicio todo lo que él deseaba. Dícese cómo ha de ser la perfecta conformidad..... 300
Epístola LXXV.—A uno que se quería retirar del mundo. Descríbese la locura y sinrazón de los mundanos..... 306

ESTE TOMO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA DE "LA LECTURA"
EL DÍA VIII DE SEPTIEMBRE
DEL AÑO MCMXV

CLASICOS CASTELLANOS

SANTA TERESA.—Las Moradas. Prólogo y notas por don Tomás Navarro. (Vol. 1.º de la Bibl.)

TIRSO DE MOLINA.—Teatro. (*El Vergonzoso en Palacio* y *El Burlador de Sevilla.*) Prólogo y notas por don Américo Castro. (Vol. 2.º de la Bibl.)

GARCILASO.—Obras. Prólogo y notas por D. Tomás Navarro. (Vol. 3.º de la Bibl.)

CERVANTES.—Don Quijote de la Mancha. Prólogo y notas por D. Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (Vols. 4.º, 6.º, 8.º, 10, 13, 16, 19 y 22 de la Bibl.)

QUEVEDO.—Vida del Buscón. Prólogo y notas por don Américo Castro. (Vol. 5.º de la Bibl.)

TORRES VILLARROEL.—Vida. Prólogo y notas por don Federico de Onís. (Vol. 7.º de la Bibl.)

DUQUE DE RIVAS.—Romances. Prólogo y notas por D. Cipriano Rivas Cherif. (Vols. 9.º y 12 de la Bibl.)

B.º JUAN DE AVILA.—Epistolario espiritual. Prólogo y notas por D. Vicente García de Diego. (Vol. 11 de la Bibl.)

ARCIPRESTE DE HITA.—Libro de Buen Amor. Prólogo y notas de D. Julio Cejador. (Vols. 14 y 17 de la Bibl.)

GUILLEN DE CASTRO.—Las Mocedades del Cid.—Prólogo y notas por D. Víctor Said Armesto. (Vol. 15 de la Bibl.)

MARQUES DE SANTILLANA: Canciones y decires.—Prólogo y notas por D. Vicente García de Diego. (Volumen 18 de la Bibl.)

FERNANDO DE ROJAS.—La Celestina. Prólogo y notas por D. Julio Cejador. (Vols. 20 y 23 de la Bibl.)

VILLEGAS.—Eróticas ó amatorias. Prólogo y notas por D. Narciso Alonso Cortés. (Vol. 21 de la Bibl.)

POEMA DE MIO CID. Prólogo y notas por D. Ramón Menéndez Pidal, de la Real Academia Española. (Volumen 24 de la Bibl.)

LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES. Prólogo y notas por D. Julio Cejador. (Vol. 25 de la Bibl.)

FERNANDO DE HERRERA.—Poesías. Prólogo y notas por D. Vicente García de Diego. (Vol. 26 de la Bibl.)

CERVANTES.—Novelas ejemplares. (*La Gitanilla, Rinconete y Cortadillo* y *La Ilustre Fregona.*) Tomo I. Prólogo y notas por D. Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (Vol. 27 de la Bibl.)

FRAY LUIS DE LEON.—De los nombres de Cristo. Tomo I. Prólogo y notas por D. Federico de Onís. (Volumen 28 de la Bibl.)

FRAY ANTONIO DE GUEVARA.—Menosprecio de Corte y alabanza de aldea. Prólogo y notas de M. Martínez de Burgos. (Vol. 29 de la Bibl.)

EDICIONES DE «LA LECTURA»

148596
LS.
N6754e
Author Nieremberg, Juan Eusebio
Title Epistolario, edición y notas de Narciso Alonso Cortés.
NAME OF BORROWER.
DATE.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU